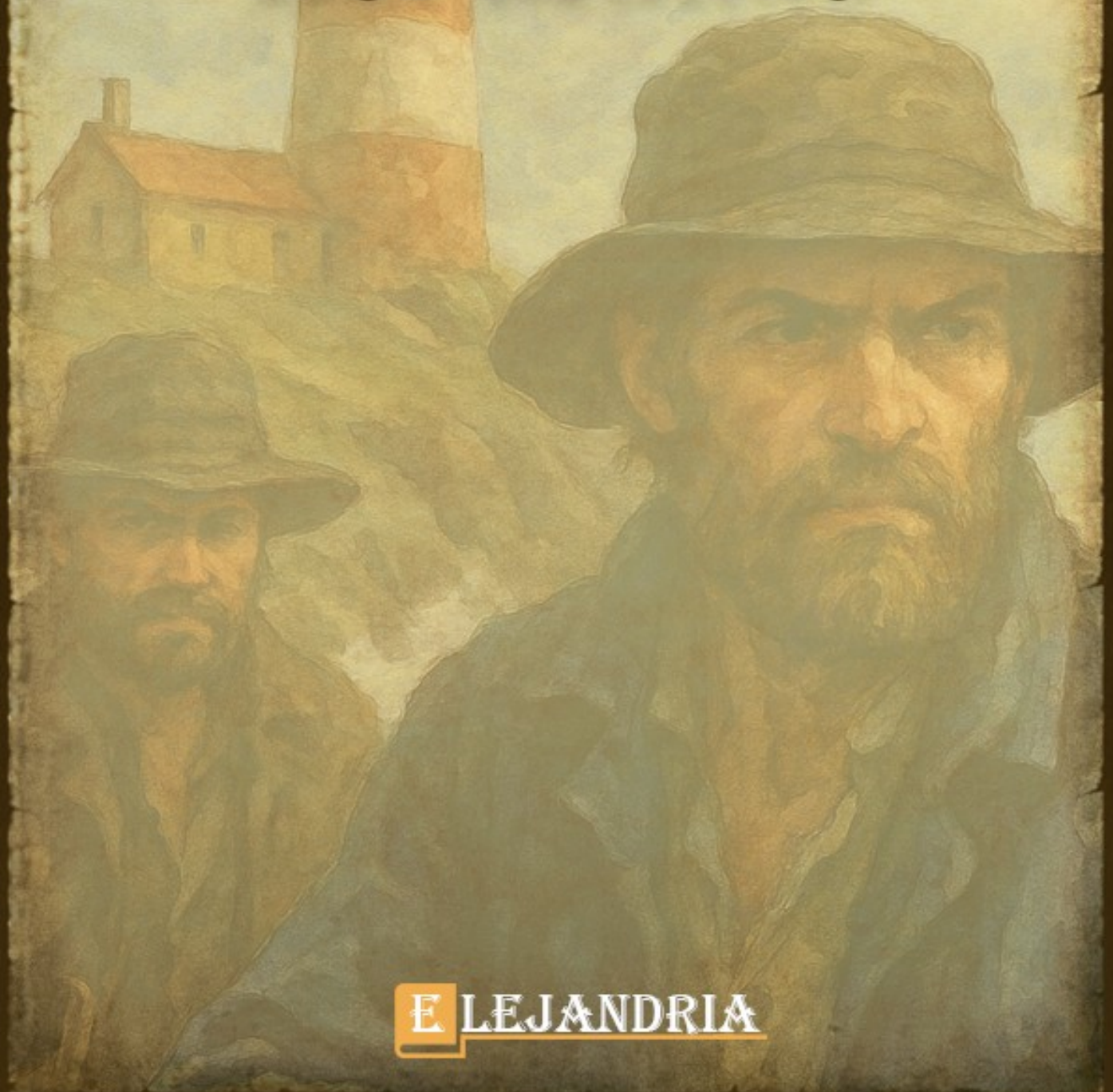




Julio Verne

El Faro Del Fin
Del Mundo



E LEJANDRIA



Julio Verne

El Faro Del Fin
Del Mundo

E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

EL FARO DEL FIN DEL MUNDO

JULIO VERNE

**PUBLICADO: 1905
FUENTE: FR.WIKISOURCE.ORG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

El faro del fin del mundo - Julio Verne

[https://fr.wikisource.org/wiki/Le Phare du bout du monde](https://fr.wikisource.org/wiki/Le_Phare_du_bout_du_monde)

I - INAUGURACIÓN.

El sol estaba a punto de desaparecer tras las colinas que limitaban la vista al oeste. El tiempo era bueno. En el lado opuesto, sobre el mar que se confundía con el cielo en el nordeste y en el este, algunas pequeñas nubes reflejaban los últimos rayos, que no tardarían en extinguirse en las sombras del crepúsculo, de duración bastante larga bajo esta alta latitud del quincuagésimo quinto grado del hemisferio austral.

En el momento en que el disco solar ya solo mostraba su parte superior, un cañonazo resonó a bordo del aviso *Santa Fe*, y el pabellón de la República Argentina, desplegándose a la brisa, fue izado en la pena de la cangreja.

En el mismo instante brotó una viva luz en la cima del faro construido a un tiro de fusil por detrás de la bahía de Elgor, en la que el *Santa Fe* había echado el ancla. Dos de los guardianes, los obreros reunidos en la playa, la tripulación congregada en la proa del navío, saludaban con largas aclamaciones el primer fuego encendido en esta lejana costa.

Otros dos cañonazos les respondieron, repercutidos varias veces por los ruidosos ecos de las cercanías. Los colores del aviso fueron entonces arriados, conforme a las reglas de los buques de guerra, y el silencio volvió a adueñarse de esta Isla de los Estados situada en el punto donde se encuentran las aguas del Atlántico y del Pacífico.

Los obreros embarcaron de inmediato a bordo del *Santa Fe*, y en tierra solo quedaron los tres guardianes.

Estando uno en su puesto, en la cámara de guardia, los otros dos no regresaron enseguida a su alojamiento y se pusieron a pasear charlando por la orilla.

—¡Bueno! Vásquez —dijo el más joven de los dos—, mañana es cuando el aviso se hace a la mar...

—Sí, Felipe —respondió Vásquez—, y espero que no tenga mala travesía para volver a puerto...

—¡Está lejos, Vásquez!...

—No más cuando se viene que cuando se vuelve, Felipe.

—Ya me lo imagino —replicó Felipe riendo.

—E incluso, muchacho —prosiguió Vásquez—, a veces se tarda más en ir que en volver, ¡a menos que el viento esté bien establecido!... Después de todo, mil quinientas millas no son gran cosa cuando el buque posee una buena máquina y aguanta bien la vela.

—Y además, Vásquez, el comandante Lafayate conoce bien la ruta...

—Que es toda recta, muchacho. Puso rumbo al sur para venir, pondrá rumbo al norte para regresar, y, si la brisa sigue soplando de tierra, tendrá el abrigo de la costa y navegará como por un río.

—Pero un río que solo tendría una orilla —repuso Felipe.

—¡Qué importa, si es la buena, y siempre es la buena cuando se tiene a barlovento!

—Cierto —aprobó Felipe—; pero si el viento cambia de amura...

—Eso es mala suerte, Felipe, y espero que no se vuelva contra el *Santa Fe*. En una quincena de días, puede haber cubierto sus mil quinientas millas y haber fondeado de nuevo en la rada de Buenos Aires... Ahora bien, si el viento rolara al este...

—¡Ni del lado de tierra ni del lado de alta mar encontraría puerto de refugio!

— Como dices, muchacho. Tierra del Fuego o Patagonia, ni una sola escala. ¡Hay que poner rumbo a alta mar, so pena de embarrancar en la costa!

— Pero en fin, Vásquez, en mi opinión, parece que el buen tiempo va a durar.

— Tu opinión es la mía, Felipe. Estamos casi al principio de la buena estación... Tres meses por delante, es algo...

— Y —respondió Felipe—, los trabajos se terminaron en buena época.

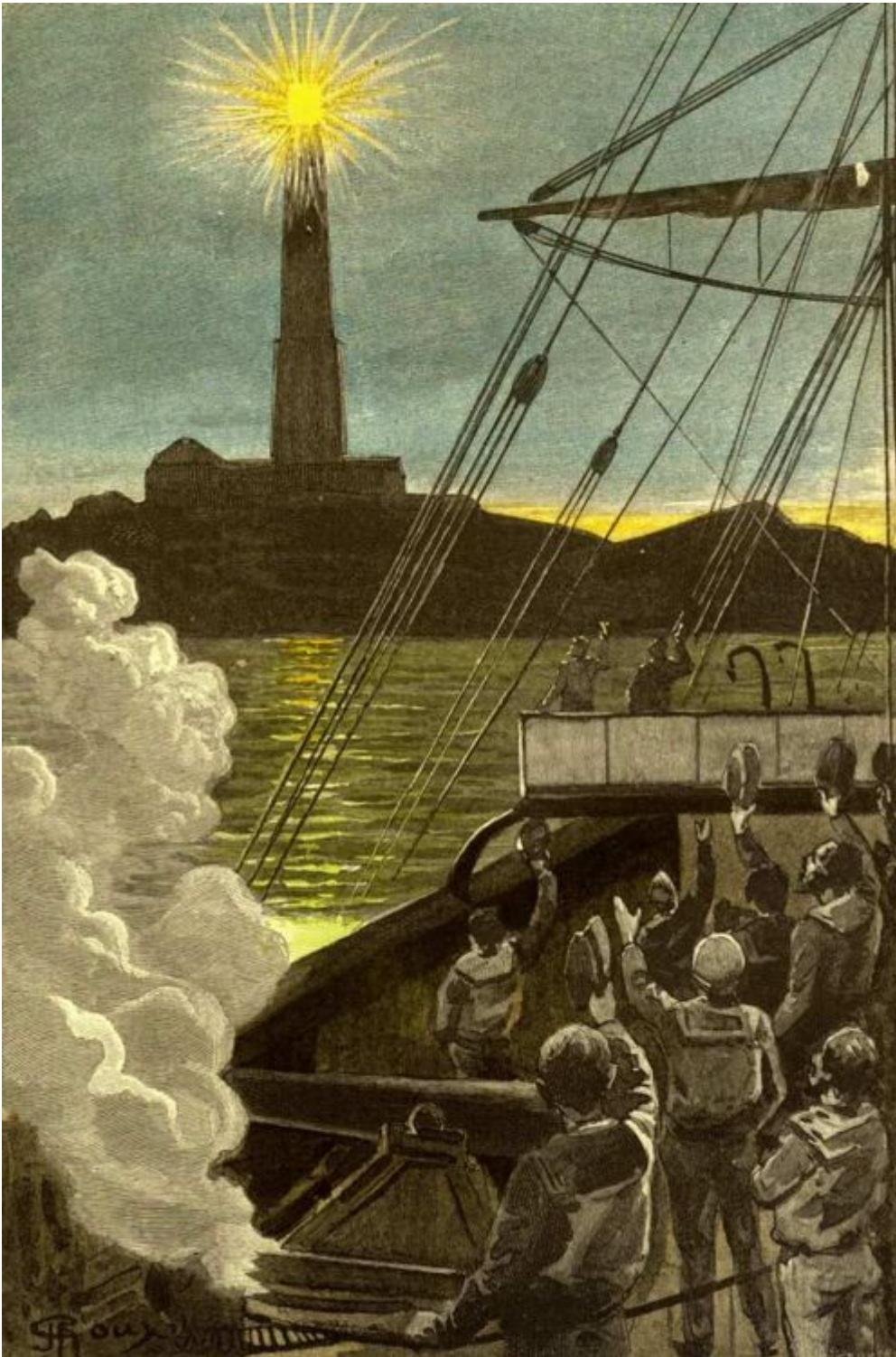
— Lo sé, muchacho, lo sé, a principios de diciembre. Como quien dice, el comienzo de junio para los marinos del norte. Se vuelven más raros en esta estación los temporales furiosos que no tienen más miramientos en lanzar un barco a tierra que en quitarte el sombrero de agua!... Y además, una vez que el Santa Fe esté en puerto, ¡que vente, revente y tempesteé todo lo que le plazca al Diablo!... ¡No hay que temer que nuestra isla se vaya a pique y su faro con ella!

— Desde luego, Vásquez. Además, después de haber ido a dar noticias nuestras allá, cuando el aviso regrese con el relevo...

— Dentro de tres meses, Felipe...

— Encontrará la isla en su sitio...

— Y a nosotros encima —respondió Vásquez frotándose las manos, después de haber aspirado una larga bocanada de su pipa, que lo envolvió en una espesa nube—. Verás, muchacho, no estamos aquí a bordo de un buque que la borrasca empuja y rechaza, o, si es un buque, está sólidamente anclado a la cola de América, y no garreará sobre su ancla... ¡Que estos parajes son malos, lo admito! ¡Que se haya dado triste reputación a los mares del cabo de Hornos, es justo! ¡Que, precisamente, ya no se cuenten los naufragios en la Isla de los Estados, y que los saqueadores de naufragios no puedan elegir mejor lugar para hacer fortuna, también! ¡Pero todo eso va a cambiar, Felipe! ¡Ahí está la Isla de los Estados con su faro y no es el huracán, aunque soplara desde todos los rincones del horizonte, quien lograría apagarlo! ¡Los navíos lo verán a tiempo para corregir su rumbo!... ¡Se guiarán por su luz y no correrán el riesgo de estrellarse contra las rocas del cabo San Juan, de la punta San Diego o de la punta Fallows, ni siquiera en las noches más oscuras!... ¡Somos nosotros quienes mantendremos el fanal y estará bien mantenido!



EN EL MISMO MOMENTO, UNA LUZ BRILLANTE ESTALLA DESDE LO ALTO DEL FARO.

Había que oír a Vásquez hablar con aquella animación que no dejaba de reconfortar a su camarada. Quizás Felipe contemplaba, en efecto, con menos ligereza las largas semanas que pasarían en aquella isla desierta, sin comunicación posible con sus semejantes, hasta el día en que los tres fueran relevados de su puesto.

Para terminar, Vásquez añadió:

— Verás, muchacho, durante cuarenta años, he recorrido un poco todos los mares del antiguo y del nuevo continente: grumete, aprendiz, marinero, maestro. Pues bien, ahora que ha llegado la edad del retiro, no podía desear nada mejor que ser guardián de un faro, ¡y qué faro!... ¡El Faro del Fin del Mundo!...

Y, en verdad, en el extremo de aquella isla perdida, tan lejos de toda tierra habitada y habitable, ¡ese nombre lo justificaba bien!

— Dime, Felipe — prosiguió Vásquez, que sacudió la pipa apagada sobre el hueco de la mano —, ¿a qué hora vas a relevar a Moriz?

— A las diez.

— Bien, y seré yo quien, a las dos de la madrugada, vaya a ocupar tu puesto hasta el amanecer.

— Entendido, Vásquez. Así que lo más sensato que podemos hacer los dos es irnos a dormir.

— ¡A la cama, Felipe, a la cama!

Vásquez y Felipe subieron hacia el pequeño recinto en medio del cual se alzaba el faro, y entraron en el alojamiento cuya puerta se cerró tras ellos.

La noche fue tranquila. En el instante en que llegaba a su fin, Vásquez apagó el fuego encendido doce horas antes.

Generalmente débiles en el Pacífico, sobre todo a lo largo de las costas de América y Asia que baña este vasto Océano, las mareas son, por el contrario, muy fuertes en la superficie del Atlántico y se hacen sentir con violencia hasta en los lejanos parajes de la Magallanía.

El reflujo, aquel día, comenzando a las seis de la mañana, el aviso, para aprovecharlo, debería haber zarpado al alba. Pero sus preparativos no esta-

ban completamente terminados, y el comandante no contaba con salir de la bahía de Elgor hasta la marea de la tarde.

El *Santa Fe*, de la Armada de la República Argentina, de doscientas toneladas de arqueo, con una potencia de ciento sesenta caballos, comandado por un capitán y un segundo oficial, con una cincuentena de hombres de tripulación, incluidos los maestros, se empleaba en la vigilancia de las costas, desde la desembocadura del Río de la Plata hasta el estrecho de Le Maire en el Océano Atlántico. En aquella época, la ingeniería naval aún no había construido sus buques de gran velocidad, cruceros, torpederos y otros. Así, bajo la acción de su hélice, el *Santa Fe* no superaba las nueve millas por hora, velocidad suficiente, por otra parte, para el patrullaje de las costas patagónicas y fueguinas, únicamente frecuentadas por los barcos pesqueros.

Aquel año, el aviso había tenido por misión supervisar los trabajos de construcción del faro que el gobierno argentino hacía levantar a la entrada del estrecho de Le Maire. Fue a bordo de este buque donde se transportó el personal y el material necesarios para este trabajo que acababa de ser llevado a buen término según los planos de un hábil ingeniero de Buenos Aires.

Hacía unas tres semanas que el *Santa Fe* se encontraba en aquel fondeadero al fondo de la bahía de Elgor. Después de haber desembarcado provisiones para cuatro meses, tras haberse asegurado de que nada faltaría a los guardianes del nuevo faro hasta el día del relevo, el comandante Lafayate iba a llevar de vuelta a los obreros enviados a la Isla de los Estados. Si incluso ciertas circunstancias imprevistas no hubieran retrasado la finalización de los trabajos, el *Santa Fe* debería haber estado, desde hacía ya un mes, de regreso en su puerto base.

En resumen, durante toda su estancia, el comandante Lafayate no había tenido nada que temer en el fondo de aquella bahía muy resguardada contra los vientos del norte, del sur y del oeste. Solo los temporales de alta mar habrían podido molestarle. Pero la primavera se había mostrado benigna, y ahora, al comienzo de la estación estival, cabía esperar que solo se produjeran perturbaciones pasajeras en los parajes magallánicos.

Eran las siete, cuando el capitán Lafayate y el segundo oficial Riegal salieron de sus camarotes, situados a banda y banda de la toldilla, en la popa del aviso. Los marineros terminaban el baldeo de cubierta, y las últimas aguas, empujadas por los hombres de servicio, se escurrían a través de

los imbornales. Al mismo tiempo, el primer contra maestre tomaba sus disposiciones para que todo estuviera listo cuando llegara la hora de zarpar. Aunque no debía efectuarse hasta la tarde, se quitaban las fundas de las velas, se pulían las mangas de ventilación, los bronce de la bitácora y las lumbreras, se izaba el bote grande en sus pescantes, permaneciendo el pequeño a flote para el servicio de a bordo.

Cuando el sol se levantó, el pabellón subió a la pena de la cangreja.

Tres cuartos de hora más tarde, se picaron cuatro campanadas en la campana de proa, y los marineros de guardia tomaron su relevo.

Después de desayunar juntos, los dos oficiales subieron de nuevo a la toldilla, examinaron el estado del cielo bastante despejado por la brisa de tierra, y dieron la orden al contra maestre de que los desembarcara.

Durante esa mañana, el comandante quería inspeccionar una última vez el faro y sus anexos, la vivienda de los guardianes, los almacenes que contenían las provisiones y el combustible, asegurarse en fin del buen funcionamiento de los aparatos.

Descendió pues a la playa, acompañado del oficial, y se dirigió hacia el recinto del faro.

Mientras iban hacia allí, se preocupaban por aquellos tres hombres que iban a quedarse en la lúgubre soledad de la Isla de los Estados.

—Es verdaderamente duro —dijo el capitán—. Sin embargo, hay que tener en cuenta que esta buena gente siempre ha llevado una existencia muy ruda, siendo la mayoría antiguos marinos. Para ellos, el servicio de un faro es un descanso relativo.

—Sin duda —respondió Riegal—, pero una cosa es ser guardián de faro en las costas frecuentadas en fácil comunicación con tierra, y otra cosa es vivir en una isla desierta, que los navíos no hacen más que avistar y, además, desde lo más lejos posible.

—Lo admito, Riegal. Por eso el relevo se hará dentro de tres meses. Vásquez, Felipe, Moriz van a empezar en el período menos riguroso.

—En efecto, mi comandante, y no tendrán que sufrir esos terribles inviernos del cabo de Hornos...

—Terribles —aprobó el capitán—. Desde un reconocimiento que hicimos hace algunos años en el estrecho hacia la Tierra del Fuego y la Tierra de la Desolación, del cabo Vírgenes al cabo Pilar, ¡ya no tengo nada que aprender en materia de tempestades! Pero, en fin, nuestros guardianes tienen una vivienda sólida que los temporales no demolerán. No les faltarán ni víveres ni carbón, aunque su servicio se prolongara dos meses más. Sanos los dejamos, sanos los encontraremos, porque, si el aire es vigorizante, ¡al menos es puro, a la entrada del Atlántico y del Pacífico!... Y además, Riegal, está esto: y es que, cuando la autoridad marítima pidió guardianes para el Faro del Fin del Mundo, ¡tuvo donde escoger!

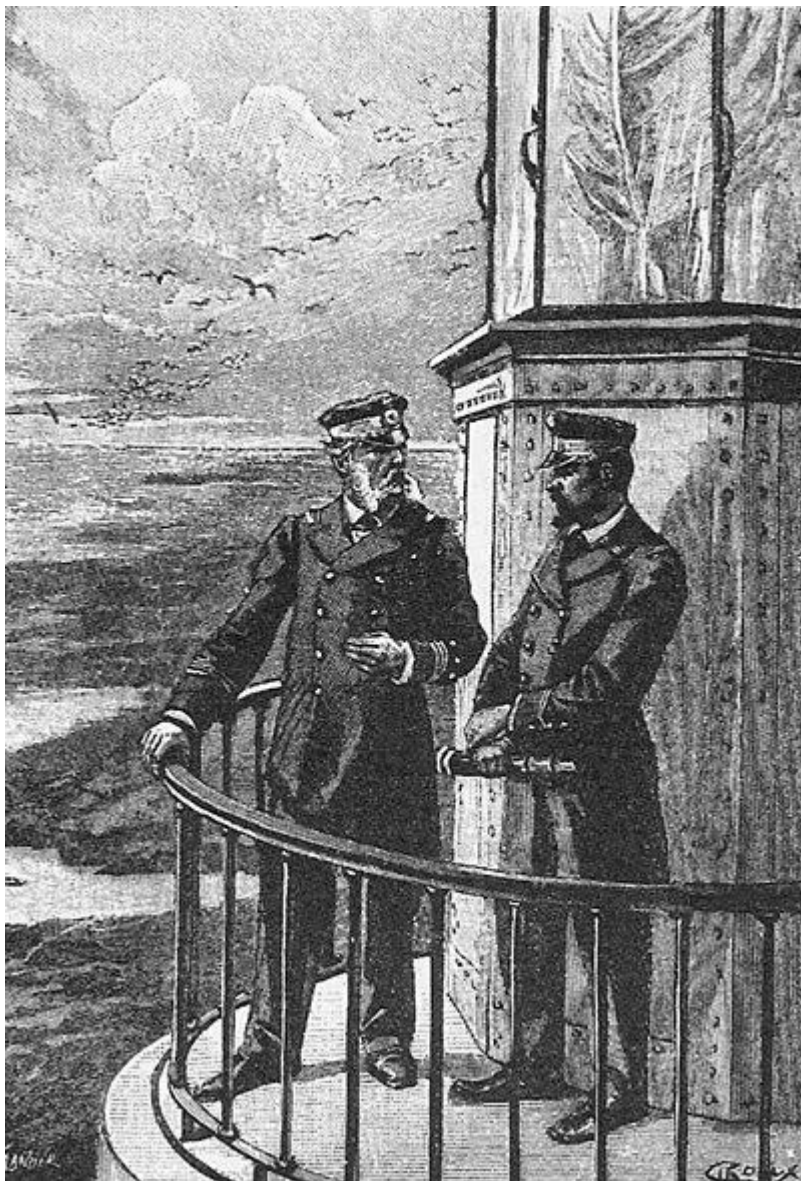
Los dos oficiales acababan de llegar ante el recinto donde los esperaban Vásquez y sus camaradas. La puerta les fue abierta, y se detuvieron tras haber respondido al saludo reglamentario de los tres hombres.

El capitán Lafayate, antes de dirigirles la palabra, los examinó desde los pies, calzados con fuertes botas de agua, hasta la cabeza, cubierta con la capucha del chaquetón encerado.

—¿Todo ha ido bien esta noche? —preguntó, dirigiéndose al guardián jefe.

—Bien, mi comandante —respondió Vásquez.

—¿No han avistado ningún barco en alta mar?...



Toda la isla que iba tomando forma ante sus ojos...

—Ninguno, y como el cielo estaba sin bruma, habríamos visto una luz al menos a cuatro millas.

—¿Las lámparas han funcionado correctamente?...

—Sin interrupción, mi comandante, hasta la salida del sol.

—¿No han pasado frío en la cámara de guardia?

—No, mi comandante. Está bien cerrada y el viento es detenido por el doble cristal de las ventanas.

—Vamos a visitar su alojamiento y luego el faro.

—A sus órdenes, mi comandante —respondió Vásquez.

Era en la base de la torre donde se había construido el alojamiento de los guardianes, con muros gruesos, capaces de desafiar todas las borrascas magallánicas. Los dos oficiales visitaron las diferentes estancias, convenientemente dispuestas. Nada que temer ni de la lluvia, ni del frío, ni de las tormentas de nieve que son formidables bajo esta latitud casi antártica.

Estas estancias estaban separadas por un pasillo al fondo del cual se abría la puerta que daba acceso al interior de la torre.

—Subamos —dijo el capitán Lafayate.

—A sus órdenes —repitió Vásquez.¹

—Basta con que usted nos acompañe.

Vásquez hizo señas a sus dos camaradas para que se quedaran a la entrada del pasillo. Luego empujó la puerta de la escalera, y los dos oficiales lo siguieron.

Aquella estrecha escalera de caracol, con peldaños de piedra empotrados en el muro, no estaba oscura. Diez saeteras la iluminaban de piso en piso.

Cuando hubieron alcanzado la cámara de guardia, por encima de la cual estaban instaladas la linterna y los aparatos de iluminación, los dos oficiales se sentaron en el banco circular fijado al muro. Por las cuatro pequeñas ventanas abiertas en esta cámara, la mirada podía abarcar todos los puntos del horizonte.

Aunque la brisa era moderada, silbaba con bastante fuerza a aquella altura, sin cubrir, sin embargo, los gritos agudos de las gaviotas, las fragatas y los albatros que pasaban dando grandes aletazos.

El capitán Lafayate y su segundo,² a fin de tener una vista más libre de la isla y del mar circundante, treparon por la escala que conducía a la galería que rodeaba la linterna del faro.

Toda la parte de la isla que se perfilaba bajo sus ojos hacia el oeste estaba desierta, como el mar, cuyo vasto arco de círculo podían recorrer sus miradas, del noroeste al sur, interrumpido solamente, hacia el nordeste, por las alturas del cabo San Juan. Al pie de la torre se abría la bahía de Elgor, cuya

orilla se animaba con un ir y venir de los marineros del *Santa Fe*. Ni una vela, ni una humareda en alta mar. Nada más que las inmensidades del Océano.

Tras una estancia de un cuarto de hora en la galería del faro, los dos oficiales, seguidos de Vásquez, descendieron y regresaron a bordo.

Después de almorzar, el capitán Lafayate y el segundo Riegal se hicieron desembarcar de nuevo. Las horas que precedían a la partida iban a dedicarlas a un paseo por la orilla norte de la bahía. Varias veces ya, y sin práctico —se comprenderá que no lo hubiera en la Isla de los Estados— el comandante había entrado de día para tomar su fondeadero habitual en la pequeña cala al pie del faro. Pero, por prudencia, nunca descuidaba hacer un nuevo reconocimiento de esta región poco o mal conocida.

Los dos oficiales prolongaron pues su excursión. Atravesando el estrecho istmo que une al resto de la isla el cabo San Juan, examinaron la orilla del puerto del mismo nombre, que, al otro lado del cabo, forma como el equivalente de la bahía de Elgor.

—Este puerto San Juan —observó el comandante— es excelente. Hay por todas partes agua suficiente para los buques del mayor tonelaje. Es verdaderamente lamentable que su entrada sea tan difícil. Una luz, incluso de la más escasa intensidad, puesta en alineación con el faro de Elgor, permitiría a los navíos en apuros encontrar fácilmente refugio allí.

—Y es el último que se encuentra al salir del estrecho de Magallanes —hizo notar el teniente Riegal.

A las cuatro los dos oficiales estaban de vuelta. Subieron a bordo después de haberse despedido de Vásquez, de Felipe y de Moriz, que permanecieron en la playa esperando el momento de la partida.

A las cinco, la presión empezaba a subir en la caldera del aviso, cuya chimenea vomitaba torbellinos de humo negro. El mar no tardaría³ en estar en calma, y el *Santa Fe* levaría el ancla tan pronto como se hiciera sentir la marea bajante.

A las seis menos cuarto, el comandante dio la orden de virar el cabrestante y de poner en marcha la máquina. El exceso de vapor escapaba silbando por el tubo de escape.

En proa, el segundo oficial supervisaba la maniobra; el ancla estuvo pronto a pique, izada al pescante de gata y asegurada a la serviola.

El *Santa Fe* se puso en marcha, saludado por los adioses de los tres guardianes. Y, pensara lo que pensara Vásquez, si sus camaradas no vieron sin cierta emoción alejarse el aviso, los oficiales y la tripulación sentían una profunda al dejar a aquellos tres hombres en esta isla del extremo de América.

El *Santa Fe*, a velocidad moderada, siguió la costa que limitaba al noroeste la bahía de Elgor. No eran las ocho cuando salió a mar abierto. Doblado el cabo San Juan, navegó a todo vapor, dejando el estrecho al oeste, y, al caer la noche, la luz del Faro del Fin del Mundo no aparecía ya más que como una estrella en el borde del horizonte.

II - LA ISLA DE LOS ESTADOS.

La Isla de los Estados, llamada también Tierra de los Estados, está situada en el extremo sudeste¹ del nuevo continente. Es el último y más oriental fragmento de este archipiélago magallánico que las convulsiones de la época plutónica lanzaron sobre estos parajes del quincuagésimo quinto paralelo, a menos de siete grados del círculo polar antártico. Bañada por las aguas de dos océanos, es buscada por los navíos que pasan de uno a otro, ya vengan del nordeste, ya del sudoeste, después de haber doblado el cabo de Hornos.

El estrecho de Le Maire, descubierto en el siglo XVII por el navegante holandés de este nombre, separa la Isla de los Estados de la Tierra del Fuego, distante de 25² a 30 kilómetros. Ofrece a los buques un paso más corto y más fácil, evitándoles los formidables oleajes que baten el litoral de la Isla de los Estados. Ésta lo limita al este en una longitud de unas diez millas, del cabo San Antonio al cabo Kempe, y los navíos de vapor o de vela están menos expuestos allí que pasando al sur de la isla.

La Isla de los Estados mide treinta y nueve millas de oeste a este desde el cabo San Bartolomé hasta el cabo San Juan, sobre once de anchura entre los cabos Colnett y Webster.

El litoral de la Isla de los Estados es extremadamente recortado. Es una sucesión de golfos, bahías y calas cuya entrada está a veces defendida por cordones de islotes y arrecifes. Así, ¡cuántos naufragios se han producido en estas costas, aquí amuralladas por acantilados a pico, allá bordeadas de

enormes rocas contra las que, incluso con tiempo calmado, el mar rompe con una incomparable furia!

La isla estaba deshabitada, pero quizás no hubiera sido inhabitable, al menos durante la buena estación, es decir, durante los cuatro meses de noviembre, diciembre, enero y febrero, que comprende el verano de esta alta latitud. Incluso rebaños hubieran encontrado suficiente alimento en las vastas llanuras que se extienden en el interior, más particularmente en la región situada al este de Puerto Parry y comprendida entre la punta Conway y el cabo Webster. Cuando la espesa capa de nieve se ha derretido bajo los rayos del sol antártico, la hierba aparece bastante verdeante, y el suelo conserva hasta el invierno una saludable humedad. Los rumiantes, hechos al hábitat de las comarcas magallánicas, podrían prosperar allí. Pero, llegados los fríos, sería necesario devolver los rebaños a las campiñas más clementes, sea de la Patagonia, sea incluso de la Tierra del Fuego.

Sin embargo, se encuentran allí en estado salvaje algunas parejas de esos guanacos, especie de gamos de naturaleza muy rústica, cuya carne es bastante buena, cuando está convenientemente asada o a la parrilla. Y, si estos animales no mueren de hambre durante el largo período invernal, es porque saben encontrar bajo la nieve las raíces y los musgos con los³ que su estómago debe contentarse.

A ambos lados de las llanuras se extienden en el centro de la isla algunos bosques que despliegan sus magras ramas y muestran efímeros follajes más amarillentos que verdosos. Son principalmente hayas antárticas, con tronco a veces de unos sesenta pies de alto, cuyas ramas se ramifican horizontalmente, luego agracejos de esencia muy dura, cortezas de Winter, que tienen propiedades análogas a las de la vainilla.

En realidad, la superficie de estas llanuras y de estos bosques no comprende la cuarta parte de la superficie de la Isla de los Estados. El resto no es más que mesetas rocosas donde domina el cuarzo, gargantas profundas, largas hileras de bloques erráticos, que se desparramaron a raíz de erupciones muy antiguas, pues, ahora, se buscarían vanamente cráteres de volcanes extintos en esta parte de la Fuegia o de la Magallanía. Hacia el centro de la isla, las llanuras ampliamente desarrolladas toman apariencias de estepas, cuando, durante los ocho meses del invierno, ninguna irregularidad altera la uniformidad de la capa de nieve que las recubre. Luego, a medida

que se avanza hacia el oeste, el relieve de la isla se acentúa, los acantilados del litoral son más altos y más escarpados. Allí se alzan conos ceñudos, picos cuya considerable altitud alcanza hasta tres mil pies sobre el nivel del mar, y que permitirían a la mirada abarcar la isla entera. Son los últimos eslabones de esta prodigiosa cadena andina que, de norte a sur, constituye como la gigantesca osamenta del nuevo continente.

Ciertamente, en semejantes condiciones climatéricas, bajo el soplo de los ásperos y terribles huracanes, la flora de la isla se reduce a raros especímenes, cuyas especies apenas se aclimatan en la vecindad del estrecho de Magallanes o en el archipiélago de las Malvinas distante de la costa fueguina unas cien leguas marinas. Son calceolarias, codesos, pimpinelas, bromos, verónicas, estipas en las que la materia colorante solo se forma en bajo grado. Bajo la cubierta de los bosques, entre las hierbas de las praderas, estas pálidas florecillas muestran sus corolas casi tan pronto marchitas como abiertas. Al pie de las rocas litorales, en sus declives donde se aferra un poco de humus, el naturalista podría aún recoger algunos musgos, y, al abrigo de los árboles, ciertas raíces comestibles, las de una azalea, por ejemplo, de la que los pecherais se sirven a guisa de pan, pero todas poco nutritivas en suma.

Se buscaría vanamente un curso de agua regular en la superficie de la Isla de los Estados. Ni río, ni arroyo que brote de este suelo pedregoso. Pero la nieve se acumula allí en capas espesas; persiste durante ocho meses de doce, y, en la época de la estación cálida — menos fría sería más exacto — se derrite bajo los oblicuos rayos del sol, y mantiene una humedad permanente. Entonces se forman aquí y allá pequeñas lagunas, estanques, cuya agua se conserva hasta las primeras heladas. Es así como, en el momento en que comienza esta historia, masas líquidas caían de las alturas vecinas del faro e iban a perderse rebotando en la pequeña cala de la bahía de Elgor o en el Puerto San Juan.

En cambio, si la fauna y la flora están apenas representadas en esta isla, abunda la pesca en todo el litoral. Así, a pesar de los peligros muy serios que corren sus embarcaciones al atravesar el estrecho de Le Maire, los fueguinos vienen a veces a realizar fructíferas pescas. Las especies son muy variadas, merluzas, tiburones, eperlanos, lochas, bonitos, doradas, gobios, mújoles. La gran pesca podría incluso atraer allí numerosos navíos, pues, en aquella época al menos, los cetáceos, ballenas, cachalotes, y también focas

y morsas, frecuentaban gustosos estos parajes. Estos animales marinos han sido perseguidos con tal imprevisión que se refugian actualmente en los mares antárticos donde las campañas son tan peligrosas como penosas.

Se comprenderá sin dificultad, en todo el perímetro de esta isla, donde se suceden las playas, las ensenadas, los bancos rocosos, las conchas hormiguean no menos que los moluscos, bivalvos u otros, mejillones, bigarros, ostras, lapas, fisurelas, bocinas, y es por millares que los crustáceos se deslizan entre los arrecifes.



EL MAR ROMPE CON UNA FURIA INCOMPARABLE.

En cuanto a las aves, están innumerablemente representadas por los albatros de blancura de cisne, las agachadizas, los chorlitos, los archibeques, las

alondras marinas, las gaviotas ruidosas, los gaviones chillones, los págalos ensordecedores.

Sin embargo, no habría que concluir de esta descripción que la Isla de los Estados fuera de naturaleza tal que excitara las codicias de Chile o de la República Argentina. No es en suma más que una enorme roca, casi inhabitable. ¿A quién pertenecía en la época en que comienza esta historia?... Todo lo que se puede decir es que formaba parte del archipiélago magallánico, entonces indiviso entre las dos Repúblicas del extremo continente americano.

Durante la buena estación, los fueguinos o pecherais hacen allí raras apariciones, cuando el mal tiempo les obliga a hacer escala allí. En cuanto a los buques mercantes, la mayor parte prefiere entrar en el estrecho de Magallanes, trazado con extrema precisión en las cartas marinas, y que pueden seguir sin peligro, vengan del este o del oeste, para ir de un océano a otro, gracias a los progresos de la navegación a vapor. Solo vienen a avistar la Isla de los Estados los buques que se preparan a doblar o que han doblado el cabo de Hornos.

Conviene señalarlo, la República Argentina había mostrado una feliz iniciativa al construir este Faro del Fin del Mundo, y las naciones deben agradecerse. En efecto, ninguna luz iluminaba, en aquella época, estos parajes de la Magallanía desde la entrada del estrecho de Magallanes en el cabo Vírgenes, sobre el Atlántico, hasta su salida en el cabo Pilar, sobre el Pacífico. El faro de la Isla de los Estados iba a¹ rendir servicios indiscutibles a la navegación en estos malos parajes. No existe ninguno ni siquiera en el cabo de Hornos, y este podía evitar muchas catástrofes, asegurando a los navíos procedentes del Pacífico más seguridad para embocar el estrecho de Le Maire.

El gobierno argentino había decidido pues la creación de este nuevo faro, al fondo de la bahía de Elgor. Después de un año de trabajos bien dirigidos, su inauguración acababa de realizarse en esta fecha del 9 de diciembre de 1859.

A ciento cincuenta metros de la pequeña cala que termina la bahía, el suelo presentaba un promontorio de una superficie de cuatrocientos a quinientos metros cuadrados, y de una altura de treinta a cuarenta metros

aproximadamente. Un muro de piedra seca cercaba este rellano, esta terraza rocosa que debía servir de base a la torre del faro.

Esta torre se alzaba en su centro por encima del conjunto del anexo, alojamientos y almacenes.

El anexo comprendía: 1º la habitación de los guardianes, amueblada con camas, armarios, mesas, sillas, y que calentaba una estufa de carbón, cuyo tubo conducía el humo por encima del tejado; 2º la sala común igualmente provista de un aparato de calefacción y que servía de comedor, con mesa en el centro, lámparas colgadas del techo, armarios que contenían diversos instrumentos, tales como catalejo, barómetro, termómetro, y también las lámparas destinadas a reemplazar las de la linterna en caso de accidente, en fin un reloj de pesas dispuesto contra el muro lateral; 3º los almacenes donde se conservaban las provisiones para un año, aunque el reabastecimiento y el relevo debieran efectuarse cada tres meses, conservas de tipos variados, carne salada, corn-beef, tocino, legumbres secas, galletas de mar, té, café, azúcar, barriles de whisky y de aguardiente, algunos medicamentos de uso corriente; 4º la reserva de aceite necesaria para el consumo de las lámparas del faro; 5º el almacén, donde estaba depositado el combustible en cantidad suficiente para las necesidades de la² guardia durante toda la duración de los inviernos antárticos.

Tal era el conjunto de las construcciones formando un edificio que se redondeaba sobre el rellano.

La torre era de extrema solidez, construida con los materiales suministrados por la Isla de los Estados. Las piedras de gran dureza, mantenidas por tirantes de hierro, aparejadas con gran precisión, encajadas unas en otras a cola de milano, formaban un muro capaz de resistir a las violentas tempestades, a los terribles huracanes que se desencadenan tan frecuentemente sobre este lejano límite de los dos más vastos océanos del globo. Así como lo había dicho Vásquez, el viento no se la llevaría, esta torre. Sería un fanal que mantendrían sus camaradas y él, ¡y lo mantendrían bien a pesar de las tormentas magallánicas!

La torre medía treinta y dos metros de altura, y, añadiendo la elevación del rellano, la luz se encontraba situada a doscientos veintitrés pies sobre el nivel del mar. Habría podido ser vista pues desde alta mar a la distancia de

quince millas, distancia que franquea el rayo visual a esta altitud. Pero, en realidad, su alcance no era más que de diez millas.

En aquella época, todavía no se hablaba de faros que funcionaran con gas hidrógeno carburado o con luz eléctrica. Además, en esta isla alejada, de difícil comunicación con los Estados más cercanos, se imponía el sistema más simple y que necesitara el mínimo de reparaciones. Se había adoptado pues la iluminación de aceite, dotándola de todos los perfeccionamientos que la ciencia y la industria poseían entonces.

En suma, esta visibilidad de diez millas era suficiente. Quedaba a los navíos procedentes del nordeste, del este y del sudeste un amplio margen para alcanzar el estrecho de Le Maire o tomar dirección por el sur de la isla. Todos los peligros serían evitados observando puntualmente las instrucciones publicadas por cuidado de la autoridad marítima: mantener el faro al nornoroeste en el segundo caso, y al sudsudoeste en el primero. El cabo San Juan y la punta Several o Fallows serían franqueados dejándolos, aquel por babor, esta por estribor, y a tiempo para no ser abatidos hacia ellos por el viento, ni por las corrientes.

Además, y para las ocasiones muy raras en que un buque se viera obligado a refugiarse en la bahía de Elgor, guiándose por el faro, tendría todas las probabilidades de ganar su fondeadero. A la vuelta, el *Santa Fe* podría pues fácilmente dirigirse a la pequeña cala, incluso durante la noche. Teniendo la bahía unas tres millas de longitud hasta el extremo del cabo San Juan, y siendo el alcance de la luz de diez, el aviso tendría todavía siete por delante antes de haber llegado sobre los primeros veriles de la isla.

Antiguamente los faros estaban provistos de espejos parabólicos, que tenían el grave inconveniente de absorber al menos la mitad de la luz producida. Pero el progreso había dicho su palabra en esta materia como en todas las cosas. Se empleaban desde aquella época lentes diópticas, que no dejan perder más que una débil parte de la claridad de las lámparas.

Huelga decir que el Faro del Fin del Mundo poseía una luz fija. No era de temer que el capitán de un navío pudiera confundirla con otra luz, puesto que no existía ninguna en estos parajes, ni siquiera, se repite, en el cabo de Hornos. No había parecido pues necesario diferenciarla, sea por eclipses, sea por destellos, lo que permitía suprimir un mecanismo siempre delicado,

y cuyas reparaciones hubieran sido difíciles en esta isla únicamente habitada por los tres guardianes.

La linterna estaba pues provista de lámparas de doble corriente de aire y de mechas concéntricas. Su llama, produciendo una intensa claridad bajo un pequeño volumen, podía desde entonces ser colocada casi en el foco mismo de las lentes. El aceite les llegaba en abundancia por un sistema análogo al de Carcel. En cuanto al aparato dióptrico dispuesto en el interior de la linterna, se componía de lentes escalonadas, comprendiendo un cristal central de forma ordinaria, que rodeaba una serie de anillos de mediocre espesor y de un perfil tal que todos resultaban tener el mismo foco principal. En estas condiciones, el haz cilíndrico de rayos paralelos producido detrás del sistema de lentes era transmitido al exterior en las mejores condiciones de visibilidad.

Al dejar la isla con tiempo bastante claro, el comandante del aviso pudo, en efecto, constatar que nada había que objetar en la instalación y el funcionamiento del nuevo faro.

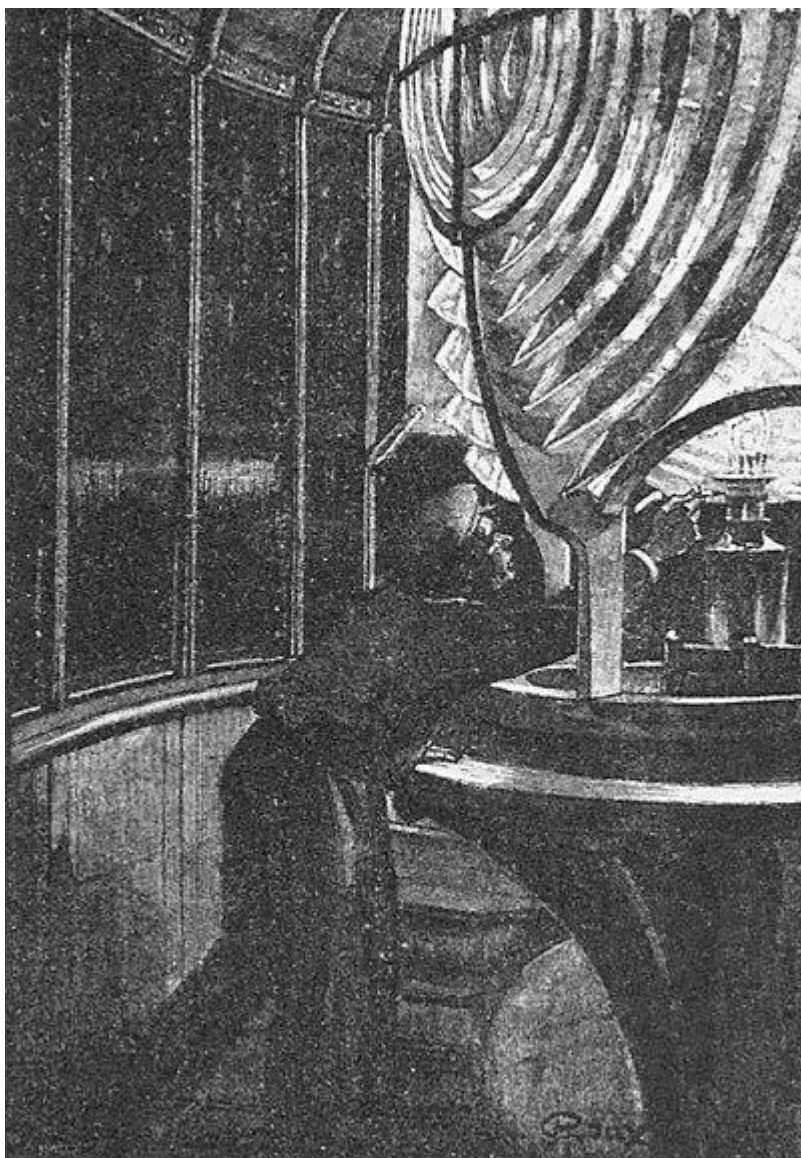
Es evidente que este buen funcionamiento no dependía más que de la exactitud, de la vigilancia de los guardianes. A condición de mantener las lámparas en perfecto estado, de renovar las mechas con cuidado, de supervisar la introducción del aceite en la proporción debida, de regular bien el tiro alargando o acortando los manguitos de los tubos de cristal que las rodeaban, de encender y apagar la luz al ponerse y al salir el sol, de no apartarse jamás de una vigilancia minuciosa, este faro estaba llamado a rendir los mayores servicios a la navegación en estos lejanos parajes del océano Atlántico.

No había, por otra parte, que poner en duda, la buena voluntad y el celo de Vásquez y de sus dos camaradas. Designados tras una selección rigurosa entre un gran número de candidatos, habían dado los tres, en sus funciones anteriores, pruebas de conciencia, valor y resistencia.

No es inútil repetir que la seguridad de los tres guardianes parecía ser completa, por muy aislada que estuviera la Isla de los Estados, a mil quinientas millas de Buenos Aires, de donde únicamente podían venir el reabastecimiento y los auxilios. Los pocos fueguinos o pecherais que se transportaban allí a veces durante la buena estación no hacían una larga estancia, y esta pobre gente es, por lo demás, totalmente inofensiva. Terminada la

pesca, tenían prisa por volver a cruzar el estrecho de Le Maire y regresar al litoral de la Tierra del Fuego o a las islas del archipiélago. Otros extranjeros, jamás se había tenido ocasión de señalar su presencia. Las costas de la isla eran demasiado temidas por los navegantes para que un buque se viera tentado a buscar allí un refugio que habría encontrado más seguramente y más fácilmente en varios otros puntos de la Magallanía.

Sin embargo, todas las precauciones habían sido tomadas en previsión de la llegada de gente sospechosa a la bahía de Elgor. Los anexos estaban cerrados con puertas sólidas que se cerraban con cerrojo por dentro, y no se habrían podido forzar las rejas de las ventanas de los almacenes y del alojamiento. Además, Vásquez, Moriz y Felipe poseían carabinas, revólveres, y las municiones no les faltarían.



El Faro del fin del mundo tenía una luz fija.

En fin, al fondo del pasillo que desembocaba al pie de la torre, se había establecido una puerta de hierro que hubiera sido imposible romper o forzar. En cuanto a penetrar de otro modo en el interior de la torre, ¿cómo hubiera sido posible a través de las estrechas saeteras de la escalera, defendidas por sólidos barrotes, y cómo alcanzar la galería que rodeaba la linterna, a menos de elevarse por la cadena del pararrayos?

Tales eran los trabajos de tan gran importancia que acababan de ser llevados a buen término en la Isla de los Estados por cuidado del gobierno de la República Argentina.

III - LOS TRES GUARDIANES.

Es en esta época del año, de noviembre a marzo, cuando la navegación es más activa en los parajes de la Magallanía. El mar es siempre duro allí. Pero, si nada detiene ni calma los inmensos oleajes que vienen de los dos océanos, al menos el estado de la atmósfera es más estable, y los temporales que lo perturban hasta en las altas zonas no son más que pasajeros. Los navíos de vapor y los veleros se aventuran con más gusto, durante este período de tiempo manejable, a contornear el Nuevo Continente doblando el cabo de Hornos.

Sin embargo, no es el paso de los buques, sea por el estrecho de Le Maire, sea por el sur de la Isla de los Estados, lo que podría romper la monotonía de las largas jornadas de esta estación. Nunca han sido numerosos, y se han vuelto aún más raros, desde que el desarrollo de la navegación a vapor y el perfeccionamiento de las cartas marinas han hecho menos peligroso el estrecho de Magallanes, ruta a la vez más corta y más fácil.

No obstante, esta monotonía, inherente a la existencia en los faros, no es fácilmente perceptible para los guardianes destinados ordinariamente a su servicio. Son, en su mayoría, antiguos marineros o antiguos pescadores. No son gente de contar los días y las horas; saben incesantemente ocuparse y distraerse. El servicio, por otra parte, no se limita a asegurar la iluminación entre la puesta y la salida del sol. Se había recomendado a Vásquez y a sus camaradas vigilar con cuidado las proximidades de la bahía de Elgor, dirigirse varias veces por semana al cabo San Juan, observar la costa este hasta la punta Several, sin alejarse jamás más de tres a cuatro millas. Debían mantener al día el «libro del faro», anotar todos los incidentes que pudieran

sobrevenir, el paso de los buques de vela y de vapor, su nacionalidad, su nombre cuando lo enviaran con su matrícula, la altura de las mareas, la dirección y la fuerza del viento, el registro del tiempo, la duración de las lluvias, la frecuencia de las tormentas, las¹ alzas y bajas del barómetro, el estado de la temperatura y otros fenómenos, lo que permitiría establecer la carta meteorológica de estos parajes.

Vásquez, argentino de nacimiento, como Felipe y Moriz, debía desempeñar en la Isla de los Estados las funciones de guardián jefe del faro. Tenía entonces cuarenta y siete años. Vigoroso, de una salud a toda prueba, de una notable resistencia, como corresponde a un marino que ha cruzado y recruzado la mayor parte de los ciento ochenta paralelos, resuelto, enérgico, familiarizado con el peligro, había sabido salir adelante en más de una circunstancia en la que se jugaba la vida. No es solo a la edad a lo que debía haber sido elegido como jefe del relevo, sino a su carácter bien templado que inspiraba una entera confianza. Sin haber llegado más alto que el grado de primer contramaestre en la Marina de Guerra de la República, había dejado el servicio con la estima de todos. Así, cuando solicitó esta plaza en la Isla de los Estados, la autoridad marítima no experimentó ninguna vacilación en confiársela.

Felipe y Moriz eran igualmente dos marinos, de cuarenta y treinta y siete años respectivamente. Vásquez conocía a sus familias desde hacía mucho tiempo y los había designado para la elección del gobierno. El primero, como él, había permanecido soltero. Solo de los tres, Moriz estaba casado, sin hijos, y su mujer, a la que volvería a ver en tres meses, servía en casa de una patrona del puerto de Buenos Aires.

Cuando los tres meses hubieran transcurrido, Vásquez, Felipe y Moriz reembarcarían en el *Santa Fe*, que llevaría de vuelta a la Isla de los Estados a otros tres guardianes, cuyo puesto volverían a ocupar ellos tres meses más tarde.

Sería en junio, julio y agosto cuando retomarían el servicio, es decir, hacia mediados del invierno. Por lo tanto, después de no haber sufrido demasiado las inclemencias durante su primera estancia, debían esperar una penosa existencia a su regreso a la isla. Pero, como es de imaginar, esto no era motivo para causarles la menor inquietud. Vásquez y sus camaradas es-

tarían ya casi aclimatados, y sabrían desafiar impunemente el frío, las tempestades, todos los rigores de las estaciones antárticas.

Desde ese día, 10 de diciembre, el servicio fue organizado regularmente. Cada noche las lámparas funcionaron bajo la vigilancia de uno de los guardianes apostado en la cámara de guardia, mientras los otros dos descansaban en el alojamiento. De día, los diversos aparatos eran revisados, limpiados, provistos de mechas nuevas si era necesario, y puestos en estado de proyectar sus potentes rayos al ponerse el sol.

Entretanto, siguiendo las indicaciones del servicio, Vásquez y sus camaradas descendían la bahía de Elgor hasta el mar, sea a pie siguiendo una u otra orilla, sea en la embarcación dejada a disposición de los guardianes, una chalupa con media cubierta aparejada con trinquete y foque, que se abrigaba en una pequeña cala donde no tenía nada que temer, pues altos acantilados la protegían contra los vientos del este, los únicos temibles.

Huelga decir que, cuando Vásquez, Felipe y Moriz hacían estas excursiones en la bahía o en los alrededores del recinto, uno de ellos permanecía siempre de guardia en la galería superior del faro. En efecto, podía ocurrir que un buque pasara a la vista de la Isla de los Estados y quisiera enviar su matrícula. Importaba pues que uno de los guardianes estuviera siempre en su puesto. Desde el rellano, solo se veía el mar del este al nordeste. En las demás direcciones, los acantilados detenían la mirada a algunos centenares de toesas del recinto. De ahí esta obligación de permanecer constantemente en la cámara de guardia, a fin de poder comunicarse con los navíos.

Los primeros días que siguieron a la partida del aviso no estuvieron marcados por ningún incidente. El tiempo permanecía bueno, la temperatura bastante elevada. El termómetro marcaba a veces diez grados sobre cero centígrado. El viento soplaba de alta mar, y generalmente en brisa ligera entre la salida y la puesta del sol; luego, con la tarde, rolaba a tierra, es decir, que remontaba al noroeste, y venía de las vastas llanuras de la Patagonia y de la Tierra del Fuego. Hubo sin embargo algunas horas de lluvia, y, como el calor aumentaba, era de esperar próximas tormentas, que podrían modificar el estado atmosférico.

Bajo la influencia de los rayos solares, que adquirirían una fuerza vivificante, la flora comenzó a manifestarse en cierta medida. La pradera vecina del recinto, enteramente despojada del manto blanco del invierno, mostraba

su tapiz de un verde pálido. En el bosque de hayas antárticas, incluso habría sido placentero tumbarse bajo los follajes nuevos. El arroyo, abundantemente alimentado, corría a cauce lleno hasta la cala. Los musgos, los líquenes reaparecían al pie de los árboles y tapizaban el flanco de las rocas, al igual que esas coclearias tan eficaces contra las afecciones escorbúticas. En fin, si no era la primavera —esta bonita palabra no tiene curso en la Magallanía— era el verano que por algunas semanas aún reinaba sobre el extremo límite del continente americano.

Terminada esta jornada, antes de que llegara el momento de encender el faro, Vásquez, Felipe y Moriz, sentados los tres en el balcón circular que rodeaba la linterna, charlaban según su costumbre, y muy naturalmente el guardián jefe dirigía y mantenía la conversación.

—Bueno, muchachos —dijo después de haber rellenado concienzudamente su pipa —ejemplo que fue seguido por los otros dos—, ¿qué tal esta nueva existencia?... ¿empezáis a acostumbraros a ella?

—Claro, Vásquez —respondió Felipe—. No es en tan poco tiempo que se puede sentir gran aburrimiento ni gran fatiga.

—En efecto —añadió Moriz—, pero nuestros tres meses pasarán más rápido de lo que habría creído.

—¡Sí, muchacho, filarán como una corbeta bajo sus juanetes, sobrejuanetes, alas y rastreras!

—Hablando de buques —observó Felipe—, no hemos visto ni uno solo hoy, ni siquiera en el horizonte...

—Ya vendrán, Felipe, ya vendrán —replicó Vásquez, ahuecando la mano sobre los ojos como para hacerse un catalejo—. No habría valido la pena haber levantado este hermoso faro en la Isla de los Estados, un faro que envía sus destellos hasta diez millas mar adentro, para que ni un solo navío viniera a aprovecharlo.

—Además, es completamente nuevo nuestro faro —observó Moriz.

—¡Como dices, muchacho! —replicó Vásquez—, y hace falta tiempo para que los capitanes aprendan que esta costa está iluminada ahora. ¡Cuando lo sepan, no dudarán en costear más de cerca y entrar en el estrecho con gran ventaja para su navegación! Pero no basta con saber que hay un faro,

¡aún es preciso estar seguro de que está siempre encendido, desde la puesta del sol hasta su pequeña salida!

—Eso no será bien sabido —hizo notar Felipe— hasta después del regreso del Santa Fe a Buenos Aires.

—Justo, muchacho —declaró Vásquez—, y, cuando se haya publicado el informe del comandante Lafayate, las autoridades se apresurarán a difundirlo en todo el mundo marítimo. Pero ya la mayoría de los navegantes no deben ignorar lo que se ha hecho aquí.

—En cuanto al Santa Fe, que no partió más que hace cinco días —prosiguió Moriz—, su travesía durará...

—Lo que dure —interrumpió Vásquez—, ¡no más de una semana todavía, supongo! El tiempo es bueno, el mar está en calma, el viento sopla del buen lado... El aviso tiene el viento a un largo en sus velas día y noche, y, añadiendo su máquina, me extrañaría mucho si no filara sus nueve a diez nudos.

—A la hora que es —dijo Felipe—, debe haber pasado el estrecho de Magallanes y doblado el cabo Vírgenes unas quince millas.

—Seguro, muchacho —declaró Vásquez—. En este momento, costea la costa patagónica, y puede desafiar en carrera a los caballos de los patagones... ¡Sabe Dios, sin embargo, si en aquel país, hombres y bestias salen disparados como una fragata de primer rango, viento en popa cerrada!

Se comprenderá que este recuerdo del *Santa Fe* estuviera aún presente en el espíritu de esta buena gente. ¿No era como un pedazo de la tierra natal que acababa de dejarlos para regresar allá? Con el pensamiento, lo seguirían hasta el final del viaje.

—¿Has tenido buena pesca hoy?... —prosiguió Vásquez dirigiéndose a Felipe.

—Bastante buena, Vásquez, he cogido con la línea algunas docenas de gobios, y, con la mano, un buey de mar que pesaba bien tres libras, que se deslizaba entre las rocas.

—¡Bien eso! —respondió Vásquez—, ¡y no temas despoblar la bahía!... Los peces, cuantos más se cogen, más hay, como se dice, ¡y eso nos permi-

tirá economizar nuestras provisiones de carne seca y tocino salado!... En cuanto a las verduras...

— Yo — anunció Moriz —, he bajado hasta el bosque de hayas. He desenterrado allí algunas raíces, y, como se lo vi hacer al maestro cocinero del aviso, que sabe lo que hace, ¡os prepararé con ellas un magnífico plato!

— Será bienvenido — declaró Vásquez —, ¡porque no hay que abusar de las conservas, ni siquiera de las mejores!... ¡Nunca valen lo que está recién matado, o recién pescado, o recién cogido!

— ¡Eh! — exclamó Felipe —, si nos vinieran algunos rumiantes del interior de la isla... un par de guanacos u otros.

— No digo que un filete o un pernil de guanaco sea de despreciar — replicó Vásquez —. ¡Un buen trozo de venado, y el estómago no tiene más que agradecimientos que hacer cuando se le ha servido!... Así que, si la caza se presenta, trataremos de abatirla. Pero, muchachos, atención a no alejarse del recinto para ir a cazar la pieza mayor o menor. Lo esencial es conformarse a las instrucciones y no apartarse del faro, si no es para observar lo que pasa en la bahía de Elgor, y en alta mar entre el cabo San Juan y la punta Diegos.

— Sin embargo — prosiguió Moriz, a quien le gustaba la caza —, si viniera una buena pieza a un tiro de fusil...

— A un tiro de fusil e incluso a dos, e incluso a tres, no digo que no — respondió Vásquez —. Pero, ya lo sabéis, el guanaco es demasiado arisco por naturaleza para frecuentar la buena sociedad... la nuestra se entiende, ¡y me sorprendería mucho si viéramos siquiera un par de cuernos por encima de las rocas, por el lado del bosque de hayas o en las proximidades del recinto!

En efecto, desde el comienzo de los trabajos, ningún animal había sido señalado en las proximidades de la bahía de Elgor. El segundo del *Santa Fe*, decidido Nemrod, había intentado varias veces cazar el guanaco. Su tentativa había sido vana, aunque se hubiera adentrado de cinco a seis millas en el interior. Si la caza mayor no faltaba, al menos no se dejaba ver más que de demasiado lejos para ser disparada. Quizás, si hubiera franqueado las alturas y sobrepasado el puerto Parry, si hubiera llegado hasta el otro extremo de la isla, el segundo habría sido más afortunado. Pero allá donde se alza-

ban grandes picos, en la parte occidental, el camino debía ser sin duda muy difícil, y ni él, ni nadie de la tripulación del *Santa Fe*, fue jamás a reconocer los alrededores del cabo San Bartolomé.

Durante la noche del 16 al 17 de diciembre, estando Moriz de guardia en la cámara de guardia de seis a diez de la noche, una luz apareció en dirección este, a cinco o seis millas mar adentro. Era evidentemente la luz de un navío, la primera que se había mostrado en las aguas de la isla desde el establecimiento del faro.



Vásquez, Felipe y Moriz, todos sentados en el balcón...

Moriz pensó, con razón, que aquello debía interesar a sus camaradas, que aún no dormían, y vino a avisarles.

Vásquez y Felipe subieron enseguida con él, y, catalejo en ristre, se apostaron ante la ventana abierta al este.

—Es una luz blanca —declaró Vásquez.

—Y, por consiguiente —dijo Felipe—, no es una luz de posición, puesto que no es ni verde ni roja.

La observación era justa. No era una de esas luces de posición colocadas, según su color, una a babor, la otra a estribor del navío.

—Y —añadió Vásquez—, puesto que esta es blanca, es que está suspendida del estay de trinquete, lo que indica un vapor a la vista de la isla.

Sobre este punto, ninguna duda. Se trataba efectivamente de un vapor que se dirigía hacia el cabo San Juan. ¿Tomaría el estrecho de Le Maire, o pasaría por el sur? Esa es la pregunta que se hacían los guardianes.

Siguieron pues la marcha del buque a medida que se acercaba, y, después de media hora, tuvieron clara su ruta.

El vapor, dejando el faro por babor al sudsudoeste, se dirigió francamente hacia el estrecho. Se pudo ver su luz roja en el momento en que pasó a la altura del puerto San Juan; luego no tardó en desaparecer en medio de la oscuridad.

—¡He aquí el primer navío que habrá avistado el Faro del Fin del Mundo! —exclamó Felipe.

—¡No será el último! —aseguró Vásquez.

Al día siguiente, por la mañana, Felipe señaló un gran velero que aparecía en el horizonte. El tiempo estaba claro, la atmósfera despejada de brumas bajo una ligera brisa del sudeste, lo que permitió ver el navío a la distancia de al menos diez millas.

Vásquez y Moriz, avisados, subieron a la galería del faro. Se distinguía el buque señalado por encima de los extremos acantilados del litoral, un poco a la derecha de la bahía de Elgor, entre la punta Diegos y la punta Several.

Este navío navegaba rápidamente, con todo el trapo, con una velocidad que no debía estimarse en menos de doce o trece nudos. Navegaba a un largo, amura de babor. Pero, como se dirigía en línea recta hacia la Isla de los Estados, no se podía aún asegurar si pasaría al norte o al sur de ella.

Como gente de mar que estas cuestiones interesan siempre, Vásquez, Felipe y Moriz discutían este punto. Finalmente, fue Moriz quien tuvo razón, habiendo sostenido que el velero no buscaba la entrada del estrecho. En efecto, cuando no estuvo más que a una milla y media de la costa, orzó, de manera a acercarse más al viento, a fin de doblar la punta Several.

Era un gran buque, de al menos mil ochocientas toneladas de arqueo, aparejado como barca de tres palos del tipo de esos clíperes construidos en América, y cuya velocidad de marcha es verdaderamente maravillosa.

—¿Que mi catalejo se convierta en paraguas —exclamó Vásquez— si ese no ha salido de un astillero de Nueva Inglaterra!

—¿Quizás va a enviarnos su matrícula? —dijo Moriz.

—No haría más que cumplir con su deber —respondió simplemente el guardián jefe.

Es bien lo que ocurrió en el momento en que el clíper doblaba la punta Several. Una serie de banderas subió a la pena de la cangreja, señales que Vásquez tradujo inmediatamente después de haber consultado el libro depositado en la cámara de guardia.

Era el *Montank* del puerto de Boston, Nueva Inglaterra, Estados Unidos de América. Los guardianes le respondieron izando el pabellón argentino en el asta del pararrayos, y no cesaron de observar el navío hasta el momento en que la extremidad de su arboladura desapareció detrás de las alturas del cabo Webster, en la costa sur de la isla.

—Y ahora —dijo Vásquez—, ¡buen viaje al *Montank*, y quiera el cielo que no pille algún mal temporal mar adentro del cabo de Hornos!

Durante los días que siguieron, el mar permaneció casi desierto. Apenas se pudo entrever una o dos velas en el horizonte del este. Los navíos que pasaban a una decena de millas de la Isla de los Estados no buscaban evidentemente recalar en la tierra de América. En opinión de Vásquez, debían ser balleneros que se dirigían a los caladeros, en los parajes antárticos. Se

vieron por lo demás algunos sopladores que venían de latitudes más elevadas. Se mantenían a buena distancia de la punta Several dirigiéndose hacia el Océano Pacífico.

No hubo nada que¹ anotar hasta la fecha del 20 de diciembre, si no son observaciones meteorológicas. El tiempo se había vuelto bastante variable, con saltos de viento del nordeste al sudeste. En varias ocasiones, cayeron lluvias bastante fuertes, a veces acompañadas de granizo, lo que indicaba una cierta tensión eléctrica de la atmósfera. Se podían temer pues tormentas que no dejan de ser temibles, sobre todo en esta época del año.

En la mañana del 21, Felipe se paseaba fumando sobre el rellano, cuando creyó ver un animal por el lado del bosque de hayas.

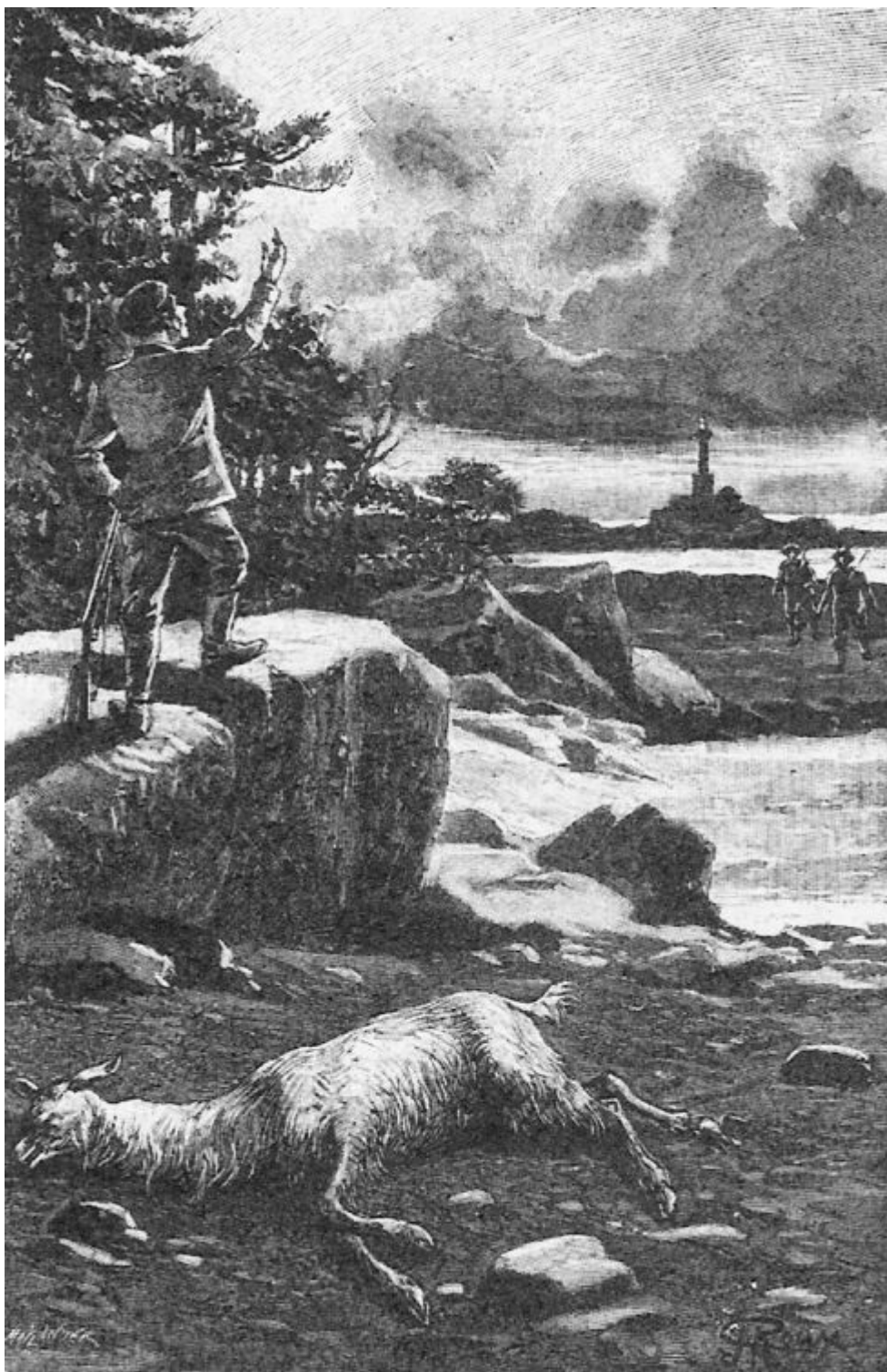
Después de haberlo observado durante algunos instantes, fue a buscar un catalejo a la sala común.

Felipe reconoció sin dificultad un guanaco de gran tamaño. Era quizás la ocasión de hacer un buen lance.

Enseguida, Vásquez y Moriz, a quienes acababa de llamar, salieron ambos del anexo y se reunieron con él en el rellano.

Todos fueron de la opinión de que había que ponerse a cazar. Si se lograba abatir el guanaco, eso supondría un suplemento de carne fresca, que variaría agradablemente el menú habitual.

He aquí lo que se convino: Moriz, armado con una de las carabinas, saldría del recinto, e intentaría, sin ser visto, rodear al animal, que permanecía inmóvil, y empujarlo hacia el lado de la bahía, donde Felipe lo esperaría al paso.



MORIZ HIZO UN GESTO INEQUÍVOCO.

—En todo caso, tened mucho cuidado, muchachos —recomendó Vásquez
— . ¡Esas bestias tienen el oído fino y el olfato fino! En cuanto esta vea u

huela a Moriz, escapará tan rápido que no podréis ni dispararle ni hacerlo volver. Dejadla ir entonces, porque no debéis alejaros... ¿Bien entendido?...

—Bien entendido —respondió Moriz.

Vásquez y Felipe se apostaron en el rellano, y, sirviéndose del catalejo, constataron que el guanaco no se había movido del lugar donde se había mostrado al principio. Su atención se centró en Moriz.

Este se dirigía hacia el bosque de hayas. Allí estaría a cubierto, y quizás podría, sin asustar al animal, ganar las rocas, a fin de cogerlo por la retaguardia y obligarlo a huir hacia el lado de la bahía.

Sus camaradas pudieron seguirlo con la mirada hasta el momento en que alcanzó el bosque bajo el cual desapareció.

Transcurrió aproximadamente media hora. El guanaco seguía inmóvil y Moriz debía estar al alcance de dispararle su tiro de fusil.

Vásquez y Felipe esperaban pues que una detonación resonara y que el animal cayera más o menos gravemente herido, o huyera a toda velocidad.

Sin embargo, no se disparó ningún tiro, y, para extrema sorpresa de Vásquez y de Felipe, he aquí que el guanaco, en lugar de escapar, se tumbó sobre las rocas, las patas colgando, el cuerpo desplomado, como si ya no hubiera tenido fuerzas para sostenerse.

Casi enseguida, Moriz, que había logrado deslizarse detrás de las rocas, apareció y se lanzó hacia el guanaco que no se movió; se inclinó sobre él, lo palpó con la mano, y se incorporó bruscamente.

Luego, volviéndose hacia el recinto, hizo un gesto inequívoco. Evidentemente, pedía a sus camaradas que se reunieran con él cuanto antes.

—Hay algo extraordinario —dijo Vásquez—. Ven, Felipe.

Y ambos, bajando precipitadamente del rellano, corrieron hacia el bosque de hayas.

No tardaron más de diez minutos en franquear la distancia.

—Bueno... ¿el guanaco?... —interrogó Vásquez.

—Aquí está —respondió Moriz, señalando la bestia tendida a sus pies.

—¿Está muerto? —preguntó Felipe.

—Muerto —replicó Moriz.

—¿De vejez entonces? —exclamó Vásquez.

—No... ¡a consecuencia de una herida!

—¡Herido! ¿Habría sido herido?

—Sí... ¡de una bala en el flanco!

—¡Una bala!... —repitió Vásquez.

Nada más cierto. Después de haber sido alcanzado por una bala y haberse arrastrado hasta aquel lugar, el guanaco había caído muerto allí.

—¿Hay pues cazadores en la isla? —murmuró Vásquez.

Inmóvil y pensativo, lanzó una mirada inquieta a su alrededor.

IV - LA BANDA KONGRE.

Si Vásquez, Felipe y Moriz se hubieran transportado al extremo occidental de la Isla de los Estados, habrían constatado cuánto difería aquel litoral del que se extendía entre el cabo San Juan y la punta Several. No eran más que acantilados que se elevaban hasta doscientos pies de altura, la mayoría cortados a pico y prolongándose bajo aguas profundas, incesantemente batidas por una violenta resaca, incluso con tiempo calmado.

Delante de estos acantilados áridos, cuyas fracturas, intersticios, fallas, albergaban miríadas de aves marinas, se destacaban numerosos bancos de arrecifes, algunos de los cuales llegaban hasta dos millas mar adentro con marea baja. Entre ellos serpenteaban estrechos canales, pasos impracticables, si no es para ligeras embarcaciones. Aquí y allá playas, alfombras de arena, donde crecían algunas escasas plantas marinas, sembradas de conchas trituradas por el peso de las olas en pleamar. No faltaban las cavernas en el interior de estos acantilados, grutas profundas, secas, oscuras, de orificio estrecho, cuyo interior no era ni barrido por las ráfagas ni inundado por el oleaje, incluso en las temibles épocas del equinoccio. Se accedía a ellas atravesando pendientes pedregosas, desprendimientos de rocas que las mareas vivas a veces removían. Barrancos difíciles de subir daban acceso hasta la cresta, pero, para alcanzar la meseta del centro de la isla, habría sido necesario franquear crestas de más de novecientos metros de altitud, y la distancia no habría sido menor de unas quince millas. En total, el carácter salvaje, desolado, se acentuaba más de este lado que en el litoral opuesto donde se abría la bahía de Elgor.

Aunque el oeste de la Isla de los Estados estuviera en parte protegido contra los vientos del noroeste por las alturas de¹ la Tierra del Fuego y del archipiélago Magallánico, el mar se desencadenaba allí con tanta furia como en las proximidades del cabo San Juan, de la punta Diegos y de la punta Several. Si pues un faro había sido establecido del lado del Atlántico, otro no habría sido menos necesario del lado del Pacífico, para los buques que buscaban el estrecho de Le Maire, después de haber doblado el cabo de Hornos. Quizás el gobierno chileno se reservaba, en aquella época, seguir un día el ejemplo de la República Argentina.

En todos los casos, si estos trabajos se hubieran emprendido al mismo tiempo en los dos extremos de la Isla de los Estados, eso habría singularmente comprometido la situación de una banda de saqueadores que se habían refugiado en la vecindad del cabo San Bartolomé.

Varios años antes estos malhechores habían tomado pie a la entrada de la bahía de Elgor. Habían descubierto allí una profunda caverna excavada en el acantilado. Esta caverna les ofrecía un seguro refugio, y, como ningún navío hacía jamás escala en la Isla de los Estados, se encontraban allí en perfecta seguridad.

Estos hombres, en número de una docena, tenían por jefe a un individuo de nombre Kongre, al que un tal Carcante servía de segundo.

No era más que una mezcla de gentes originarias de Sudamérica. Cinco de entre ellos eran de nacionalidad argentina o chilena. En cuanto a los otros, verosíblemente nativos de la Fuegia, reclutados por Kongre, no habían tenido más que atravesar el estrecho de Le Maire para completar la banda, en esta isla que ya conocían por haber venido a pescar durante la buena estación.

De Carcante, todo lo que se sabía es que era chileno, pero habría sido difícil decir en qué ciudad o pueblo de la República había nacido, ni a qué familia pertenecía. De treinta y cinco a cuarenta años de edad, de talla mediana, más bien delgado, pero todo nervio y músculo, y por consiguiente de extrema fuerza, de carácter taimado, de alma falsa, jamás habría retrocedido ni ante un robo a perpetrar, ni ante un asesinato a cometer.

En cuanto al jefe de la banda, se ignoraba todo de su existencia. Su nacionalidad, nunca se había pronunciado al respecto. ¿Se llamaba Kongre?

no se sabía. Lo que es cierto es que este nombre es bastante común entre los indígenas de la Magallanía y de la Tierra del Fuego. Durante el viaje del *Astrolabe* y de la *Zélée*, el capitán Dumont-d'Urville, haciendo escala en el puerto Peckett, sobre el estrecho de Magallanes, recibió a bordo a un patagón que llevaba este nombre. Pero es dudoso que Kongre fuera originario de la Patagonia. No tenía la cara estrechada en la parte superior y ancha en su parte inferior de los hombres de esta comarca, su frente estrecha y huidiza, sus ojos alargados, su nariz aplastada, su talla generalmente alta. Además, su fisonomía estaba lejos de presentar esa expresión de dulzura que se encuentra en la mayoría de los tipos de estas poblaciones.

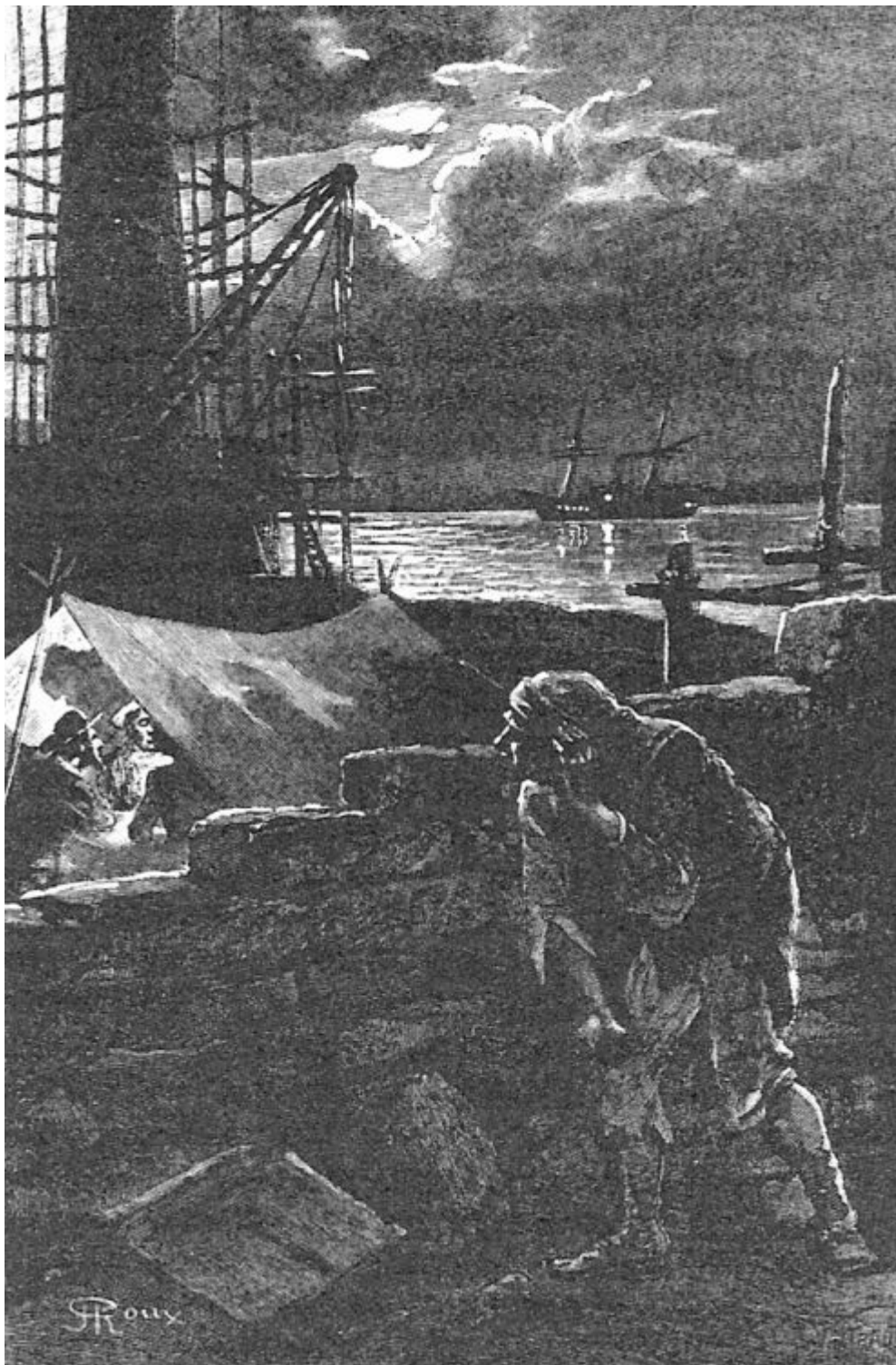
Kongre tenía un temperamento tan violento como enérgico. Eso se reconocía fácilmente por sus rasgos fieros, mal disimulados bajo una barba espesa que ya encanecía, aunque no tuviera más que unos cuarenta años. Era un verdadero bandido, un malhechor temible, manchado con todos los crímenes, que no había podido encontrar otro refugio que esta isla desierta, de la que solo se conocía el litoral.

Pero, desde que habían venido a buscar asilo allí, ¿cómo Kongre y sus compañeros habían logrado subsistir? Es lo que va a ser someramente explicado.

Cuando Kongre y su cómplice Carcante, a raíz de fechorías que les habrían valido la horca o el garrote, huyeron de Punta Arenas, el principal puerto del estrecho de Magallanes, ganaron la Tierra del Fuego, donde² habría sido difícil perseguirlos. Allí, viviendo en medio de los pecherais, supieron cuán frecuentes eran los naufragios en la Isla de los Estados, que aún no iluminaba el Faro del Fin del Mundo. Sin duda que estas orillas debían estar cubiertas de restos de todo tipo, algunos de los cuales debían tener un gran valor. Kongre y Carcante tuvieron entonces la idea de organizar una banda de saqueadores de naufragios, con dos o tres bandidos de su especie encontrados en Fuegia, a los que se unieron una decena de pecherais que no valían más. Una embarcación indígena los transportó a la otra orilla del estrecho de Le Maire. Pero, aunque Kongre y Carcante fueran marinos, y hubieran navegado mucho tiempo en los parajes sospechosos del Pacífico, no pudieron evitar una catástrofe. Un golpe de viento los rechazó hacia el este, y el mar, muy malo, rompió su embarcación contra las rocas del cabo Colnett, en el momento en que se esforzaban por hacer escala en las aguas tranquilas del puerto Parry.

Fue entonces cuando ganaron a pie la bahía de Elgor. No fueron decepcionados en sus esperanzas. Las playas, entre el cabo San Juan y la punta Several, estaban cubiertas de los restos de naufragios antiguos o recientes, fardos aún intactos, cajas de provisiones, capaces de asegurar el alimento de la banda durante largos meses, armas, revólveres y fusiles, que sería fácil poner en estado, municiones bien conservadas en sus cajas metálicas, barras de oro y de plata de gran valor, procedentes de ricas cargas australianas, muebles, tablones, planchas, maderas de todo tipo, aquí y allá algunos restos de esqueletos, pero ni un solo superviviente de estos siniestros marítimos.

Por otra parte, era bien conocida de los navegantes, esta temible Isla de los Estados. Todo navío que la tempestad empujaba a esta costa se perdía irremediabilmente con hombres y carga.



CARCANTE PUDO VER EL ESTADO DE LAS OBRAS.

No fue en el fondo de la bahía donde Kongre se estableció con sus compañeros, sino a la entrada, lo que le convenía mejor para sus proyectos, de manera a vigilar el cabo San Juan. El azar le hizo descubrir una caverna,

cuyo orificio se escondía bajo espesas plantas marinas, láminas y fucos, suficientemente espaciosa para alojar a toda la banda. Al resguardo de un contrafuerte del acantilado en la orilla norte de la bahía, no tenía nada que temer de los vientos de alta mar. Se transportó allí todo lo que, procedente de los naufragios, podía servir para amueblarla, ropa de cama, vestidos, y también en cantidad, conservas de carnes, cajas de galleta, barriles de aguardiente y de vino. Una segunda gruta, vecina de la primera, sirvió para almacenar aquellos de estos restos que tenían un valor particular, como el oro, la plata, las joyas preciosas encontradas en las playas. Si más tarde Kongre lograba apoderarse de un navío atraído con traición a la bahía, lo cargaría con todo este pillaje y regresaría a esas islas del Pacífico, escenario de sus primeras piraterías.

Hasta entonces, no habiéndose presentado la ocasión, estos malhechores no habían podido abandonar la Isla de los Estados. Es verdad, en el espacio de dos años, su riqueza no cesó de aumentar. Otros naufragios se produjeron de los que sacaron gran provecho. E incluso, a ejemplo de los saqueadores de naufragios en ciertas costas peligrosas del Antiguo y del Nuevo Mundo, a menudo provocaban estas catástrofes. De noche, cuando los temporales del Este rugían, si un buque se presentaba a la vista de la isla, lo atraían con luces encendidas en dirección a los arrecifes y si, excepcionalmente, uno de los náufragos¹ lograba salvarse de las olas, era inmediatamente masacrado. Tal fue la obra criminal de estos bandidos cuya existencia misma se ignoraba.

Sin embargo, la banda continuaba prisionera en la isla. Kongre bien había podido provocar la pérdida de algunos navíos, pero no atraerlos a la bahía de Elgor, donde habría intentado apoderarse de ellos. Por otra parte, ningún buque había venido por sí mismo a hacer escala al fondo de la bahía, poco conocida de los capitanes, y aún habría sido necesario que una tripulación no hubiera sido lo bastante fuerte para defenderse contra esta quincena de bandidos.

El tiempo transcurría, la caverna rebosaba de restos de gran valor. Cuáles debían ser la impaciencia, la rabia de Kongre y de los suyos, se concibe. Era el eterno tema de conversación entre Carcante y su jefe.

—¡Estar varado en esta isla, como un navío en la costa! —repetía—, ¡y cuando tenemos que embarcar una carga que vale más de cien mil

piastras!...

—Sí —respondía Kongre—, ¡habrá que partir, cueste lo que cueste!

—¿Cuándo y cómo? —replicaba Carcante. Y esta pregunta quedaba siempre sin respuesta.

—Nuestras provisiones acabarán por agotarse —repetía Carcante—. ¡Si la pesca da, la caza puede faltar!... Y además, ¡qué inviernos se pasan en esta isla! ¡Mil diablos! ¡Cuando pienso en los que estaremos obligados a soportar todavía!

A todo esto, ¿qué habría podido decir Kongre? Era poco locuaz, poco comunicativo. ¡Pero qué cólera bullía en él, al sentir su impotencia!

No, no podía nada... ¡nada!... A falta de un buque que la banda hubiera sorprendido fondeado, si alguna canoa fueguina se hubiera aventurado hacia el este de la isla, Kongre no habría tenido gran dificultad en apoderarse de ella. Y entonces, si no él, al menos Carcante y uno de los chilenos se habrían servido de ella para dirigirse al estrecho de Magallanes, donde, una vez allí la ocasión se habría presentado de ganar sea Buenos Aires, sea Valparaíso. Gracias al dinero que no faltaba, se habría comprado un navío de ciento cincuenta a doscientos toneles, que Carcante, con algunos marineros, habría llevado a la bahía de Elgor. Este navío una vez en la cala, se habrían deshecho de su tripulación... ¡Luego toda la banda se habría embarcado en él con sus riquezas, para ganar las Salomón o las Nuevas Hébridas!...

Ahora bien, las cosas estaban así, cuando, quince meses antes del comienzo de esta historia, la situación fue bruscamente modificada.

A comienzos de octubre de 1858, un vapor, que enarbolaba pabellón argentino, apareció a la vista de la isla y maniobró de manera a entrar en la bahía de Elgor.

Kongre y sus compañeros pronto reconocieron un navío de guerra, contra el cual no podrían intentar nada. Después de haber hecho desaparecer todo rastro de su presencia y disimulado el orificio de las dos cavernas, se retiraron al interior de la isla, para esperar la partida del buque.

Era el *Santa Fe*, que venía de Buenos Aires, llevando a bordo un ingeniero encargado de la construcción de un faro en la Isla de los Estados, y que venía a determinar su emplazamiento.

El aviso no permaneció más que algunos días en la bahía de Elgor, y partió de ella sin haber descubierto el refugio de Kongre y de los suyos.

Sin embargo, Carcante, que se había deslizado de noche hasta la cala, había podido saber por qué motivo el *Santa Fe* había venido a hacer escala en la Isla de los Estados. ¡Un faro iba a ser construido al fondo de la bahía de Elgor!... La banda no tenía más que abandonar el lugar, parecía, y, ciertamente, es bien lo que se habría hecho, si ello hubiera sido posible.

Kongre tomó pues el único partido a tomar. Conocía ya la parte oeste de la isla en los alrededores del cabo San Bartolomé, donde otras cavernas podrían asegurarle refugio. Sin perder un día, no debiendo tardar el aviso en regresar con un equipo de obreros para comenzar los trabajos, se ocupó de transportar allí todo lo que sería necesario con vistas a vivir allí un año, teniendo toda razón para creer que, a esta distancia del cabo San Juan, no correría ningún riesgo de ser descubierto. Sin embargo, le habría faltado tiempo para vaciar las dos cavernas. Tuvo que limitarse a retirar la mayor parte de las provisiones, conservas, bebidas, ropa de cama, vestidos, y también algunos de los objetos preciosos, luego, los orificios cuidadosamente obstruidos con piedras y hierbas secas, el resto fue dejado a la custodia del diablo.

Cinco días después de su partida, el *Santa Fe* reaparecía por la mañana a la entrada de la bahía de Elgor, y venía a retomar su fondeadero en la cala. Los obreros que traía, el material que transportaba, fueron desembarcados. Elegido el emplazamiento sobre el rellano, los trabajos de construcción fueron comenzados enseguida, y, como se sabe, dirigidos rápidamente.

Es así como la banda Kongre fue obligada a refugiarse en el cabo San Bartolomé. Un arroyo, alimentado por el deshielo, le suministró la cantidad de agua necesaria. La pesca y, en cierta medida, la caza le permitieron economizar las provisiones de las que se había² provisto antes de abandonar la bahía de Elgor.

Pero con qué impaciencia Kongre, Carcante y sus compañeros esperaban que el faro fuera terminado y que el *Santa Fe* partiera para no regresar más que tres meses después, cuando trajera el relevo.

Huelga decir que Kongre y Carcante se mantenían al corriente de todo lo que se hacía al fondo de la bahía. Sea bordeando el litoral al sur o al norte, sea acercándose por el interior, sea observando desde las alturas que bor-

dean al sur el puerto New Year, pudieron darse cuenta del estado de los trabajos, saber en qué época terminarían. Es entonces cuando Kongre pondría en ejecución un proyecto largamente meditado. Y quién sabe, después, si, ahora que estaría iluminada, un navío no haría escala en la bahía de Elgor, navío del que lograría apoderarse después de haber sorprendido y masacrado a la tripulación.

En cuanto a una excursión que los oficiales del aviso hubieran querido hacer al extremo occidental de la isla, Kongre no pensó que hubiera motivo para temerla. Nadie se vería tentado, este año al menos, de aventurarse hasta los alrededores del cabo Gómez a través de estas mesetas desnudas, estos barrancos casi impracticables, toda esta parte montañosa que habría que franquear a costa de enormes fatigas. Es verdad, quizás el comandante del aviso tendría la idea de dar la vuelta a la isla. Pero no era probable que buscara desembarcar en la costa erizada de escollos, y, en todo caso, la banda tomaría sus medidas para no ser descubierta.

Por lo demás, esta eventualidad no se produjo, y el mes de diciembre llegó en el que las instalaciones del faro iban a ser terminadas. Sus guardianes se quedarían solos, y Kongre sería avisado por los primeros rayos que el faro lanzaría en la noche.

Así, durante estas últimas semanas, uno u otro de la banda venía a ponerse en observación sobre uno de los conos desde donde se podía ver el faro a la distancia de siete u ocho millas, con orden de regresar, lo más rápidamente posible, tan pronto como la luz fuera por primera vez encendida.

Fue precisamente Carcante quien, en la noche del 9 al 10 de diciembre, llevó esta noticia al cabo San Bartolomé.

—¡Sí —exclamó, cuando se hubo reunido con Kongre en la caverna—, el diablo ha acabado por encenderlo, ese faro que el diablo apague!

—¡No tendremos necesidad de él! —respondió Kongre, cuya mano amenazante se tendió hacia el este.

Pasaron algunos días, y fue al comienzo de la semana siguiente cuando Carcante, cazando en los alrededores del puerto Parry, alcanzó a un guanaco de una bala. Se sabe, el animal se le escapó y vino a abatirse en el lugar donde Moriz lo encontró al borde de la linde rocosa, cerca del bosque de hayas. Y es a partir de ese día que Vásquez y sus camaradas, seguros de no

ser ya los únicos habitantes de la isla, vigilaron más severamente los alrededores de la bahía de Elgor.

Había llegado pues el día en que Kongre iba a abandonar el cabo San Bartolomé para regresar al cabo San Juan. Los bandidos habían resuelto dejar su material en la caverna. No llevarían más que lo necesario de víveres para tres o cuatro jornadas de marcha, contando con el aprovisionamiento del faro. Se estaba a 22 de diciembre. Partiendo al alba, siguiendo un camino que conocían en el interior de la isla a través de su parte montañosa, harían³ el tercio del camino durante el primer día. Al final de esta etapa comprendiendo una decena de millas en terreno montañoso, la parada sería establecida sea al abrigo de los árboles, sea en alguna anfractuosidad.

Después de esta parada, al día siguiente, antes incluso de la salida del sol, Kongre comenzaría una segunda etapa, aproximadamente igual a la de la víspera, luego, al día siguiente, una última lo llevaría a la bahía de Elgor, que podría alcanzar en la tarde del tercer día.

Kongre suponía que solo dos guardianes estaban asignados al servicio del faro, cuando había tres en realidad. Pero poco importaba, en suma. Vásquez, Moriz, Felipe no sabrían resistir a la banda cuya presencia no sospecharían en los alrededores del recinto. Dos sucumbirían los primeros en el alojamiento, y se daría fácilmente cuenta del tercero en su puesto en la cámara de guardia.

Kongre sería pues el dueño del faro. Tendría todo el tiempo libre para traer después del cabo San Bartolomé el material que iba a dejar allí y colocarlo de nuevo en la caverna a la entrada de la bahía de Elgor.

Tal era el plan decidido en el espíritu de este temible bandido. Que debiera tener éxito, era demasiado cierto. Pero que la suerte lo favoreciera después, era menos seguro.

En efecto, las cosas ya no dependían de él. Sería necesario que un buque viniera a hacer escala en la bahía de Elgor. Es verdad, este lugar de escala sería pronto conocido de los navegantes después del viaje del *Santa Fe*. Por lo tanto, nada imposible que un navío, sobre todo si era de mediano tonelaje, quisiera refugiarse en la bahía de ahora en adelante señalizada por un faro, en lugar de huir a través de un mar embravecido sea por el estrecho, sea por el sur de la isla... Kongre había resuelto que este navío caería en su

poder, y le proporcionaría la posibilidad tan esperada de huir a través del Pacífico, donde se aseguraría la impunidad de sus crímenes.

Pero sería necesario que todo sucediera así, antes del regreso del aviso en la época del relevo. Si no hubieran abandonado la isla en ese momento, Kongre y los suyos se verían forzados a regresar al cabo San Bartolomé.

Y, entonces, las circunstancias ya no serían las mismas. Cuando el comandante Lafayate supiera la desaparición de los tres guardianes del faro, no podría dudar de que no hubieran sido víctimas de un secuestro o de un asesinato. Se organizarían búsquedas en toda la isla. El aviso no volvería a partir sin que hubiera sido visitada de un extremo a otro. ¿Cómo podría la banda escapar a las persecuciones, y cómo proveería a su existencia, si esta situación se prolongaba?... Si fuera necesario, el gobierno argentino enviaría otros navíos. Si incluso Kongre lograra apoderarse de una embarcación de pecherais —suerte bien improbable—, el estrecho sería vigilado con tanto cuidado que ya no podría atravesarlo, y refugiarse en la Tierra del Fuego. ¿Favorecería pues la fortuna lo suficiente a estos bandidos para permitirles abandonar la isla mientras aún fuera tiempo?

En la tarde del 22, Kongre y Carcante se paseaban charlando sobre la punta del cabo San Bartolomé, y, siguiendo la costumbre de los marinos, observaban el cielo y el mar.

El tiempo era mediano. Nubes se levantaban en el horizonte. El viento soplaba del nordeste en brisa fuerte.

Eran entonces las seis y media de la tarde. Kongre y sus compañeros se disponían a regresar a su refugio habitual en el momento en que Carcante decía:

—¿Queda bien entendido que dejamos todo nuestro material en el cabo San Bartolomé?

—Sí —respondió Kongre—. Será fácil traerlo más tarde... cuando seamos los dueños allá... y que...

No terminó. Los ojos dirigidos hacia alta mar, se detuvo y dijo:

—Carcante... mira pues... allá... allá... por el través del cabo...

Carcante observó el mar en la dirección indicada.

—¡Oh! —exclamó—, no me equivoco... ¡un navío!...

—Que parece dirigirse a la isla —prosiguió Kongre—, y corriendo bordadas cortas, pues tiene viento en contra.

En efecto, un buque, a toda vela, bordejeaba a unas dos millas del cabo San Bartolomé.

Aunque tuviera el viento en contra, este navío ganaba terreno poco a poco, y, si buscaba el estrecho, estaría metido en él antes de la noche.

—Es una goleta —dijo Carcante.

—Sí... una goleta, de ciento cincuenta a doscientos toneles —respondió Kongre.

Ninguna duda al respecto, esta goleta quería más bien ganar el estrecho que doblar el cabo San Bartolomé. Toda la cuestión era saber si estaría a su altura antes de que la oscuridad fuera profunda. Con este viento que amainaba, ¿no correría el peligro de ser arrojada por la corriente sobre los arrecifes?

La banda entera se había reunido en el extremo del cabo.

No era la primera vez, desde que residía allí, que un buque se presentaba a tan corta distancia de la Isla de los Estados. Se sabe que estos saqueadores buscaban, en este caso, atraerlo sobre las rocas mediante luces móviles.

Esta vez también, se hizo la proposición de recurrir a este medio.

—No —respondió Kongre—, no hay que dejar que esta goleta se pierda... Tratemos de que caiga en nuestras manos... El viento y la corriente son contrarios... la noche va a ser oscura. Le será imposible entrar en el estrecho. Mañana, la tendremos todavía por el través del cabo, y se verá lo que convendrá hacer.

Una hora más tarde, el navío desapareció en medio de una oscuridad profunda, sin que ninguna luz delatara su presencia en alta mar.

Durante la noche, el viento cambió y saltó al sudoeste.

Al día siguiente, al romper el alba, cuando Kongre y sus compañeros descendieron a la playa, vieron la goleta encallada sobre los arrecifes del cabo San Bartolomé.

V - LA GOLETA «MAULE».

A Kongre no le faltaba experiencia en el oficio de marino. Si había mandado, ¿qué navío y en qué mares? Solo Carcante, marino como él, antiguamente su segundo durante su vida errante, como lo era todavía en la Isla de los Estados, habría podido decirlo. Pero no lo decía.

Ciertamente, no habría sido calumniar a estos dos miserables echarles a la cara el nombre de piratas. Esta criminal existencia, debían haberla llevado en esos parajes de las Salomón y de las Nuevas Hébridas, donde los navíos eran todavía frecuentemente atacados en aquella época. Y, sin duda, fue después de haber escapado a los cruceros organizados por el Reino Unido, Francia y América en esa parte del Océano Pacífico, que vinieron a refugiarse en el archipiélago magallánico, luego en la Isla de los Estados, donde de piratas se hicieron saqueadores de naufragios.

Cinco o seis de los compañeros de Kongre y de Carcante habían igualmente navegado como pescadores o marineros mercantes, y, por consiguiente, estaban hechos a la mar. En cuanto a los fueguinos, completarían la tripulación, si la banda lograba apoderarse de la goleta.

Esta goleta, a juzgar por su casco y su arboladura, no debía¹ tener más de ciento cincuenta a ciento sesenta toneladas de arqueo. Una ráfaga del oeste la había empujado durante la noche sobre un banco de arena sembrado de rocas contra las que habría podido estrellarse. Pero no parecía que su casco hubiera sufrido. Escorada a babor, la proa oblicuamente vuelta hacia tierra, presentaba su costado de estribor a alta mar. En esta posición, se veía su cubierta desde el castillo de proa hasta el camarote de popa. Su arboladura es-

taba intacta, palo trinquete, palo mayor, bauprés, con sus aparejos, sus velas a medio cargar, excepto la vela de trinquete, el juanete y la escandalosa que habían sido aferradas.

La víspera por la tarde, cuando esta goleta fue señalada mar adentro del cabo San Bartolomé, luchaba contra un viento del nordeste bastante fuerte y, ciñendo el viento, amura de estribor, intentaba ganar la entrada del estrecho de Le Maire. En el momento en que Kongre y sus compañeros la habían perdido de vista en medio de la oscuridad, la brisa mostraba una tendencia a amainar y se volvía pronto insuficiente para asegurar a un navío una velocidad apreciable. Había pues motivo para admitir que, arrastrada por las corrientes contra los arrecifes, se había encontrado demasiado cerca de ellos para poder ganar alta mar, cuando, durante la noche, con su brusquedad habitual en estos parajes, el viento había cambiado diametralmente. El braceaje de las vergas mostraba que la tripulación había hecho todos sus esfuerzos por ganar barlovento. Pero sin duda era demasiado tarde, puesto que, finalmente, la goleta había venido a embarrancar en el banco de arena.

En lo que concernía al capitán y la tripulación, se estaba reducido a conjeturas. Pero, verosímilmente, al verse arrastrados por el viento y la corriente contra una costa peligrosa, erizada de arrecifes, habían echado el bote al mar, no dudando de que su navío fuera a romperse contra las rocas y que corrieran riesgo de perderse hasta el último hombre. Deplorable inspiración. Permaneciendo a bordo, el capitán y sus hombres se habrían salvado sanos y salvos. Ahora bien, no era dudoso que hubieran perecido, puesto que su bote aparecía quilla al sol, a dos millas en el nordeste, empujado por el viento hacia el fondo de la bahía Franklin.

Dirigirse a bordo de la goleta, mientras la marea seguía bajando, no presentaba ninguna dificultad. A partir del cabo San Bartolomé, se podía ir de roca en roca hasta el lugar del encallamiento, distante medio milla como máximo. Es lo que hicieron Kongre y Carcante, acompañados de dos de sus hombres. Los otros permanecieron en observación al pie del acantilado, para ver si no veían a algunos supervivientes del naufragio.

Cuando Kongre y sus compañeros llegaron al banco de arena, la goleta estaba enteramente en seco. Pero, como el flujo debía subir de siete a ocho

pies en la próxima marea, ninguna duda de que el navío recuperara su calado si no estaba averiado en sus fondos.

Kongre no se había equivocado al evaluar en ciento sesenta toneladas el arqueo de esta goleta. Dio la vuelta alrededor y, llegado frente a la tablilla de popa, leyó: *Maule*, Valparaíso.

Era pues un navío chileno, que acababa de encallar en la Isla de los Estados durante esta noche del 22 al 23 de diciembre.

—Esto nos vendrá de perlas —dijo Carcante.

—Si la goleta no tiene una vía de agua en su casco —objetó uno de los hombres.

—Una vía de agua o cualquier otra avería, eso se repara —se contentó con responder Kongre.

Vino entonces a examinar la carena del lado de alta mar. El forro no parecía haber sufrido. La proa, un poco hundida en la arena, parecía intacta, lo mismo el codaste, y el timón seguía adherido a sus herrajes. En cuanto a la parte del casco que reposaba sobre el banco, a falta de poder visitarla exteriormente, imposible pronunciarse. Después de dos horas de marea creciente, Kongre sabría a qué atenerse.

—¡A bordo! —dijo.

Si la inclinación del navío hacía fácil el embarque por babor, no permitía caminar sobre la cubierta. Había que arrastrarse allí, reptando a lo largo de la regala. Kongre y los otros la franquearon tomando apoyo en las mesas de guarnición del palo mayor.

El encallamiento no debió ser muy violento, y, salvo algunas perchas no amarradas, todo estaba en su sitio. La goleta, no siendo demasiado fina en sus formas, teniendo poca astilla muerta, no daba una escora considerable, y, ciertamente, se adrizaría por sí misma con la marea, si, sin embargo, no se llenaba, a consecuencia de avería en su obra viva.

El primer cuidado de Kongre fue deslizarse hasta el camarote, cuya puerta no abrió sin alguna dificultad. En la cámara encontró el camarote del capitán. Entró en él apuntándose contra las paredes, tomó los documentos de a bordo del cajón de un armario, y regresó a cubierta donde lo esperaba Carcante.

Ambos examinaron el rol de la tripulación, y supieron así que:

La goleta *Maule*, del puerto de Valparaíso, Chile, de ciento cincuenta y siete toneladas de arqueo, capitán Pailha, con seis hombres de tripulación, había partido en lastre el 23 de noviembre, con destino a las islas Falkland.

Después de haber doblado felizmente el cabo de Hornos, la *Maule* se preparaba pues a embocar el estrecho de Le Maire, cuando se había perdido en los arrecifes de la Isla de los Estados. Ni el capitán Pailha, ni ninguno de sus hombres habían escapado al naufragio,² pues, en caso de que uno de ellos hubiera sobrevivido, habría encontrado refugio en el cabo San Bartolomé. Ahora bien, desde hacía dos horas que era de día, nadie había reaparecido todavía.

Se ve, esta goleta no llevaba carga puesto que se dirigía en lastre a las Malvinas. Pero lo esencial era que Kongre tuviera un navío a su disposición para abandonar la isla con su cúmulo de rapiñas, y lo tendría, si lograba re-flotar la *Maule*.

Habría sido necesario desplazar el lastre para verificar el interior de la bodega.

Este lastre se componía de hierros viejos arrojados a granel. Quitarlo habría requerido un cierto tiempo, y la goleta estaría demasiado expuesta si el viento arreciaba desde alta mar. Convenía ante todo desencallarla del banco tan pronto como flotara. Ahora bien, la marea creciente no tardaría en hacerse sentir, y, en algunas horas, habría pleamar.

Kongre dijo a Carcante:

—Vamos a prepararlo todo para remolcar con espía la goleta tan pronto como tenga suficiente agua bajo su quilla... Es posible que no tenga averías graves y no se llene...

—Es lo que sabremos pronto —respondió Carcante—, pues la marea empieza a subir; y entonces, ¿qué haremos, Kongre?

—Desencallaremos la *Maule* fuera de los arrecifes, y la conduciremos a lo largo del cabo al fondo de la cala de los Pingüinos, delante de las cavernas. Allí no tocará fondo, ni siquiera en la más baja bajamar, puesto que no cala más que seis pies.

—¿Y después? —preguntó Carcante.

— Y después, embarcaremos todo lo que hemos traído de la bahía de Elgor...

— ¿Y luego?... — dijo Carcante.

— Ya veremos — respondió simplemente Kongre.

Se pusieron manos a la obra, de manera a no perder la próxima marea, lo que habría retrasado doce horas el reflotamiento de la goleta. Era necesario, a toda costa, que estuviera fondeada en la cala antes de mediodía. Allí estaría siempre a flote, y relativamente segura si el tiempo se mantenía.

Ante todo, Kongre, ayudado por sus hombres, hizo quitar el ancla del pescante de estribor, y la fijaron fuera del banco largando la cadena en toda su longitud. De esta manera, tan pronto como la quilla no apoyara sobre la arena, sería posible remolcar con espía la goleta hasta el lugar donde se reencontraría en agua profunda. Antes de que la marea comenzara a bajar, tendrían tiempo de alcanzar la cala, y durante la tarde, de efectuar una completa visita de la bodega.



«Con eso nos basta», dijo Carcante.

Estas medidas, rápidamente tomadas, se completaron en el momento en que llegó la primera marea creciente. El banco de arena iba a ser cubierto en un instante.

Así, Kongre, Carcante y media docena de sus compañeros subieron a bordo mientras los otros regresaban al pie del acantilado.

Esperar ahora, no había más que hacer. A menudo el viento de alta mar refresca con la marea creciente, y eso era lo que sobre todo debían temer, pues habría podido encallarla más la *Maule* y empujarla más adentro sobre el banco que se ahondaba hacia tierra. Ahora bien, se estaba casi en marea

muerta y, quizás, el mar no habría subido lo suficiente para liberar la goleta si era arrastrada hacia la costa, aunque solo fuera medio cable.

Pero parecía que las circunstancias favorecían los proyectos de Kongre. La brisa reforzó un poco rolando al sur, viniendo así a ayudar a la liberación de la *Maule*.

Kongre y los otros se mantenían a proa, que debía flotar antes que la popa. Si, como se esperaba no sin razón, la goleta podía pivotar sobre su talón, no habría más que virar el cabrestante para hacer caer la proa hacia alta mar, y entonces, remolcada con espía sobre su cadena larga de una centena de brazas, recuperaría su elemento natural.

Sin embargo, el mar ganaba poco a poco. Ciertos estremecimientos indicaban que el casco sentía la acción de la marea. El flujo se desarrollaba en largos oleajes y ni una ola rompía mar adentro. No se habrían podido pedir circunstancias más felices.

Pero, si Kongre se decía ahora seguro de liberar la goleta y de ponerla a salvo en una de las calas de la bahía Franklin, una eventualidad le inquietaba todavía. ¿No habría sido hundido el casco de la *Maule* en el costado de babor, el que apoyaba sobre el banco de arena y que no se había podido examinar? Si existía allí alguna vía de agua, no tendrían tiempo de buscarla bajo el lastre y de cegarla. La goleta no abandonaría su lecho, se llenaría, y sería forzoso abandonarla en aquel lugar donde la primera tempestad acabaría de destruirla...

Aquella era una gran preocupación. ¡Así con qué impaciencia Kongre y sus compañeros seguían los progresos de la marea! Si algún tablón estaba hundido, o si el calafateo hubiera cedido, el agua no tardaría en invadir la bodega, y la *Maule* ni siquiera se adrizaría.

Pero poco a poco los ánimos se tranquilizaron. El flujo ganaba. A cada instante el casco se sumergía más. El agua subía a lo largo de los costados sin penetrar en el interior. Algunas sacudidas indicaban que el casco estaba intacto, y la cubierta recuperaba su horizontalidad normal.

— ¡Sin vía de agua!... ¡sin vía de agua! — exclamó Carcante.

— ¡Atención al cabrestante! — ordenó Kongre.

Las manivelas estaban listas. Los hombres no esperaban más que una orden para maniobrarlas.

Kongre, inclinado sobre el pescante, observaba el flujo que subía ya desde hacía dos horas y media. La proa empezaba a moverse, y la parte delantera de la quilla ya no tocaba. Pero el codaste todavía estaba hundido en la arena, y el timón no se movía libremente. Faltaba media hora sin duda para que la popa quedara libre.

Kongre quiso entonces apresurar la operación de reflotamiento, y, permaneciendo a proa, gritó:

— ¡Virad!

Las manivelas, giradas vigorosamente, no pudieron más que tensar la cadena, y la proa no cayó hacia alta mar.

— ¡Aguanta firme! — exclamó Kongre.

Se podía temer, en efecto, que el ancla viniera a garrear, y habría sido difícil fondearla de nuevo.

La goleta estaba completamente adrizada entonces, y, recorriendo la bodega, Carcante se aseguró de que el agua no había penetrado en ella. Por lo tanto, si existía alguna avería, al menos el forro no se había desunido. Se podía esperar que la *Maule* no hubiera sufrido ni en el momento del encallamiento, ni durante la docena de horas pasadas sobre el banco de arena. En estas condiciones, su estancia en la cala de los Pingüinos no sería de larga duración.

Se la cargaría por la tarde, y, desde el día siguiente, estaría en estado de hacerse de nuevo a la mar. Además, había que aprovechar el tiempo. El viento favorecería la marcha de la *Maule*, ya remontara el estrecho de Le Maire, ya bordeara la costa meridional de la Isla de los Estados para ganar el Atlántico.

Era hacia las nueve aproximadamente que la marea debía estar en estoa, y, se repite, una marea de cuadratura nunca es muy fuerte. Pero en fin, dado el calado relativamente bajo de la goleta, había motivo para creer que se pondría a flote de nuevo.

En efecto, un poco después de las ocho y media, la popa comenzó a levantarse. La *Maule* taloneó, sin riesgos de avería, con aquel mar en calma y

sobre aquel banco de arena.

Kongre, después de haber examinado la situación, concluyó que el remolque con espía podía ser intentado de nuevo en buenas condiciones. A su orden sus hombres se pusieron a virar, y, después de que hubieron cobrado una docena de brazas de la cadena, la proa de la *Maule* fue finalmente girada hacia alta mar. El ancla había aguantado firme. Sus uñas estaban sólidamente encajadas en un intersticio de rocas, y antes se habrían roto que cedido bajo la tracción del cabrestante.

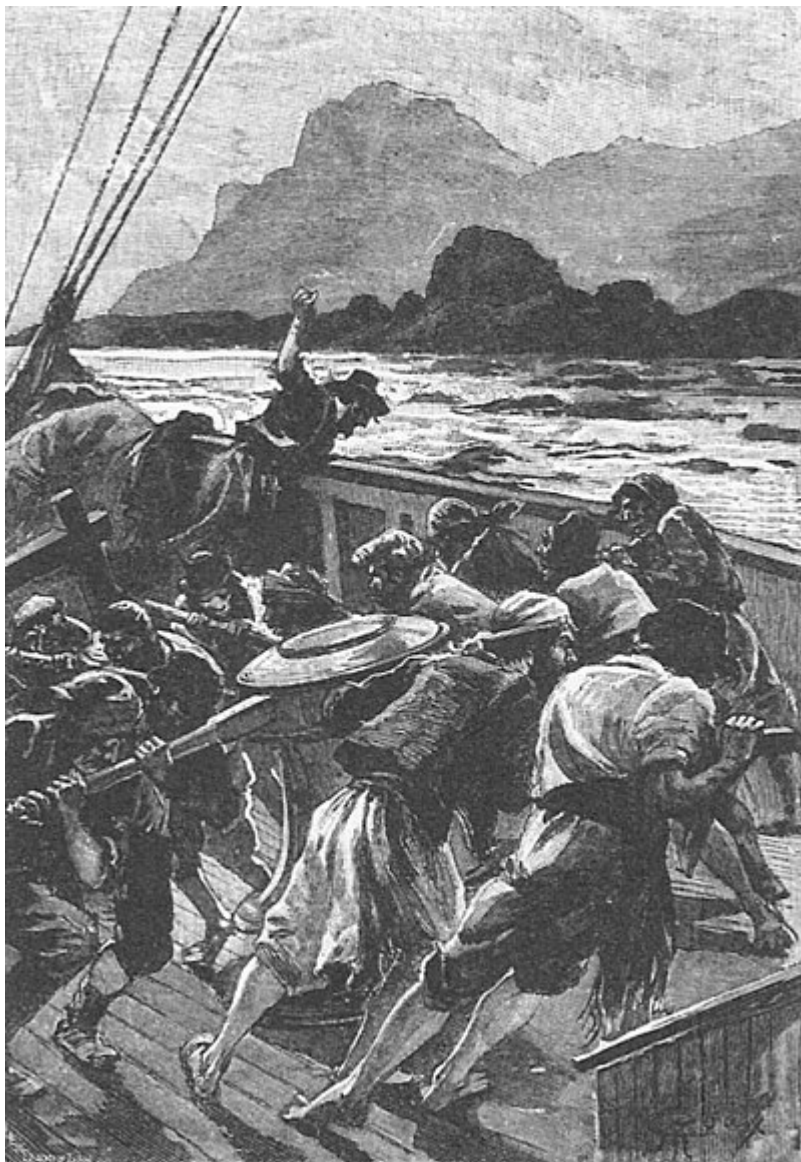
— ¡Ánimo, muchachos! — exclamó Kongre.

Y todo el mundo se aplicó, incluso Carcante, mientras que, inclinado sobre el coronamiento, Kongre observaba la popa de la goleta.

Hubo algunos momentos de vacilación, la segunda mitad de la quilla raspaba todavía la arena.

Así, Kongre y los otros no dejaron de experimentar una viva inquietud. El mar no subiría más que durante unos veinte minutos, e importaba que la *Maule* fuera refltada antes, o quedaría clavada en aquel lugar hasta la próxima marea. Ahora bien, durante dos días todavía, la marea debía disminuir de altura, y no volvería a crecer hasta dentro de cuarenta y ocho horas.

Había llegado el momento de hacer un último esfuerzo. ¡Se imagina uno cuál podía ser la furia, más que la furia, la rabia de estos hombres al sentirse impotentes! ¡Tener bajo los pies el navío que codiciaban desde hacía tanto tiempo, que les aseguraba la libertad, la impunidad quizás, y no poder arrancarlo a aquel banco de arena!...



«¡Hardi, les enfants!» gritó Kongre.

¡Entonces, los juramentos, las imprecaciones estallaron mientras jadeaban en el cabrestante con el temor de que el ancla viniera a romperse o a garrear! Habría entonces que esperar a la marea de la tarde para fondear de nuevo esa ancla, para añadirle la segunda. Ahora bien, de aquí a veinticuatro horas, ¿sabía uno lo que ocurriría y si las condiciones atmosféricas serían tan favorables?...

Y, precisamente, algunas nubes, bastante espesas, se formaron en el nordeste. Es verdad, si se mantenían de ese lado, la situación del navío no sería empeorada, teniendo el banco de arena el abrigo de los altos acantila-

dos del litoral. Pero ¿no se volvería el mar duro, y no acabaría el oleaje lo que el encallamiento había comenzado durante la noche precedente?...

Y luego esos vientos del nordeste, incluso en estado de brisa ligera, no serían de naturaleza tal que favorecieran la navegación en el estrecho. En lugar de navegar a un largo con las velas, la *Maule* se vería forzada a bolinear quizás durante varios días, y, cuando se trata de navegación, las consecuencias de un retraso pueden siempre ser graves.

El mar estaba casi en estoa entonces, y, en algunos minutos, la marea bajante se haría sentir. Todo el banco de arena estaba cubierto. Solo algunas cabezas de arrecifes se mostraban a flor de agua. Del cabo San Bartolomé, la punta ya no se dejaba ver, y, en la playa, la última marca de la marea, después de haber sido un instante tocada por el flujo, quedaba en seco.

Era evidente que el mar comenzaba a retirarse lentamente y que las rocas pronto se descubrirían alrededor del banco.

Entonces nuevos juramentos fueron proferidos. Los hombres extenuados, sin aliento, iban a abandonar una tarea que ya no podía tener éxito.

Kongre corrió hacia ellos, los ojos furiosos, echando espuma de cólera. Agarrando un hacha, amenazó con golpear con ella al primero que desertara su puesto, y bien se sabía que no dudaría en hacerlo.

Todos volvieron pues a las manivelas, y, bajo sus esfuerzos, la cadena se tensó hasta romperse, aplastando el forro de cobre de los escobenes.

Finalmente, se oyó un ruido. El lingüete del cabrestante acababa de volver a caer en la muesca. La goleta había hecho un pequeño movimiento hacia alta mar. La caña del timón, vuelta móvil, indicaba que se liberaba poco a poco de la arena.

— ¡Hurra!... ¡hurra!... — gritaron los hombres, sintiendo que la *Maule* estaba libre. Su talón acababa de deslizarse sobre el lecho. El viraje del cabrestante se aceleró, y, en algunos minutos, la goleta, halada por su ancla, flotaba fuera del banco.

Enseguida, Kongre se precipitó a la rueda. La cadena aflojó, el ancla garreó y fue vuelta a izar a su pescante. No había más que entrar en el paso, entre los arrecifes, para alcanzar la cala de la bahía Franklin.

Kongre hizo entonces establecer el foque grande que debía bastar. En el estado del mar, había agua por todas partes. Media hora más tarde, después de haber contorneado las últimas rocas a lo largo de la playa, la goleta echaba el ancla en la cala de los Pingüinos, a dos millas del extremo del cabo San Bartolomé.

VI - EN LA BAHÍA DE ELGOR.

La operación de reflotamiento había pues plenamente logrado el éxito. Pero todo no estaba terminado. Faltaba mucho para que la goleta tuviera entera seguridad en esta ensenada excavada en el litoral del cabo San Bartolomé. Estaba allí demasiado expuesta al oleaje de alta mar y a las tempestades del noroeste. En la época de las fuertes mareas de equinoccio, no habría podido ni siquiera permanecer veinticuatro horas en esta escala.

Kongre no lo ignoraba. Así, su intención era abandonar la ensenada, con la marea bajante del día siguiente, de la que contaba aprovechar para remontar en parte el estrecho de Le Maire.

Antes, sin embargo, era indispensable completar la visita del navío, verificar el estado de su casco en el interior. Aunque se tuviera la certeza de que no hacía agua, podía sin embargo ocurrir que, si no su forro, al menos su armazón hubiera sufrido por el encallamiento, y que fuera necesario proceder a reparaciones con vistas a una travesía bastante larga.

Kongre puso enseguida a sus hombres manos a la obra, a fin de desplazar el lastre que llenaba la bodega hasta la altura de las varengas de babor y de estribor. No sería, por otra parte, obligado desembarcarlo, lo que ahorraría tiempo y fatiga, sobre todo el tiempo, del que importaba mostrarse avaro, en la situación poco segura en que se encontraba la *Maule*.

Los hierros viejos, que constituían el lastre, fueron primero trasladados de proa a popa en la bodega para permitir examinar la parte anterior del vaigraje.

Este examen fue cuidadosamente hecho por Kongre y Carcante, ayudados por un chileno, llamado Vargas, que había trabajado antiguamente como carpintero en los astilleros de construcción de Valparaíso y conocía bien este oficio.

En toda la porción comprendida entre la proa y la carlinga del palo trinquete, no se constató ninguna avería. Varengas, armazón, forro estaban en buen estado; clavados con cobre, no se resentían del choque del encallamiento sobre el banco de arena.

El lastre empujado hacia proa, el casco fue encontrado igualmente intacto desde el palo trinquete hasta el palo mayor. Los puntales no estaban ni doblados ni deformados, y la escala que daba acceso a la escotilla central no había sido desplazada.

Se ocuparon entonces del último tercio de la bodega comprendiendo el fondo de la bóveda hasta el codaste.

Había allí una avería de alguna importancia. Si no existía vía de agua, el armazón de babor acusaba un hundimiento sobre una longitud de un metro y medio. Este hundimiento debía provenir de una colisión contra una cabeza de roca, antes de que la goleta hubiera sido lanzada sobre el banco de arena. Si el forro no había cedido enteramente, si la estopa había permanecido en su sitio, lo que había impedido al agua introducirse en la bodega, esta avería no presentaba por ello menos una cierta gravedad, y un marino debía preocuparse por ello con razón.

Una reparación se imponía pues en el momento de hacerse de nuevo a la mar, a menos que se hubiera tratado de una muy corta travesía con tiempo calmado. Por otra parte, era probable que esta reparación requiriera toda una semana, admitiendo que se tuvieran los materiales y las herramientas necesarios para el trabajo.

Cuando Kongre y sus compañeros supieron a qué atenerse, maldiciones justificadas en las circunstancias en que se encontraban sucedieron a los hurras que habían saludado el reflujo de la *Maule*. ¿Es que la goleta iba a quedar fuera de uso?... ¿Es que no podrían por fin abandonar la Isla de los Estados?...

Kongre intervino diciendo:

—La avería es grave en efecto... En su estado actual, no tendríamos que contar con la *Maule*, que, con mal tiempo, correría el riesgo de abrirse... ¡Y hay centenares de millas que recorrer antes de alcanzar las islas del Pacífico!... Sería arriesgarse a zozobrar en ruta. Pero esta avería es reparable, y la repararemos.

—¿Dónde? —preguntó uno de los chilenos que no ocultaba su inquietud.

—No1 aquí, en todo caso —declaró uno de sus compañeros.

—No —respondió Kongre con tono resuelto—. En la bahía de Elgor.

En cuarenta y ocho horas, la goleta podía, en efecto, franquear la distancia que la separaba de la bahía. No tendría más que bordear el litoral de la isla, sea por el sur, sea por el norte. En la caverna donde se había dejado todo lo que provenía del pillaje de los restos, el carpintero tendría a su disposición la madera y las herramientas que necesitaría esta reparación. Aunque hubiera que permanecer en escala quince días, tres semanas, la *Maule* permanecería allí. La buena estación debía aún durar dos meses y, al menos, cuando Kongre y sus compañeros abandonaran la Isla de los Estados, sería a bordo de un navío que, sus averías reparadas a fondo, ofrecería toda seguridad.

Por lo demás, Kongre siempre había tenido la intención, al abandonar el cabo San Bartolomé, de pasar algún tiempo en la bahía de Elgor. A ningún precio habría querido perder los objetos de todo tipo, dejados en la caverna, cuando los trabajos del faro obligaron a la banda a refugiarse en el otro extremo de la isla. Así,² sus proyectos no serían modificados más que en cuanto a la duración de la escala, que se prolongaría más allá de lo que él hubiera deseado.

La confianza regresó pues, y se hicieron los preparativos de manera a poder partir en la pleamar del día siguiente.

En cuanto a la presencia de los guardianes del faro, no era motivo para inquietar a esta banda de piratas. En algunas palabras, Kongre expuso sus proyectos a este respecto.

—Antes de la llegada de esta goleta —dijo a Carcante, tan pronto como estuvieron solos—, estaba decidido a retomar posesión de la bahía de Elgor. Mis intenciones no han cambiado. Solamente, en lugar de llegar por el inte-

rior de la isla, evitando ser vistos, llegaremos por mar, abiertamente. La goleta irá a fondear en la cala... se nos acogerá allí sin sospechar nada... y...

Un gesto que Carcante no malinterpretó completó el pensamiento de Kongre. Y, en verdad, todas las probabilidades de éxito estarían adquiridas para los proyectos de este miserable. A menos de un milagro, ¿cómo Vásquez, Moriz y Felipe escaparían al destino que los amenazaba?...

La tarde fue consagrada a los preparativos de la partida. Kongre hizo volver a colocar el lastre y se ocupó del embarque de las provisiones, de las armas y otros objetos traídos al cabo San Bartolomé.

La carga se efectuó con rapidez. Desde la partida de la bahía de Elgor — y eso databa de más de un año— Kongre y sus compañeros se habían alimentado principalmente de sus reservas, y no quedaba más que una escasa cantidad que fue depositada en el pañol. En cuanto a la ropa de cama, los vestidos, los utensilios, las materias de oro y plata, la cocina, el rancho de la tripulación, el camarote de popa y la bodega de la *Maule* los recibieron, esperando el material todavía almacenado en la caverna a la entrada de la bahía.

En resumen, se hizo tal diligencia que, hacia las cuatro de la tarde, esta carga estaba a bordo. La goleta habría podido inmediatamente zarpar, pero Kongre no se preocupaba de navegar, durante la noche, a lo largo de un litoral erizado de arrecifes. No sabía siquiera si tomaría o no el estrecho de Le Maire para elevarse a la altura del cabo San Juan. Eso dependería de la dirección del viento. Sí, si rolaba al sur, y no, si se mantenía en el norte y tendía a refrescar. En este caso, le parecería preferible pasar al sur de la isla, lo que aseguraría a la *Maule* el abrigo de la tierra. Por lo demás, cualquiera que fuera la ruta elegida, esta travesía, a su estima, no debía durar más de una treintena de horas, comprendida la escala durante la noche.

Llegada la tarde, ninguna modificación del estado atmosférico se había producido. Ninguna bruma al ponerse el sol, y tal era la pureza de la línea del cielo y del agua que un rayo verde atravesó el espacio, en el instante en que el disco desaparecía detrás del horizonte.

Había pues apariencia de que la noche sería calma, y lo fue en efecto. La mayoría de los hombres la habían pasado a bordo, unos en el rancho, otros

en la bodega. Kongre ocupaba el camarote del capitán Pailha a la derecha, y Carcante el del segundo a la izquierda de la cámara.

En varias ocasiones, vinieron a cubierta a observar el estado del cielo y del mar, asegurarse de que, incluso en pleamar, la *Maule* no corría ningún riesgo, y que nada retrasaría la partida del día siguiente.

En efecto, la salida del sol fue soberbia. A esta latitud, es raro verlo aparecer por encima de un horizonte tan nítido.

Desde la primera hora, Kongre desembarcó con el bote, y, a través de un estrecho barranco, casi al comienzo del cabo San Bartolomé, ganó la arista del acantilado.

Desde esta altura, su mirada pudo recorrer un vasto espacio de mar sobre las tres cuartas partes de la brújula. Al este solamente encontraba las masas montañosas que se elevan entre el cabo San Antonio y el cabo Kempe.

El mar, calmo en la región del sur, estaba bastante agitado a la entrada del estrecho, porque el viento tomaba fuerza y tendía a refrescar.

Por lo demás, ni una vela, ni una humareda mar adentro, y, sin duda, la *Maule* no cruzaría ningún navío durante su corta travesía hasta el cabo San Juan.



Desde esta altura, podía ver una vasta zona.

La decisión de Kongre fue tomada al instante. Temiendo con razón que soplara viento fresco, y deseoso ante todo de no fatigar la goleta, exponiéndola a los oleajes del estrecho, siempre duros durante el cambio de marea, se decidió a bordear la costa meridional de la isla, y a ganar la bahía de El-

gor doblando los cabos Kempe, Webster, Several y Diegos. Que fuera por el sur o por el norte, la distancia era aproximadamente igual por otra parte.

Kongre descendió, regresó a la playa, se dirigió hacia la caverna, constató que ningún objeto había sido olvidado allí. Nada delataría pues la presencia de una tropa de hombres en el extremo oeste de la Isla de los Estados.

Eran un poco más de las siete. La marea bajante, que comenzaba ya, favorecería la salida de la cala.

El ancla fue enseguida vuelta a levar al pescante, luego se izó la trinqueta y el foque, que, con esta brisa del nordeste, debían bastar para empujar la *Maule* fuera de los bancos.

Kongre sostenía la caña, mientras Carcante vigilaba a proa. Diez minutos, no hizo falta más para liberarse del sembrado de arrecifes y la goleta no tardó en sentir un poco de balanceo y cabeceo.

A la orden de Kongre, Carcante hizo establecer el trinquete y la cangreja que es la vela mayor en el aparejo de una goleta, luego izar la gavia a tope. Estas velas amuradas y cazadas, la *Maule* puso rumbo al sudoeste a un largo, a fin de doblar la punta extrema del cabo San Bartolomé.

En media hora, la *Maule* hubo contorneado sus rocas. Orzó entonces del todo y tomó dirección hacia el este, de manera a ceñir el viento al máximo. Pero este favorecía su marcha, bajo el abrigo de la costa meridional de la isla, que el buque mantenía a tres millas a barlovento.

Entretanto, Kongre y Carcante pudieron reconocer que este ligero navío se comportaba bien a todos los rumbos. Ciertamente, durante la buena estación, no se correría ningún peligro aventurándose en los mares del Pacífico, después de haber dejado atrás las últimas islas del archipiélago magallánico.

Quizás Kongre habría podido llegar a la entrada de la bahía de¹ Elgor por la tarde, pero prefería detenerse en un punto cualquiera del litoral antes de que el sol hubiera desaparecido detrás del horizonte. No forzó pues la vela, no se sirvió ni del juanete de proa, ni de la escandalosa del palo mayor, y se contentó con una media de cinco a seis millas por hora.

Durante esta primera jornada, la *Maule* no encontró ningún navío, y la noche iba a caer cuando vino a hacer escala al este del cabo Webster, habiendo efectuado aproximadamente la mitad de su travesía.

Allí se amontonaban enormes rocas y se elevaban los más altos acantilados de la isla. La goleta fondeó a un cable de la orilla en una ensenada cubierta por la punta; un buque no habría estado más tranquilo al fondo de un puerto e incluso en una dársena. Ciertamente, si el viento rolaba al sur, la *Maule* habría estado muy expuesta en aquel lugar, donde el mar, cuando es levantado por las tempestades polares, es tan violento como en las proximidades del cabo de Hornos.

¡Pero el tiempo parecía deber mantenerse con brisa del nordeste, y la suerte continuaba favoreciendo los proyectos de Kongre y de los suyos!

La noche del 25 al 26 de diciembre fue de las más calmas. El viento, que había caído hacia las diez de la noche, se levantó al acercarse el día hacia las cuatro de la mañana.

Desde las primeras luces del alba, Kongre tomó sus disposiciones para zarpar. Se restableció el velamen, permanecido sobre sus cargaderas durante la noche. El cabrestante levó el ancla a la serviola, y la *Maule* se puso en marcha.

El cabo Webster se prolonga unas cuatro a cinco millas en el mar, de norte a sur. La goleta tuvo pues que remontar para reencontrar la costa que corre hacia el este hasta la punta Several, sobre una longitud de unas veinte millas aproximadamente.

La *Maule* reanudó su marcha en las mismas condiciones que la víspera, tan pronto como hubo recalado en el litoral donde reencontró aguas tranquilas bajo el abrigo de los altos acantilados.

¡Qué costa horrible y más espantosa aún que la del estrecho! Amontonamiento de bloques enormes y de un equilibrio inestable, pues numerosas de estas masas atascaban las playas hasta las marcas extremas de la marea, prodigiosa extensión de arrecifes negruzcos, que no dejaban un lugar libre, donde, no ya un navío de pequeño tonelaje sino una simple embarcación hubiera podido atracar. ¡Ni una cala que fuera abordable, ni un banco de arena, sobre el cual hubiera sido posible poner el pie! Y no era sino la mon-

struosa muralla que la Isla de los Estados oponía a los terribles oleajes venidos de los parajes antárticos.

La goleta filaba bajo vela media, a menos de tres millas del litoral. Kongre, no conociendo esta costa, temía con razón acercarse demasiado. Por otra parte, no queriendo fatigar la *Maule*, se mantenía en medio de las aguas tranquilas que no habría encontrado más mar adentro de la tierra.

Hacia las diez, llegado a la entrada de la bahía Blossom, no pudo sin embargo evitar completamente el oleaje. El viento, embocando el golfo que se ahonda profundamente en las tierras, levantaba el mar en largas olas que la *Maule* recibía por el través gimiendo. Kongre dejó portar, a fin de doblar la punta que limita la bahía por el lado oriental, luego, franqueada esta punta, ciñó el viento al máximo, y, amura de babor, hizo un bordo hacia alta mar.

Kongre había tomado la caña él mismo, y, las escotas cazadas a tope, ceñía el viento lo más posible. Fue solamente hacia las cuatro de la tarde que estimó haber ganado bastante a barlovento para alcanzar su objetivo de un solo bordo. Virando entonces por redondo, cambió sus amuras y puso francamente rumbo a la bahía de Elgor, quedándole la punta Several en ese momento a cuatro millas en el noroeste.

Desde esta distancia, la costa mostraba su entero desarrollo hasta el cabo San Juan.

Al mismo tiempo, detrás de la punta Diegos, aparecía la torre del Faro del Fin del Mundo que Kongre veía por primera vez. Con el catalejo encontrado en el camarote del capitán Pailha, pudo incluso distinguir a uno de los guardianes que, apostado sobre la galería, observaba el mar. Debiendo permanecer el sol durante tres horas todavía por encima del horizonte, la *Maule* estaría ciertamente fondeada antes de la noche.



Fue en ese momento cuando la goleta fue «razonada» por dos hombres.

Era cierto que la goleta no había podido escapar a las miradas de los guardianes, y que su llegada a las aguas de la Isla de los Estados era señalada ahora. Mientras Vásquez y sus camaradas la habían visto poner rumbo a alta mar, debían pensar que se dirigía hacia las Malvinas. Pero, desde que ceñía el viento amurada a estribor, no podían dudar de que buscara entrar en la bahía.

Poco importaba, por otra parte, a Kongre, que la *Maule* hubiera sido vista, ni siquiera que se le supusiera la intención de hacer escala. Eso no modificaría en nada sus proyectos.

Para su extrema satisfacción, este final de la travesía iba a efectuarse en condiciones bastante favorables. El viento venía un poco más del este. Manteniendo sus velas cazadas planas, listas para flamear, la goleta remontaba sin tener que correr bordos para doblar la punta Diegos.

Era una muy feliz circunstancia. Quizás, en el estado de su casco, no habría podido soportar una serie de viradas que la hubieran fatigado, y ¿quién sabe si una vía de agua no se habría declarado antes de la llegada a la cala?

Es incluso lo que ocurrió. Cuando la *Maule* no estaba más que a dos millas de la bahía, uno de los hombres que acababa de bajar a la bodega, subió gritando que el agua penetraba allí por una fisura del forro.

Era precisamente en aquel lugar del casco donde el armazón había cedido al choque de una roca. Si el forro había aguantado hasta entonces, acababa de entreabrirse, pero solamente sobre una longitud de algunas pulgadas.

En suma, esta avería no presentaba una muy seria importancia. Desplazando el lastre, Vargas logró sin demasiada dificultad tapar la vía de agua por medio de un tapón de estopa.

Pero, se comprende, sería indispensable repararse con cuidado. En el estado en que la había dejado su encallamiento en el cabo San Bartolomé, la goleta no habría podido, sin correr a una pérdida cierta, afrontar los mares del Pacífico.

Eran las seis, cuando la *Maule* se encontró a la entrada de la bahía de Elgor, a la distancia de una milla y media. Kongre hizo entonces aferrar las velas altas de las que podía ahora prescindir. No se conservaron más que la gavia, el foque grande y la cangreja. Bajo este velamen, la *Maule* alcanzaría sin dificultad el fondeadero de la cala al fondo de la bahía de Elgor, bajo el mando de Kongre, quien, se repite, conocía perfectamente la ruta a seguir y habría podido servir de práctico.

Por otra parte, hacia las seis y media de la tarde, un haz de rayos luminosos fue proyectado sobre el mar. El faro acababa de ser encendido, y el primer navío cuya marcha iba a iluminar a través de esta bahía era una goleta chilena, caída en manos de una banda de piratas.

Eran cerca de las siete, y el sol declinaba detrás de los altos picos de la Isla de los Estados, cuando la *Maule* dejó por estribor el cabo San Juan. La

bahía se abría ante ella. Kongre entró en ella viento en popa.

Kongre y Carcante, al pasar delante de las cavernas, pudieron asegurarse de que sus orificios no parecían haber sido descubiertos bajo el amontonamiento de piedras y la cortina de matorrales que los obstruían. Nada había pues señalado su presencia en esta parte de la isla, y reencontrarían el producto de sus rapiñas en el estado en que lo habían dejado.

—Esto va bien —dijo Carcante a Kongre cerca del cual se mantenía a popa.

—¡Y irá mejor aún dentro de un rato! —respondió Kongre.

En veinte minutos como máximo, la *Maule* hubo ganado la cala donde debía echar el ancla.

Es en ese instante que recibió la voz de dos hombres que acababan de descender del rellano a la playa.

Felipe y Moriz estaban allí. Preparaban su chalupa para subir a bordo de la goleta. En cuanto a Vásquez, se encontraba de servicio en la cámara de guardia.

Cuando la goleta hubo llegado al medio de la cala, su cangreja y su gavia estaban ya cargadas y no llevaba más que su foque grande que Carcante hizo arriar.

En el momento en que el ancla era dejada caer al fondo, Moriz y Felipe saltaron sobre la cubierta de la *Maule*.

Enseguida, a una señal de Kongre, el primero fue golpeado de un hachazo en la cabeza y cayó. Simultáneamente dos tiros de revólver abatieron a Felipe cerca de su camarada. En un instante, ambos estaban muertos.

A través de una de las ventanas de la cámara de guardia, Vásquez había oído los disparos, y visto el asesinato de sus camaradas.

La misma suerte le estaba reservada, si se apoderaban de su persona. Ninguna piedad era de esperar de estos asesinos. ¡Pobre Felipe, pobre Moriz, no había podido hacer nada para salvarlos, y permanecía allá arriba, espantado por este horrible crimen cumplido en algunos segundos!

Después del primer momento de estupor, recuperó su sangre fría y evaluó rápidamente la situación. Había que escapar a toda costa a los golpes de es-

tos miserables. Quizás ignoraban su existencia, pero era de suponer que, terminadas las maniobras de fondeo, varios de entre ellos tendrían la idea de subir al faro y, sin duda, ¿con la intención de apagarlo y de hacer la bahía impracticable, al menos hasta el día?...

Sin dudar, Vásquez abandonó la cámara de guardia y se precipitó por la escalera al alojamiento de la planta baja.

No había un instante que perder. Se oía ya el ruido de la chalupa que desatraca de la goleta e iba a poner en tierra a algunos hombres de la tripulación.

Vásquez tomó dos revólveres que pasó por su cinturón, puso algunas provisiones en un saco que echó sobre su hombro, luego salió del alojamiento, descendió rápidamente el talud del recinto, y, sin haber sido visto, desapareció en medio de la oscuridad.

VII - LA CAVERNA.

¡Qué horrible noche iba a pasar el desgraciado Vásquez, qué situación la suya! ¡Sus infortunados camaradas masacrados, luego arrojados por la borda, y cuyos cadáveres la marea bajante arrastraba ahora hacia el mar!... No pensaba que, si no hubiera estado de guardia en el faro, su suerte habría sido la de ellos. Pensaba únicamente en los amigos que acababa de perder.

«¡Pobre Moriz, pobre Felipe! — se decía —, ¡habrán ido a ofrecer, con toda confianza, sus servicios a esos miserables, y se les ha respondido con tiros de revólver!... No los volveré a ver... ¡no volverán a ver su país ni a su familia!... Y la mujer de Moriz... que lo esperaba dentro de dos meses... ¡cuando se entere de su muerte!»

Vásquez estaba aterrado. Era un sincero afecto el que sentía por los dos guardianes, él, su jefe... ¡Los conocía desde hacía muchos años!... Fue por consejo suyo que habían solicitado ser empleados en el faro... ¡y, ahora, estaba solo!... ¡solo!...

Pero ¿de dónde venía pues esa goleta, y qué tripulación de bandidos tenía a bordo? ¿Bajo qué pabellón navegaba y por qué esta escala en la bahía de Elgor?... ¿La conocían pues?... ¿Y qué venían a hacer allí?... ¿Por qué, apenas desembarcados, habían apagado el faro?... ¿Querían pues impedir que cualquier buque los siguiera en la bahía?...

Estas preguntas se agolpaban en la mente de Vásquez, sin que pudiera resolverlas. Ni siquiera pensaba en el peligro que corría personalmente. Y sin embargo, estos malhechores no tardarían en constatar que el alojamiento

debía estar ocupado por tres guardianes... ¿Se pondrían entonces a buscar al tercero?... ¿No acabarían por descubrirlo?...

Desde el lugar donde había tomado refugio en la orilla de la bahía, a menos de doscientos pasos de la cala, Vásquez veía moverse la luz de los fanales, tan pronto a bordo de la goleta, tan pronto en el recinto del faro o a través de las ventanas del alojamiento. Oía incluso a esa gente llamarse a gritos, y en su propia lengua. ¿Eran pues compatriotas, o chilenos, peruanos, bolivianos, mexicanos, que todos hablan español, o incluso brasileños?

Finalmente, hacia las diez, las luces se apagaron, y ningún ruido turbó ya el silencio de la noche.

Sin embargo, Vásquez no podía permanecer en aquel lugar. Llegado el día, sería descubierto allí. No habiendo piedad que esperar de estos bandidos, le era preciso ponerse fuera de su alcance.

¿Hacia qué lado dirigiría sus pasos?... ¿Hacia el interior de la isla, donde estaría relativamente más seguro? ¿Ganaría por el contrario la entrada de la bahía, con la esperanza de ser recogido por algún buque que pasara a la vista de tierra? Pero, sea en el interior, sea sobre el litoral, ¿cómo asegurar su existencia hasta el día en que viniera el relevo? Sus provisiones se agotarían rápido. Antes de cuarenta y ocho horas no quedaría nada de ellas. ¿Cómo renovarlas? ¡No poseía ni siquiera un aparejo de pesca! ¿Y procurarse fuego, por qué medio? ¿Se vería reducido a vivir de moluscos o conchas?

Su energía acabó por imponerse. Había que tomar una decisión, y la tomó. Fue la de ganar el litoral del cabo San Juan para pasar allí la noche. Cuando amaneciera, vería qué hacer.

Vásquez abandonó pues el lugar desde donde observaba la goleta. Ya no se desprendía de ella ni un ruido ni un resplandor. Estos malhechores se sabían seguros en esta cala, y nadie debía estar de guardia a bordo.

Vásquez siguió entonces la orilla norte bordeando el pie de los acantilados. No oía más que el chapoteo de la marea descendente, y a veces el grito de un pájaro rezagado que regresaba a su nido.

Eran las once, cuando Vásquez se detuvo en el extremo del cabo. Allí, en la playa, no encontró otro refugio que una estrecha anfractuosidad, donde

permaneció hasta el amanecer.

Antes de que el sol hubiera iluminado el horizonte, Vásquez descendió al borde del mar y miró si nadie venía ni del lado del faro, ni del recodo del acantilado, al comienzo del cabo San Juan.

Todo el litoral estaba desierto, en las dos orillas de la bahía. Ni una embarcación se mostraba, aunque, ahora, la tripulación de la goleta tuviera dos a su disposición, el bote de la *Maule* y la chalupa asignada al servicio de los guardianes.

Ningún buque aparecía mar adentro de la isla.

Vino a la mente de Vásquez cuán peligrosa sería en adelante la navegación en las proximidades de la Isla de los Estados, puesto que el faro ya no funcionaba. En efecto, los navíos que llegaran de alta mar ya no tendrían clara su posición. Con la esperanza de tener conocimiento de la luz establecida al fondo de la bahía de Elgor, harían ruta al oeste con confianza, y correrían el riesgo de arrojarse sobre esta costa temible, comprendida entre el cabo San Juan y la punta Several.

«Lo han apagado, esos miserables —exclamaba Vásquez—, y puesto que su interés es no volver a encenderlo, ¡no lo volverán a encender!»

Era, en efecto, una circunstancia muy grave, esta extinción del faro, y de naturaleza tal que provocaría siniestros de los que estos malhechores podrían aún sacar provecho durante su escala. Ya no necesitarían como antes atraer a los navíos con luces, puesto que estos vendrían sin desconfianza para tomar la referencia del faro.

Vásquez, sentado sobre un trozo de roca, reflexionaba sobre todo lo que había pasado la víspera. Miraba si la corriente no arrastraba los cuerpos de sus infortunados camaradas... ¡No, la marea bajante ya había hecho su obra, y estaban engullidos en las profundidades del mar!

La situación se le aparecía en toda su espantosa realidad. ¿Qué podía hacer?... nada... nada, sino esperar el regreso del Santa Fe. Pero faltaban dos largos meses todavía para que el aviso se mostrara a la entrada de la bahía de Elgor. Admitiendo que Vásquez no hubiera sido descubierto antes, ¿cómo le sería posible proveer a su alimentación?... Un refugio, lo encontraría siempre en el interior de alguna gruta del acantilado, y, por otra parte, la buena estación debía prolongarse¹ al menos hasta la época del relevo.

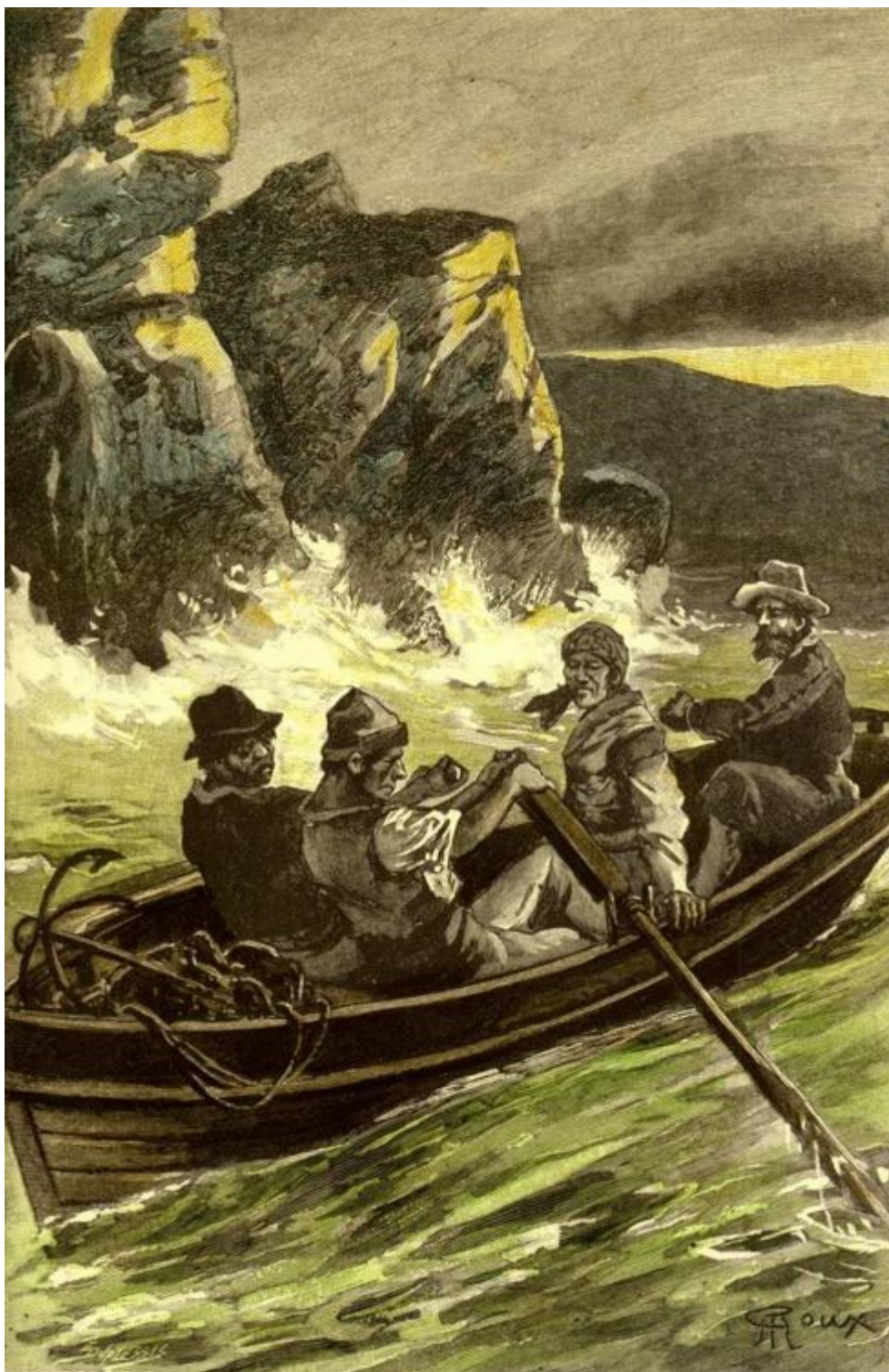
Pero, si se hubiera estado en pleno invierno, Vásquez no habría podido resistir a esos descensos de temperatura que hacen caer el termómetro a treinta y cuarenta grados bajo cero. Habría muerto de frío antes incluso de morir de hambre.

Ante todo, Vásquez se puso a buscar un refugio. El alojamiento había ciertamente informado a los piratas de que el servicio del faro estaba confiado a tres guardianes. Sin ninguna duda, querrían a toda costa deshacerse del tercero que se les había escapado, y no tardarían en buscarlo en los alrededores del cabo San Juan.

Toda su energía había regresado a Vásquez. La desesperación no hacía mella en este carácter bien templado.

Después de algunas búsquedas, acabó por descubrir una cavidad de estrecha abertura, de una profundidad de diez pies, de una anchura de cinco a seis, cerca del ángulo que el acantilado hacía con la playa del cabo San Juan. Una arena fina cubría su suelo, que permanecía fuera del alcance de las más altas mareas, y que no recibía de lleno los vientos de alta mar. Vásquez se introdujo en esta cavidad donde depositó los pocos objetos llevados del alojamiento, así como las escasas provisiones contenidas en su saco.

En cuanto al agua dulce, un pequeño arroyo, alimentado por el deshielo y que corría al pie del acantilado hacia la bahía, lo aseguraba contra las necesidades de la sed.



ERA EL BOTE DE LA GOLETA.

Vásquez aplacó su hambre con galleta y un trozo de corn-beef. Cuando se disponía a salir para apagar su sed, oyó un ruido a corta distancia, y se detuvo.

«Son ellos», se dijo.

Tumbándose cerca de la pared, de manera a ver sin ser visto, miró en dirección a la bahía.

Un bote, tripulado por cuatro hombres, descendía la corriente. Dos remaban a proa. Los otros dos, uno de los cuales llevaba la caña, estaban a popa.

Era el bote de la goleta y no la chalupa del faro.

«¿Qué vienen a hacer? —se preguntó Vásquez—. ¿Están buscándome?... Por la manera en que la goleta ha navegado en la bahía, es cierto que estos miserables la conocían ya, y que no es la primera vez que ponen el pie en la isla... ¡No es para visitar la costa que han venido hasta aquí!... Si no es a mí de quien quieren apoderarse, ¿cuál es su objetivo?...»

Vásquez observaba a estos hombres. En su opinión, el que gobernaba el bote, el mayor de los cuatro, debía ser el jefe, el capitán de la goleta. No habría podido decir cuál era su nacionalidad, pero le pareció¹ bien, por su aspecto, que sus compañeros pertenecían a la raza española de Sudamérica.

En ese momento, la embarcación se encontraba casi a la entrada de la bahía cuya orilla² norte acababa de bordear, a cien pasos por encima de la anfractuosidad en la que se escondía Vásquez. Este no la perdía de vista.

El jefe hizo una señal y los remos se detuvieron. Un golpe de timón, aprovechando la arrancada del bote, lo hizo atracar en la playa.

Enseguida los cuatro hombres desembarcaron, después de que uno de ellos hubiera hundido el rezón en la arena.

Y entonces, he aquí las palabras que llegaron al oído de Vásquez.

—¿Es bien aquí?

—Sí. La caverna está ahí. Veinte pasos antes del recodo del acantilado.

—¡Menuda suerte que esa gente del faro no la haya descubierto!

—¡Ni ninguno de los que han trabajado durante quince meses en la construcción del faro!

—Estaban demasiado ocupados al fondo de la bahía.

— Y además la abertura estaba tan perfectamente obstruida que habría sido difícil verla.

— Vamos — dijo el jefe.

Dos de sus compañeros y él remontaron oblicuamente a través de la playa, ancha en aquel lugar unos cien pasos hasta el pie del acantilado.

Desde su escondite, Vásquez seguía todos sus movimientos, aguzando el oído para no perder una sola palabra. Bajo sus pies crujía la arena sembrada de conchas. Pero este ruido no tardó en cesar, y Vásquez no vio más que al hombre yendo y viniendo cerca de la embarcación.

«Tienen por ahí alguna caverna», se dijo.

Vásquez ya no podía dudar de que la goleta hubiera traído una banda de piratas, de saqueadores establecidos en la Isla de los Estados antes de los trabajos. ¿Era pues en esa caverna donde habían escondido sus rapiñas?... ¿Y no iban a llevárselas a bordo de la goleta?

De repente, le vino el pensamiento de que debía haber allí en reserva provisiones de las que podría aprovecharse. Fue como un rayo de esperanza que se deslizó en su alma. Tan pronto como el bote se hubiera marchado para regresar al fondeadero, saldría de su escondite, buscaría la entrada de la caverna, penetraría en ella, ¡encontraría allí con qué vivir hasta la llegada del aviso!...

Y lo que pediría entonces, si la existencia le era asegurada por algunas semanas, es que estos miserables no pudieran abandonar la isla.

«¡Sí! ¡Que estén todavía aquí, cuando el *Santa Fe* regrese, y que el comandante Lafayate haga buena justicia!»

Pero ¿se realizaría este deseo? Reflexionando bien, Vásquez se decía que la goleta no debía haber venido a hacer escala en la bahía de Elgor más que por dos o tres días. El tiempo de embarcar esta carga encerrada en la caverna, luego abandonaría la Isla de los Estados para no regresar jamás.

Vásquez iba a saber pronto a qué atenerse a este respecto.

Después de una hora pasada en el interior de la caverna, los tres hombres reaparecieron y se pasearon por la playa. Desde la cavidad en la que se

acurrucaba, Vásquez pudo aún oír las diversas palabras que intercambiaron en voz alta y de las que debía sacar provecho casi enseguida.

— ¡Eh! ¡No nos han desvalijado durante su estancia, esta buena gente!

— Y la Maule, cuando se haga a la vela, tendrá su carga completa.

— ¡Y provisiones suficientes para su travesía, lo que nos saca de apuros!

— ¡En efecto, no es con las de la goleta con las que habríamos podido asegurarnos la bebida y la comida hasta las islas del Pacífico!

— ¡Imbéciles! ¡En quince meses, no han sabido descubrir nuestros tesoros, ni tampoco han venido a perseguirnos al cabo San Bartolomé!

— ¡Un hurra por ellos! ¡No habría valido la pena atraer a los buques sobre los arrecifes de la isla para perder todo el beneficio!

Al oír estas palabras, de las que los miserables reían a mandíbula batiendo, Vásquez, la rabia en el corazón, estuvo tentado de arrojar sobre ellos, revólver en mano, y de romperles la crisma a los tres.

Pero se contuvo. Más valía no perder nada de esta conversación. Aprendía allí qué abominable oficio estos malhechores habían ejercido en esta parte de la isla y no pudo sorprenderse cuando añadieron:

— En cuanto a ese famoso Faro del Fin del Mundo, ¡que los capitanes vengan a buscarlo ahora!... ¡Será como si estuvieran ciegos!

— Y es a ciegas como continuarán dirigiéndose a la isla, donde sus navíos no tardarán en hacerse pedazos.

— ¡Espero bien, antes de la partida de la Maule, que uno o dos navíos vengan a naufragar sobre las rocas del cabo San Juan! Tenemos que cargar nuestra goleta hasta la regala, puesto que el diablo nos la ha enviado.

— ¡Eh! ¡El diablo hace bien las cosas!... Un buen buque que nos llega al cabo San Bartolomé, y nadie de la tripulación, ni capitán, ni marineros, de los que nos habríamos deshecho, por cierto...

Era decir en qué condiciones la goleta llamada la *Maule* había caído en manos de esta banda en la punta oeste de la isla, y de qué manera varios buques se habían perdido con hombres y carga sobre los arrecifes de la isla, atraídos por las maniobras de estos saqueadores de naufragios.

—Y ahora, Kongre —preguntó uno de los tres hombres—, ¿qué vamos a hacer?

—Regresar a la Maule, Carcante —respondió Kongre, en quien Vásquez había justamente reconocido al jefe de la banda.

—¿No vamos a empezar a trasladar [el contenido de] la caverna?

—No antes de que las averías estén reparadas, es cierto que estas reparaciones van a durar varias semanas...

—Entonces —dijo Carcante—, llevemos en el bote algunas herramientas.

—Sí... a reserva de volver cuando haga falta. Vargas debe encontrar aquí todo lo que necesita para su trabajo.



«EN CUANTO A ESTE FAMOSO FARO DEL FIN DEL MUNDO, ¡QUE VENGAN YA LOS CAPITANES A BUSCARLO! ¡VENID A BUSCARLO YA!

—No perdamos tiempo —prosiguió Carcante—. La marea no tardará en subir. La aprovecharemos.

—Entendido —respondió Kongre—, cuando la goleta esté en estado, pondremos nuestra carga a bordo. No hay que temer que nos la roben.

—¡Eh! Kongre, no olvidar que eran tres guardianes en el faro, y que uno de ellos se nos ha escapado.

—Apenas me inquieta, Carcante. Antes de dos días, estará muerto de hambre, a menos que viva de musgos y conchas... Además volveremos a cerrar el orificio de la caverna.

—No importa —dijo Carcante—, es lamentable que tengamos averías que reparar. Desde mañana, la Maule habría podido hacerse de nuevo a la mar... Es verdad que, durante la escala, quizás algún navío venga a estrellarse sobre la costa, y eso sin que tengamos siquiera la molestia de atraerlo... ¡Y lo que estará perdido para él no estará perdido para nosotros!

Kongre y sus compañeros volvieron a salir de la caverna, traían herramientas, trozos de tablazón, piezas de madera para reparar el armazón. Luego, después de haber tomado la precaución de tapar la entrada, descendieron hasta el bote y se embarcaron en él, en el momento en que el flujo llegaba a la bahía.

La embarcación desatracó enseguida, y, impulsada por sus remos, no tardó en desaparecer detrás de una punta de la orilla.

Cuando ya no tuvo temor de ser visto, Vásquez regresó a la playa. Sabía ahora todo lo que le interesaba saber, entre otras, dos cosas importantes: la primera, es que podría procurarse provisiones en cantidad suficiente para varias semanas; la segunda, es que la goleta tenía averías, cuya reparación exigiría al menos una quincena de días, quizás más, pero nunca bastante tiempo, sin duda, para que estuviera todavía allí al regreso del aviso.

En cuanto a retrasar su partida, cuando estuviera lista para hacerse de nuevo a la mar, ¿cómo habría podido Vásquez ni pensarlo?... Sí, si algún navío viniera a pasar a corta distancia del cabo San Juan, le haría señales... si fuera necesario se arrojaría al mar para alcanzarlo a nado... Una vez a bordo, pondría al capitán al corriente de la situación... y, si este capitán disponía de una tripulación bastante numerosa, no dudaría en entrar en la bahía de Elgor, en apoderarse de la goleta... Si estos malhechores huían en-

tonces al interior de la isla, abandonarla se habría vuelto imposible para ellos... y, al regreso del *Santa Fe*, ¡el comandante Lafayate sabría bien apoderarse de estos bandidos o destruirlos hasta el último!... Pero ¿llegaría este buque a la vista del cabo San Juan?... Y, si viniera uno, ¿serían vistas las señales de Vásquez?...

En lo que le concernía personalmente, por otra parte, aunque este Kongre no tuviera ninguna duda sobre la existencia de un tercer guardián, estaba sin inquietud... sabría escapar a las búsquedas... Siendo lo esencial por el instante saber si podía asegurar su alimento hasta la llegada del aviso, se dirigió sin más esperar hacia la caverna.

VIII - LA «MAULE» EN REPARACIÓN.

Reparar las averías de la goleta, ponerla en estado [de navegar] para una larga travesía por el Pacífico, embarcar en ella toda la carga almacenada en la caverna, hacerse de nuevo a la mar lo más pronto posible, es a lo que Kongre y sus compañeros iban a dedicarse sin perder tiempo.

En total, las reparaciones al casco de la *Maule* constituían una tarea bastante considerable. Pero el carpintero Vargas conocía su oficio, no le faltarían ni herramientas ni materiales, y el trabajo se ejecutaría en buenas condiciones.

En primer lugar, había que deslastrar la goleta, luego halarla sobre la playa de la cala, donde sería tumbada de costado sobre estribor, para que las reparaciones pudieran hacerse en el exterior, reemplazando el armazón y el forro del casco.

Era pues posible que eso exigiera un cierto tiempo; pero, este tiempo, Kongre lo tenía de sobra, pues calculaba que la buena estación duraría al menos dos largos meses.

En cuanto a la llegada del relevo, sabía a qué atenerse.

En efecto, el libro del faro encontrado en el alojamiento le había informado de todo lo que le importaba conocer: no debiendo hacerse el relevo más que cada trimestre, el aviso *Santa Fe* no regresaría a la bahía de Elgor antes

de los primeros días de marzo, y no se estaba todavía más que en los últimos días de diciembre.

Al mismo tiempo, este libro llevaba los nombres de los tres guardianes Moriz, Felipe y Vásquez. Por otra parte, la disposición de la habitación habría indicado que estaba ocupada por tres personas. Uno de los guardianes había podido pues evitar la suerte de sus desgraciados camaradas. ¿Dónde se había refugiado? Kongre poco se preocupaba por ello, como se sabe. Solo, sin recursos, el fugitivo pronto habría sucumbido a la penuria, al hambre.

Sin embargo, si el tiempo no faltaba para las reparaciones de la goleta, siempre había lugar a contar con los posibles retrasos, y precisamente, desde el principio, se tuvo que interrumpir el trabajo apenas comenzado.

Se acababa de terminar la descarga de la *Maule*, que Kongre había resuelto tumbar de costado al día siguiente, cuando, en la noche del 3 al 4 de enero, un brusco cambio atmosférico se produjo.

Durante esta noche, masas de nubes se acumularon en el horizonte del sur. Mientras que la temperatura se elevaba hasta dieciséis grados, el barómetro caía súbitamente a tempestad. Numerosos relámpagos inflamaron el cielo. El rayo estallaba por todas partes. El viento se desencadenaba con una extraordinaria violencia; el mar embravecido pasaba en grande por encima de los arrecifes, y se rompía contra los acantilados. Era verdaderamente afortunado que la *Maule* estuviera anclada en la bahía de Elgor bien abrigada contra este viento del sudeste. Con tal tiempo, un buque de fuerte tonelaje, velero o vapor, habría corrido el riesgo de ser abatido sobre las costas de la isla. Con mayor razón un navío de tan débil porte como la *Maule*.

Tales eran la impetuosidad de esta borrasca, la agitación del Océano mar adentro, que un verdadero oleaje invadía toda la cala. En pleamar, el agua subía al pie de los acantilados, y la playa, al bajo del recinto, estaba completamente inundada. Olas rompían hasta el alojamiento de los guardianes, y sus rociones alcanzaban a media milla de allí el pequeño bosque de hayas.

Todos los esfuerzos de Kongre y de sus compañeros tuvieron que tender a mantener la *Maule* en su fondeadero. Varias veces garreó sobre su ancla, amenazando con encallar en la playa. Hubo que amarinar una segunda ancla

para ayudar a la primera. En dos ocasiones se pudo temer un desastre completo.

Sin embargo, mientras vigilaban día y noche la *Maule*, la banda se había instalado en los anexos, donde no tenía nada que temer de la tormenta. Las ropas de cama de los camarotes y del rancho de la tripulación fueron transportadas allí, y hubo sitio suficiente para alojar a esta quincena de hombres. Nunca habían tenido semejante instalación durante toda su estancia en la Isla de los Estados.

En cuanto a las provisiones, no había que preocuparse por ellas. Las que contenía el almacén del faro habrían bastado, y de sobra, incluso si hubiera habido el doble de bocas que alimentar. Y, por otra parte, en caso de necesidad, se habría podido recurrir a las reservas de la caverna. En suma, el aprovisionamiento de la goleta estaba asegurado para una larga travesía en los mares del Pacífico.

El mal tiempo duró hasta el 12 de enero¹ y no terminó hasta la noche del 12 al 13. Toda una semana perdida, pues había sido imposible trabajar. Incluso Kongre había juzgado prudente volver a poner parte del lastre en la goleta, que se balanceaba como un bote. Ya tenían bastante trabajo para apartarla de las rocas del fondo contra las que se habría roto igual que a la entrada de la bahía de Elgor.

El viento cambió durante esta noche y saltó bruscamente al oesudoeste. Fue del lado del cabo San Bartolomé donde el mar se puso muy duro, pues soplabla una brisa de tres rizos. Si la *Maule* hubiera estado todavía en la ensenada del cabo, se habría seguramente destrozado allí.

Durante esta semana un navío había pasado a la vista de la Isla de los Estados. Fue de día. No había tenido pues que tomar conocimiento del faro, y no pudo constatar que ya no estaba encendido entre la puesta y la salida del sol. Venía del nordeste y entró bajo vela reducida en el estrecho de Le Maire, el pabellón francés flotando en su pena.

Por lo demás, pasó a tres millas de tierra, y hubo que emplear el catalejo para reconocer su nacionalidad. Por lo tanto, si Vásquez le hizo señales desde el cabo San Juan, no podían ser vistas y no lo fueron, pues un capitán francés no habría dudado en echar su bote al mar para recoger a bordo a un naufrago.

En la mañana del 13, el lastre de hierro fue de nuevo desembarcado y puesto a granel sobre la arena, al abrigo de la marea, y la visita al interior de la bodega pudo efectuarse más completamente que en el cabo San Bartolomé. El carpintero declaró las averías más graves de lo que se suponía. La *Maule* había fatigado mucho durante su travesía luchando de ceñida contra un mar bastante duro. Fue entonces cuando se había abierto esa vía de agua en su popa. Visiblemente, el navío no habría podido prolongar su navegación más allá de la bahía de Elgor. Había pues lugar a ponerlo en seco, a fin de proceder al reemplazo de dos varengas, tres cuadernas y del forro sobre unos seis pies de longitud.

Se sabe, gracias a los objetos de toda naturaleza y de todo destino recogidos en la caverna, que los materiales no faltarían. El carpintero Vargas, ayudado por sus compañeros, no dudaba de llevar su trabajo a término. Si no lo lograba, habría sido imposible a la *Maule*, incompletamente reparada, aventurarse a través del Pacífico. Lo que debía considerarse como muy afortunado por otra parte, es que la arboladura, el velamen, los aparejos no habían sufrido ningún daño.

La primera operación consistía en halar la goleta sobre la arena para hacerla escorar sobre su costado de estribor. Eso no podía hacerse más que con la marea, a falta de aparatos suficientemente potentes. Ahora bien, hubo un nuevo retraso de dos días para esperar la gran marea de luna nueva, que permitiría conducir la goleta bastante alto sobre la playa para que permaneciera allí en seco durante toda la lunación.

Kongre y Carcante aprovecharon este retraso para regresar a la caverna, y, esta vez, lo hicieron con la chalupa del faro, más grande que el bote de la *Maule*. Traería una parte de los objetos de valor, el oro y la plata procedentes del pillaje, joyas y otras materias preciosas que serían depositadas en los almacenes del anexo.



La isla también está desierta...

La chalupa partió en la mañana del 14 de enero. La marea bajante se hacía sentir desde hacía dos horas ya, y regresaría con la marea creciente de la tarde.

El tiempo era bastante bueno. Rayos de sol pasaban entre las nubes que una ligera brisa empujaba del sur.

Antes de partir, así como lo hacía cada día, Carcante había subido a la galería del faro para observar el horizonte. Desierto el mar en alta mar, ningún buque a la vista, ni siquiera una de esas barcas de pecherais que se arriesgaban a veces hasta el este de los islotes New Year.

Desierta también la isla, hasta donde la vista podía alcanzar.

Mientras la chalupa descendía con la corriente, Kongre examinaba atentamente las dos orillas de la bahía. Y ese tercer guardián que había escapado a la masacre, ¿dónde estaba entonces?... Aunque no fuera para él un motivo de inquietud, deshacerse de él habría sido mejor, y es lo que se haría en la ocasión.

La tierra estaba tan desierta como la bahía. No se animaba más que con el vuelo y los gritos de miríadas de pájaros que anidaban en el acantilado.

Hacia las once, la chalupa atracó delante de la caverna, después de haber sido¹ ayudada no solamente por la marea bajante, sino también por la brisa.

Kongre y Carcante desembarcaron, dejando de guardia a dos de sus hombres, y se dirigieron a la caverna, de donde volvieron a salir media hora más tarde.

Las cosas les habían parecido estar en el estado en que las habían dejado. Por otra parte, había allí tal revoltijo de objetos de toda naturaleza que habría sido difícil, incluso al resplandor del fanal, constatar si no faltaba nada.

Kongre y su compañero trajeron dos cajas cuidadosamente cerradas, procedentes del naufragio de una barca de tres palos inglesa, y que contenían una suma importante en moneda de oro y en piedras preciosas. Las depositaron en la chalupa y se disponían a partir, cuando Kongre manifestó la intención de ir hasta el cabo San Juan. Desde allí podría observar el litoral en dirección al sur y al norte.

Carcante y él ganaron pues la cima del acantilado y descendieron el cabo hasta su extremo.

Desde esta punta la mirada abarcaba por un lado la orilla, de vuelta, que se perfilaba hacia el estrecho de Le Maire sobre una extensión de unas dos

millas aproximadamente; por el otro, hasta la punta Several.

—Nadie —dijo Carcante.

—No... ¡nadie! —respondió Kongre.

Ambos regresaron entonces hacia la chalupa y, como comenzaba la marea creciente, tomó el hilo de la corriente. Antes de las tres, estaban de regreso al fondo de la bahía de Elgor.

Dos días después, el 16, Kongre y sus compañeros procedieron por la mañana a la varada de la *Maule*. Era hacia las once que debía tener lugar la pleamar, y todas las disposiciones fueron tomadas en consecuencia. Una amarra, llevada a tierra, permitiría halar la goleta hasta la playa cuando la altura del agua fuera suficiente.

En sí, la operación no presentaba ni dificultad ni riesgos, y era la marea la que se encargaba de toda la tarea.

Tan pronto como el mar estuvo en estoa se cobró la estacha, y se haló la *Maule* lo más lejos posible sobre la playa.

No había más que esperar la marea bajante. Hacia la una, el agua comenzó a descubrir las rocas más cercanas al acantilado, y la quilla de la *Maule* encontró la arena. A las tres, completamente en seco, escoraba sobre su costado de estribor.

Se iba pues a poder poner manos a la obra. Solamente, como no había sido posible conducir la goleta hasta el pie del acantilado, este trabajo sería forzosamente interrumpido cada día durante algunas horas, puesto que el buque flotaría al regreso de la marea. Pero, por otra parte, como, a partir de ese día, el mar perdería cada vez altura, el tiempo de inactividad disminuiría gradualmente, y, durante una quincena, la tarea podría ser continuada sin interrupción.

El carpintero se puso manos a la obra. Si no había que contar con los pecherais de la banda, al menos los otros, comprendidos Kongre y Carcante, le vendrían en ayuda.

La parte del forro dañada fue quitada fácilmente, después de que se hubieran retirado las láminas de cobre del forro. Eso dejó al descubierto las cuadernas y las varengas que se trataba de reemplazar. La madera traída de

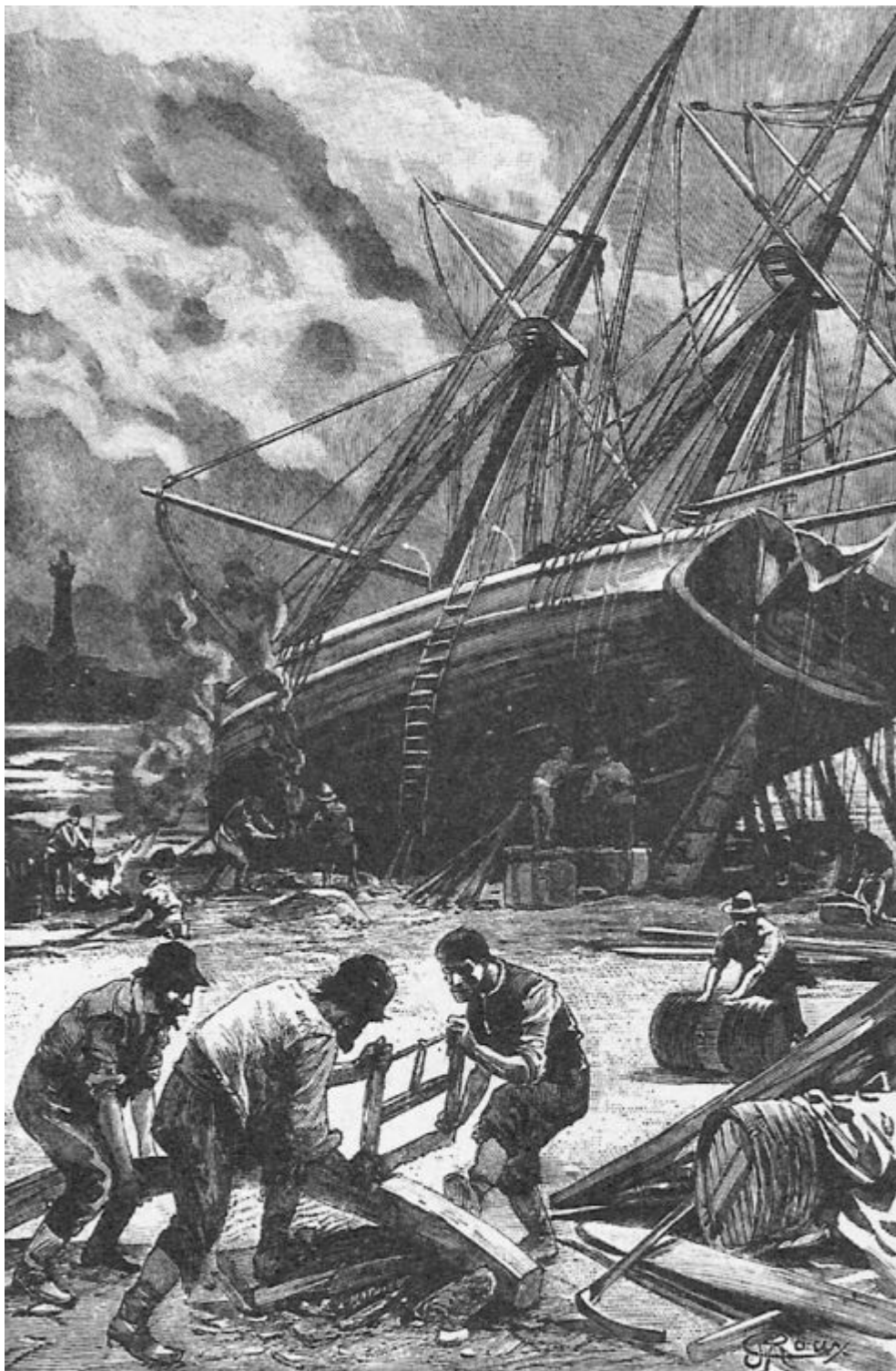
la caverna, tablas y curvas, bastaría, y no sería necesario abatir un árbol en el bosque de hayas, despiezarlo, serrarlo, lo que habría sido un gran trabajo.

Durante los quince días que siguieron, Vargas y los otros, favorecidos por el tiempo que permaneció bueno, habían hecho buen trabajo. Lo que ocasionó más dificultades fue quitar las varengas y los miembros que debían ser reemplazados. Estas diversas piezas estaban clavijadas con cobre, unidas por cabillas. El conjunto aguantaba bien y, decididamente, esta goleta, la *Maule*, salía de uno de los mejores astilleros de construcción de Valparaíso. Vargas no logró sin dificultad terminar esta primera parte de su trabajo y, ciertamente, a falta de las herramientas de carpintero recogidas en la caverna, no habría podido llevarlo a buen término.

Huelga decir que durante los primeros días había sido necesario interrumpir la tarea en el momento de la pleamar. Luego, la marea se volvió tan débil, que apenas alcanzaba las primeras pendientes de la playa. La quilla ya no estaba en contacto con el agua, y se podía trabajar en el interior como en el exterior del casco. Pero importaba haber al menos vuelto a colocar el forro antes de que el mar hubiera vuelto a crecer.

Por prudencia, y sin llegar a quitar el forro de cobre, Kongre hizo repasar todas las costuras por debajo de la flotación. Se renovó el calafateo con el alquitrán y la estopa recogidos entre los restos.

La operación prosiguió en estas condiciones hasta el final del mes de enero, y casi sin interrupción. El tiempo no cesaba de ser favorable. Hubo bien, si no algunos días, al menos algunas horas de lluvias, a veces muy violentas; pero, en suma, no duraron.



ERA IMPORTANTE HABER PUESTO EL ENTARIMADO EN SU SITIO...

Durante este período, hubo que señalar la presencia de dos buques en los parajes de la Isla de los Estados.

El primero era un vapor inglés procedente del Pacífico, que, después de haber remontado el estrecho de Le Maire, se alejaba, rumbo al nordeste, probablemente con destino a un puerto de Europa. Fue en pleno día que pasó a la altura del cabo San Juan. Aparecido después de la salida del sol, estaba fuera de vista antes de su puesta. Su capitán no tuvo pues que constatar la extinción del faro.

El segundo navío era un gran navío de tres palos cuya nacionalidad no se pudo conocer. La noche comenzaba a caer, cuando se mostró a la altura del cabo San Juan para bordear la costa oriental de la isla hasta la punta Several. Carcante, apostado en la cámara de guardia, no vio más que su luz verde de estribor. Pero el capitán y la tripulación de este velero, si llevaban varios meses de navegación, debían ignorar que la construcción del faro estuviera terminada en aquella época.

Este navío de tres palos siguió la costa bastante de cerca para que los hombres hubieran podido ver señales, un fuego por ejemplo encendido en el extremo de un cabo. ¿Intentó Vásquez atraer su atención?... Sea como fuere, al salir el sol, este buque había desaparecido en el sur.

Otros veleros y vapores fueron aún entrevistados en el horizonte, haciendo probablemente ruta hacia las Malvinas. No debieron ni siquiera tener conocimiento de la Isla de los Estados.

El último día del mes de enero, en el momento de las fuertes mareas de luna llena, el tiempo sufrió modificaciones profundas. El viento había rolando al este y asaltaba directamente la entrada de la bahía de Elgor.

Afortunadamente, si las reparaciones no estaban enteramente terminadas, al menos, las cuadernas, las varengas, el forro, ahora reemplazados, hacían estanco el casco de la *Maule*. Ya no había que temer que el agua se introdujera en el interior de la bodega.

Hubo motivo para felicitarse por ello, pues, durante cuarenta y ocho horas, en pleamar, el mar subió a lo largo del casco, y la goleta se adrizó sin que, sin embargo, su quilla se hubiera liberado del fondo de arena.

Kongre y sus compañeros tuvieron que tomar grandes precauciones para evitar nuevas averías que habrían podido retrasar mucho su partida. Por una circunstancia de las más favorables, la goleta continuó sujeta por sus fon-

dos. Se balanceó de un costado a otro con cierta violencia, pero no corrió riesgo de ser arrojada contra las rocas de la cala.

Por otra parte, a partir del 2 de febrero, la marea comenzó a perder altura, y la *Maule* se inmovilizó de nuevo sobre la playa. Fue entonces posible calafatear el casco en su obra muerta, y el mazo no cesó de hacerse oír desde la salida hasta la puesta del sol.

Por lo demás, no sería el embarque de su carga lo que retrasaría la partida de la *Maule*. La chalupa se dirigía frecuentemente a la caverna, con los hombres que no estaban empleados por Vargas. Tan pronto Kongre, tan pronto Carcante, los acompañaban allí.

A cada viaje, la embarcación traía una parte de los objetos que debían encontrar sitio en la bodega de la goleta. Estos objetos, se depositaban provisionalmente en el almacén del faro. Así, la carga se efectuaría con más facilidad, más regularidad, que si la *Maule* la hubiera tomado delante de la caverna, a la entrada de la bahía, donde la operación hubiera podido ser obstaculizada por el tiempo. Sobre esta costa que prolongaba el cabo San Juan, no existía otro abrigo que la pequeña cala, al pie del faro.

Algunos días más, y, las reparaciones definitivamente terminadas, la *Maule* estaría en estado de hacerse de nuevo a la mar, y la carga podría ser puesta a bordo.

En efecto, en la fecha del 12, las últimas costuras de la cubierta y del casco habían recibido un completo calafateo. Se había incluso podido, con algunos botes de pintura encontrados en los cascos de los navíos naufragados, repintar la *Maule* de proa a popa. Kongre aprovechó la ocasión para cambiar el nombre de la goleta, que en honor de su segundo bautizó el *Carcante*. No había descuidado tampoco revisar la jarcia y hacer ligeras reparaciones al velamen, que, por lo demás, debía ser nuevo cuando la goleta había abandonado el puerto de Valparaíso.

La *Maule* habría estado pues en condiciones de ser llevada de nuevo a su fondeadero en la cala desde el 12 de febrero, y se habría podido proceder a la carga, si, para gran fastidio de Kongre y de sus compañeros, muy impacientes por abandonar la Isla de los Estados, no hubiera sido necesario esperar la próxima marea de luna nueva para reflotar la goleta.

Esta marea se produjo el 14 de febrero. Ese día, la quilla se levantó del lecho excavado en la arena de la playa, y la goleta se deslizó sin esfuerzo en agua profunda, no había más que ocuparse de la carga.

Salvo circunstancias imprevistas, el *Carcante* podría zarpar en algunos días, salir de la bahía de Elgor, descender el estrecho de Le Maire y, rumbo al sudoeste, navegar a toda vela hacia los mares del Pacífico.

IX - VÁSQUEZ.

Desde la llegada de la goleta al fondeadero de la bahía de Elgor, Vásquez había vivido en el litoral del cabo San Juan del que no quería alejarse. Si algún navío viniera a hacer escala en la bahía, al menos estaría él allí para darle la voz a su paso.

Lo recogerían, prevendría al capitán del peligro que corría al remontar en dirección al faro, le informaría de que una banda de malhechores eran dueños de él, y, si este capitán no tenía una tripulación suficiente para apoderarse de ellos o expulsarlos al interior de la isla, tendría tiempo de volver a alta mar.

Pero ¿qué probabilidad había de que esta eventualidad llegara a producirse, y por qué un buque, a menos de verse forzado a ello, haría escala al fondo de esta bahía apenas conocida de los navegantes?

Habría sido sin embargo la circunstancia más favorable que este navío se dirigiera hacia las Malvinas —una travesía de algunos días solamente—, las autoridades inglesas habrían sido rápidamente prevenidas de los acontecimientos de los que la Isla de los Estados acababa de ser escenario. Un buque de guerra quizás habría podido dirigirse inmediatamente a la bahía de Elgor, llegar allí antes de que la *Maule* hubiera vuelto a partir, destruir, hasta el último, a Kongre y los suyos, y hacer lo necesario para que el faro fuera enseguida puesto de nuevo en servicio.

«Para eso —se repetía Vásquez—, ¿habrá pues que esperar el regreso del *Santa Fe*?... ¡Dos meses!... Para entonces, la goleta estará lejos... y ¿dónde encontrarla en medio de las islas del Pacífico?...»

Se ve, el bravo Vásquez, olvidándose de sí mismo, pensaba siempre en sus camaradas despiadadamente masacrados, en la impunidad de la que disfrutarían quizás estos malhechores después de haber abandonado la isla, y en los graves peligros que amenazaban la navegación en estos parajes desde la extinción del Faro del Fin del Mundo.

Por otra parte, desde el punto de vista material, y a condición de que no se descubriera su refugio, estaba tranquilizado, desde su visita a la caverna de los piratas.

Esta vasta caverna se hundía profundamente en el interior del acantilado. Allí era donde la banda se había refugiado durante varios años. Allí era donde habían sido amontonados todos los restos, oro, plata, materias preciosas recogidos en el litoral con marea baja. Allí era, en fin, donde Kongre y los suyos habían pasado largos meses, viviendo, primero, de las provisiones que poseían en el momento de su desembarco, luego de las procuradas por un gran número de naufragios, varios de los cuales habían sido provocados por ellos.

De estas provisiones, Vásquez no tomó más que lo indispensable, de manera que Kongre y los otros no se dieran cuenta de nada: una pequeña caja de galleta de mar, un barril de corn-beef, un hornillo que le permitiría hacer fuego, una tetera, una taza, una manta de lana, una camisa y calcetines de repuesto, un chaquetón encerado, dos revólveres con una veintena de cartuchos, un mechero, un fanal, yesca. Tomó también dos libras de tabaco para su pipa. Por otra parte, según las palabras que había oído, las reparaciones de la goleta debían durar varias semanas, y podría renovar sus provisiones.

Conviene decir que, por precaución, encontrando la estrecha gruta que ocupaba demasiado cercana a la caverna, y temiendo ser descubierto allí, había buscado otro refugio un poco más alejado y más seguro.

Fue a quinientos pasos de allí, en el reverso del litoral, más allá del cabo San Juan, en la parte del litoral que bordea el estrecho, donde lo había encontrado. Entre dos altas rocas que contrafuertaban el acantilado, se ahuecaba una gruta cuya abertura no se podía ver. Para llegar allí, había que deslizarse a través de aquel espacio intermedio, que apenas se distinguía en medio del amontonamiento de bloques. En pleamar, el mar llegaba casi a su

base, pero nunca subía lo suficiente para inundar esta cavidad cuya arena fina no contenía ninguna concha y no llevaba ningún rastro de humedad.

Se habría pasado cien veces delante de esta gruta sin sospechar su existencia, y fue por azar si Vásquez la había descubierto, algunos días antes.

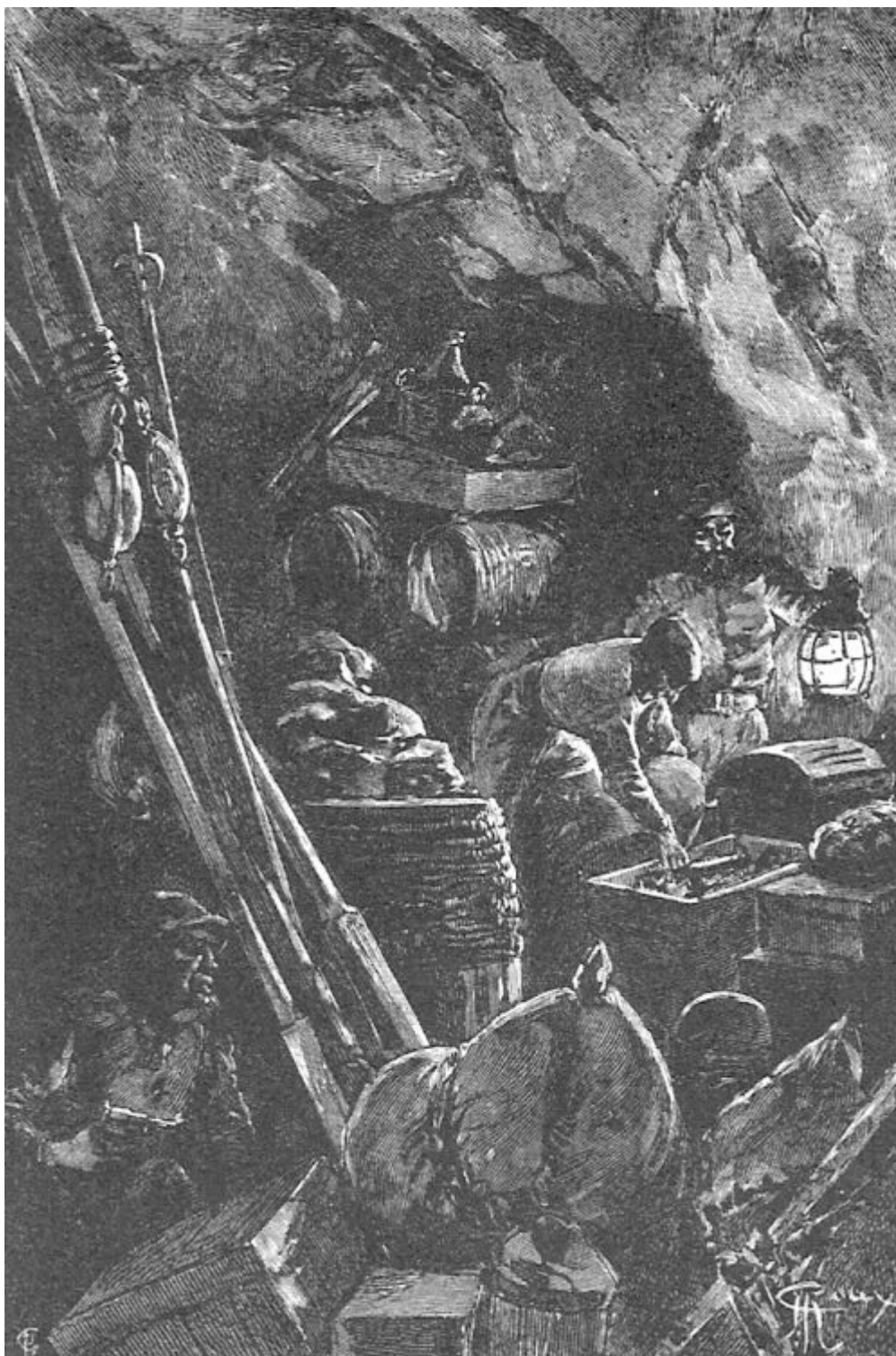
Fue pues allí donde transportó los diversos objetos tomados en la caverna, y de los que iba a hacer uso.

Era raro, por otra parte, que Kongre, Carcante u otros vinieran a esta parte de la costa. La única vez que lo habían hecho, después de una segunda visita a la caverna, Vásquez los había visto cuando se detuvieron en la punta del cabo San Juan. Acurrucado al fondo del espacio intermedio, no podía ser visto, y no lo fue.

Inútil añadir que no se aventuraba jamás al exterior, sin las más minuciosas precauciones, de preferencia por la tarde, sobre todo para dirigirse a la caverna. Antes de doblar el ángulo del acantilado a la entrada de la bahía, se aseguraba de que ni el bote ni la chalupa estuvieran amarrados a lo largo de la orilla.

¡Pero cuánto le parecía interminable el tiempo en su soledad, y qué dolorosos recuerdos regresaban sin cesar a su memoria! Aquella escena de carnicería a la que había escapado, Felipe, Moriz, caídos bajo los golpes de los asesinos. ¡Un irresistible deseo le embargaba el corazón de encontrar al jefe de esta banda y de vengar con sus propias manos la muerte de sus infortunados camaradas!...

«¡No... no!... — se repetía — ¡serán castigados tarde o temprano!... Dios no permitirá que escapen al castigo... ¡Pagarán estos crímenes con su vida!...»



VASQUEZ ESCUCHO ESTAS PALABRAS, INMÓVIL, APENAS RESPIRANDO.

Olvidaba cuánto la suya pendía de un hilo, mientras la goleta estuviera de escala en la bahía de Elgor.

«Y sin embargo... —exclamaba—, ¡que no se vayan, esos miserables! ¡Que estén todavía aquí cuando regrese el *Santa Fe*... que el Cielo les impida volver a partir!...»

¿Se cumpliría este deseo? ¡Faltaban más de tres semanas para que el aviso pudiera ser señalado mar adentro de la isla!...

Por otra parte, la duración de esta escala no dejaba de sorprender a Vásquez. ¿Eran pues tan importantes las averías de la goleta que un mes no había bastado para su completa reparación?... El libro del faro había debido informar a Kongre sobre la fecha en la que se efectuaría el relevo. No podía ignorar que, si no se había hecho de nuevo a la mar antes de los primeros días de marzo...

Se estaba a 16 de febrero. Vásquez, devorado por la impaciencia y la inquietud, quiso saber a qué atenerse. Así, cuando el sol se hubo puesto, ganó la entrada de la bahía, y remontó la orilla norte, dirigiéndose hacia el faro.

Aunque la oscuridad fuera ya profunda, no corría por ello menos riesgo de ser encontrado si alguien de la banda hubiera venido por aquel lado. Se deslizaba pues a lo largo del acantilado con precaución, mirando a través de la sombra, deteniéndose, escuchando si se producía algún ruido sospechoso.

Vásquez tenía unas tres millas que hacer para alcanzar el fondo de la bahía. Era la dirección contraria a la que había seguido, huyendo después del asesinato de sus camaradas. No fue más visto de lo que lo había sido aquella noche.

Hacia las nueve, se detenía a doscientos pasos del recinto del faro, y, desde allí, vio algunas luces brillar a través de las ventanas del anexo. Un movimiento de cólera, un gesto de amenaza se le escaparon, al pensar que estos bandidos estaban en aquel alojamiento, en el lugar de aquellos a los que habían matado, ¡de aquel al que matarían, si caía en sus manos!

Desde el lugar donde se encontraba, Vásquez no podía ver la goleta, envuelta en sombra. Tuvo que acercarse un centenar de pasos, no pensando que hubiera peligro en hacerlo. Toda la banda estaba encerrada en el alojamiento. Nadie saldría sin duda.

Vásquez se acercó aún más. Se deslizó hasta la playa de la pequeña cala. Fue en la marea de anteayer que la goleta había sido desencallada del banco de arena. ¡Ahora, flotaba, fondeada sobre su ancla!

¡Ah! ¡Si hubiera podido, si no hubiera dependido más que de él, con qué placer habría destrozado aquel casco y la habría hundido en la cala!

Así pues las averías estaban reparadas. Sin embargo, Vásquez había hecho esta observación, que, si la goleta flotaba, faltaban al menos dos pies para que estuviera en sus líneas de flotación. Eso indicaba que no había embarcado todavía su lastre, ni su carga. Podía pues ocurrir que la partida se retrasara algunos días. Pero, ciertamente, sería el último plazo, y, en cuarenta y ocho horas quizás, la *Maule* zarparía, doblaría el cabo San Juan, y desaparecería en el horizonte para siempre.

Vásquez no tenía entonces más que una pequeña cantidad de víveres. Así, al día siguiente, se dirigió a la caverna a fin de renovar sus provisiones.

Apenas amanecía; pero, diciéndose que la chalupa regresaría esa mañana a llevarse todo lo que debía ser embarcado en la goleta, se apresuró, no sin tomar las mayores precauciones.

Al doblar el acantilado, no vio la chalupa, y la orilla estaba desierta.

Vásquez entró pues en la caverna.

Se encontraban allí todavía numerosos objetos, de aquellos que carecían de valor, y con los que Kongre no quería sin duda abarrotar la bodega de la *Maule*. Pero, cuando Vásquez buscó galletas y carne, ¡cuál fue su decepción!

¡Todos los comestibles habían sido retirados!... ¡y, en cuarenta y ocho horas, los víveres le faltarían!...

Vásquez no tuvo tiempo de abandonarse a sus reflexiones. En ese momento, se oyó un ruido de remos. La chalupa llegaba, llevando a bordo a Carcante y dos de sus compañeros.

Vásquez avanzó vivamente hasta la entrada de la caverna, y, asomando la cabeza, miró.

La chalupa atracaba entonces. No tuvo más que tiempo de arrojarle de nuevo al interior, luego de esconderse en el rincón más oscuro, detrás de un montón de velas y perchas de las que la goleta no habría podido cargarse, y que permanecerían en la caverna.

Vásquez estaba bien decidido a vender cara su vida, en caso de que fuera descubierto. El revólver que llevaba siempre en su cinturón, lo usaría. ¡Pero, él solo contra tres!...

Solo dos franquearon el orificio, Carcante y el carpintero Vargas. Kongre no los había acompañado.

Carcante sostenía un fanal encendido, y, seguido de Vargas, eligió diferentes objetos que completarían la carga de la goleta. Mientras buscaban, charlaban. El carpintero dijo:

—Aquí estamos a 17 de febrero, y es hora de partir.

—Bueno, pues partiremos —respondió Carcante.

—¿Desde mañana?

—Desde mañana, pienso, puesto que estamos listos.

—¡Aún será necesario que el tiempo lo permita! —observó Vargas.

—Sin duda, y parece estar un poco amenazador esta mañana... Pero se arreglará.

—Es que si nos retuvieran ocho o diez días aquí...

—Sí —dijo Carcante—, se correría el riesgo de encontrarse con su relevo...

—¡Eso no... eso no! —exclamó Vargas—. No somos lo bastante fuertes para apresar un navío de guerra.

—¡No, él nos apresaría a nosotros, y probablemente por los dos penoles de su verga de trinquete! —replicó Carcante, adornando su respuesta con un formidable juramento.

—En fin... —prosiguió el otro—, ¡estoy deseando estar a un centenar de millas mar adentro!

—¡Mañana, te lo repito, mañana! —afirmó Carcante—, ¡o tendría que hacer un viento capaz de arrancar los cuernos a los guanacos!

Vásquez oía estas palabras, inmóvil, respirando apenas. Carcante y Vargas iban y venían, el fanal en la mano. Desplazaban ciertos objetos, elegían otros y los ponían aparte. A veces, se acercaban tanto al rincón donde se

acurrucaba Vásquez que este no habría tenido más que extender el brazo para aplicarles su revólver sobre el pecho.

Esta visita duró media hora, Carcante llamó al hombre que había quedado en la chalupa. Este se apresuró a acudir, y echó una mano en el transporte de los bultos.

Carcante echó un último vistazo al interior de la caverna.

—¡Lástima dejar cosas! —dijo Vargas.

—Hay que hacerlo —respondió Carcante—. ¡Ah! ¡Si la goleta tuviera trescientas toneladas!... Pero nos llevamos todo lo que hay de más precioso y tengo idea de que, allá, haremos todavía buenos negocios.

Salieron entonces, y pronto la embarcación, filando viento en popa, desapareció más allá de una punta de la bahía.

Vásquez salió a su vez, y regresó a su refugio.

Así, en cuarenta y ocho horas, no tendría ya nada que comer, y, al partir, ninguna duda al respecto, Kongre y sus compañeros se llevarían todas las reservas del faro, Vásquez no encontraría ya nada allí. ¿Cómo haría para vivir hasta el regreso del aviso, que, admitiendo que no se retrasara, no llegaría antes de una quincena de días?

La situación, se ve, era de las más graves. Ni el valor, ni la energía de Vásquez lograrían mejorarla, a menos que pudiera alimentarse de raíces desenterradas en el bosque de hayas, o de peces pescados en la bahía. Pero, para eso, era necesario que la *Maule* hubiera abandonado definitivamente la Isla de los Estados. Si alguna circunstancia la obligaba a permanecer todavía varios días fondeada, Vásquez moriría inevitablemente de hambre en su gruta del cabo San Juan.

La jornada avanzaba, el cielo se volvía más amenazador. Masas de nubes, espesas, lívidas, se acumulaban en el este. La fuerza del viento aumentaba a medida que rolaba a alta mar. Las rápidas ráfagas que corrían sobre la superficie del mar se cambiaron pronto en largas olas cuya cresta se coronaba de espuma, y que no tardarían en romper con estrépito contra las rocas del cabo.

Si este tiempo continuaba, la goleta no podría seguramente salir en la marea del día siguiente.

Ahora bien, con la tarde que llegaba, no se produjo ningún cambio en el estado atmosférico. Al contrario, la situación empeoró. No se trataba de una tormenta cuya duración hubiera podido limitarse a algunas horas. Un temporal se preparaba. Se veía en el color del cielo y del mar, en las nubes desgredadas que corrían con una creciente velocidad, en el tumulto de las olas contrariadas por la corriente, en sus mugidos cuando rompían sobre los arrecifes. Un marino como Vásquez no podía equivocarse. En el alojamiento del faro, la columna barométrica había seguramente caído por debajo del grado de tempestad.

Sin embargo, a pesar del viento que rugía, Vásquez no había permanecido en su gruta. Recorría la playa, sus miradas en el horizonte que se oscurecía gradualmente. Los últimos rayos del sol, que descendía en el ocaso, no se extinguieron antes de que Vásquez hubiera visto una masa negra que se movía mar adentro.

«¡Un navío! —exclamó—, ¡un navío que parece dirigirse hacia la isla!»

Era un navío, en efecto, viniendo del este, sea para embocar el estrecho, sea para pasar por el sur.

La tormenta se desencadenaba entonces con una extraordinaria violencia. Era más que un temporal, era uno de esos huracanes a los que nada resiste y que ponen en perdición a los más potentes navíos. Cuando no tienen «escapatoria», para emplear una locución marítima, es decir, cuando tienen tierra a sotavento, es raro que escapen al naufragio.

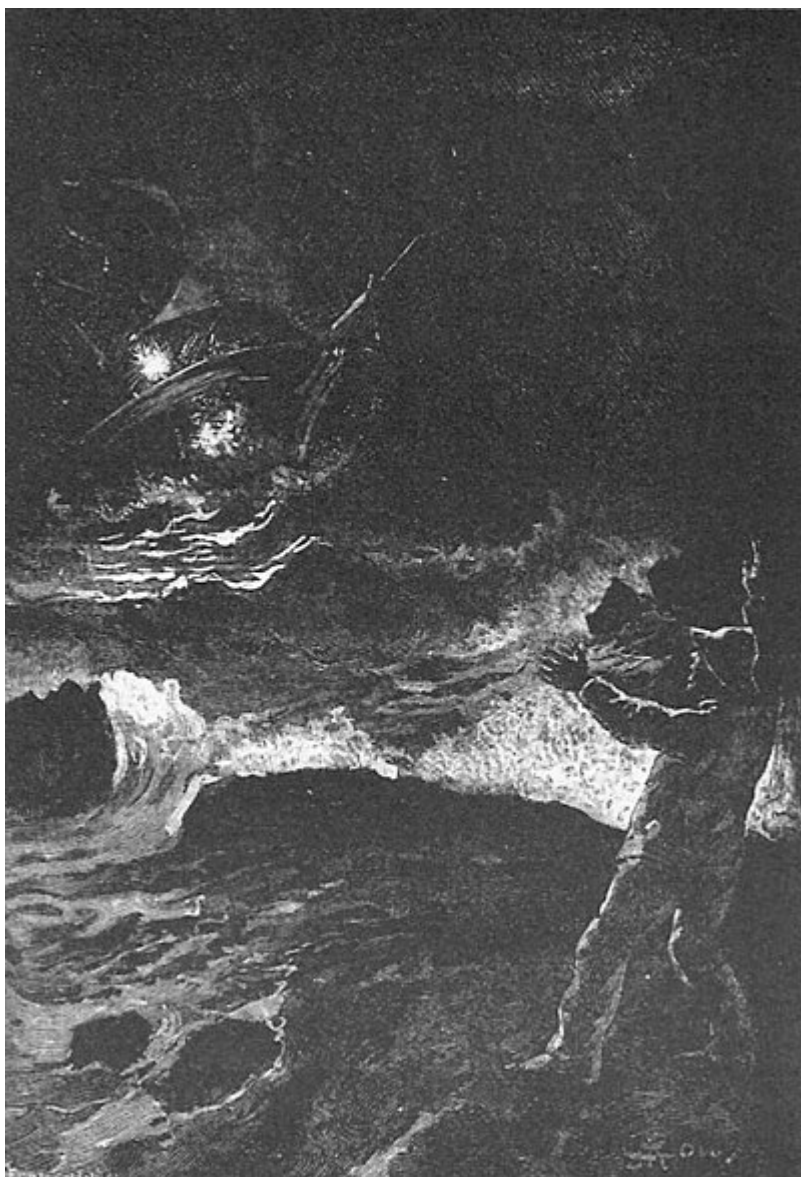
«¡Y el faro que estos miserables no encienden! —exclamaba Vásquez—. ¡Este buque, que lo busca, no lo verá!... No sabrá que una costa está delante de él a algunas millas solamente... ¡El viento lo empuja hacia ella y vendrá a romperse sobre los escollos!...»

¡Sí! un siniestro era de temer, y que sería causado por Kongre y los suyos. Sin duda, desde lo alto del faro, habían visto este navío, que no había podido capear y se veía reducido a correr a palo seco sobre la superficie de un mar embravecido. Era demasiado cierto, a falta de poder guiarse por los destellos de este faro que el capitán buscaba vanamente en el oeste, ¡no lograría doblar el cabo San Juan, para entrar en el estrecho, ni la punta Several para pasar al sur de la isla! Antes de media hora, sería arrojado sobre los

arrecifes a la entrada de la bahía de Elgor, sin haber siquiera sospechado la tierra que no había podido marcar durante las últimas horas del día.

La tempestad estaba entonces en toda su fuerza. La noche amenazaba con ser terrible, y, después de la noche, la jornada del día siguiente, pues no parecía posible que el huracán se calmara en las veinticuatro horas.

Vásquez no pensaba en regresar a su refugio y sus miradas no abandonaban el horizonte. Si ya no distinguía el navío en medio de esta profunda oscuridad, sus luces le aparecían a veces, cuando, bajo el choque de las olas, daba guiñadas tan pronto a un costado como al otro. A ese paso, era imposible que sintiera francamente la acción de su timón. Apenas si debía gobernar. Quizás, incluso, estaba desarbolado, privado de una parte de su arboladura. En todo caso, no se podía dudar de que estuviera a palo seco. En medio de esta lucha de los elementos desencadenados, bien justo si un navío habría podido conservar un tormentín.



Vásquez, desesperado ante su impotencia...

Puesto que Vásquez no veía más que luces verdes o rojas, es que aquel buque era un velero; un vapor habría mostrado la luz blanca suspendida del estay de trinquete. No tenía pues máquina que le permitiera luchar contra el viento.

Vásquez iba y venía por la playa, desesperado por su impotencia para impedir aquel naufragio. Lo que habría hecho falta, habría sido que la luz del faro se proyectara a través de aquellas tinieblas... Y Vásquez se volvía hacia el lado de la bahía de Elgor. Su mano se tendía inútilmente hacia el faro. El faro no se encendería más esta noche que las noches precedentes desde

hacía casi dos meses, y el navío estaba destinado a perderse con hombres y carga sobre las rocas del cabo San Juan.

Entonces una idea vino a Vásquez. Quizás este velero podría todavía evitar la tierra si tuviera conocimiento de ella. Incluso admitiendo que le fuera imposible capear, quizás, modificando un poco su rumbo, evitaría abordar este litoral, que, en suma, del cabo San Juan a la punta Several, no mide apenas más de ocho millas. Más allá, el mar se abriría ante su proa.

Había madera, restos de naufragios, despojos de cascos sobre la playa. Transportar algunos de estos trozos sobre la punta, formar con ellos una hoguera, introducir en ella puñados de algas, prenderle fuego, dejar al viento el cuidado de avivar la llama, ¿no era pues factible?... ¿Y no sería vista esta llama por el buque, que, aunque no estuviera más que a una milla de la costa, tendría quizás todavía tiempo de evitarla?...

Vásquez se puso manos a la obra inmediatamente. Recogió varios trozos de madera, y los llevó al extremo del cabo. Las algas secas no faltaban, pues, si ventaba, la lluvia no había comenzado a caer. Luego, cuando el hogar estuvo listo, intentó encenderlo.

Demasiado tarde... Una enorme masa apareció entonces en medio de la oscuridad. Levantada por olas monstruosas, se precipitaba con una espantosa impetuosidad. Antes de que Vásquez hubiera podido hacer un gesto, llegaba como un torbellino sobre la barrera de arrecifes.

Hubo un estruendo espantoso y, breves, algunos gritos de socorro rápidamente ahogados... Luego no se oyó más que el silbido de las ráfagas y los aullidos del mar que se estrellaba contra la orilla.

X - DESPUÉS DEL NAUFRAGIO.

Al día siguiente, al salir el sol, la tempestad se desencadenaba todavía con tanta furia. El mar aparecía todo blanco hasta el más lejano horizonte. En el extremo del cabo, las olas espumeaban a quince y veinte pies de altura, y sus rociones, esparcidos por el viento, volaban por encima del acantilado. La marea descendente y las ráfagas, encontrándose a la entrada de la bahía de Elgor, chocaban allí con una extraordinaria violencia. Ningún barco habría podido entrar, ningún barco habría podido salir. Al aspecto del cielo siempre tan amenazador, parecía muy probable que la tormenta duraría algunos días, y eso no sabría sorprender en estos parajes magallánicos.

Era pues de toda evidencia que la goleta, aquella mañana, no abandonaría su fondeadero. Es fácil imaginar que este contratiempo debía excitar la cólera de Kongre y de su banda.

Tal era la situación de la que Vásquez se dio cuenta, cuando se levantó desde las primeras luces del alba, en medio de los torbellinos de arena.

Y he aquí el espectáculo que tuvo ante sus ojos:

A doscientos pasos, sobre la vertiente norte del cabo, fuera de la bahía por consiguiente, yacía el navío naufragado. Era un navío de tres palos, de unas quinientas toneladas de arqueo. De su arboladura, no quedaban más que tres trozos rotos al nivel de las bordas, ya sea que el capitán se hubiera encontrado en la necesidad de cortarlos para liberarse, ya sea que se hubieran venido abajo en el momento del encallamiento. Ningún resto sobrenadaba en la superficie del mar; pero, bajo el formidable empuje del viento, era

posible que los despojos hubieran sido arrojados al fondo de la bahía de Elgor.

Si así era, Kongre sabía ahora que un buque acababa de perderse sobre los arrecifes del cabo San Juan.

Vásquez tenía pues que tomar precauciones, y no avanzó hasta después de haberse asegurado de que nadie de la banda se encontraba todavía a la entrada de la bahía.

En algunos minutos, llegó al lugar de la catástrofe. Estando el mar bajo, pudo dar la vuelta al buque encallado, y, sobre la tablilla de popa, leyó: *Century. Mobile.*

Era pues un velero americano, que tenía por puerto de matrícula esta capital del Estado de Alabama, al sur de la Unión, sobre el golfo de México.

El *Century* se había perdido con hombres y carga. No se veía ningún superviviente del naufragio, y, en cuanto al navío, no quedaba de él más que un armazón informe. Con el choque, el casco se había partido en dos. El oleaje había arrancado y dispersado la carga. Restos de forro, de armazón, de perchas, de vergas, yacían aquí y allá sobre los escollos, descubiertos ahora a pesar de la violencia de las ráfagas. Cajas, fardos, barricas, estaban esparcidos a lo largo del cabo y sobre la playa.

Estando el armazón del *Century* en seco, le fue posible a Vásquez introducirse en él.

La devastación era completa allí. Las olas lo habían saqueado todo. Habían arrancado las tablas de la cubierta, demolido los camarotes de la toldilla, roto los castillos, desmontado el timón, y el choque sobre los arrecifes había consumado la obra de destrucción.

¡Y nadie vivo, ni uno de los oficiales, ni uno de los hombres de la tripulación!

Vásquez llamó con voz fuerte, sin obtener respuesta. Penetró hasta el fondo de la bodega y no encontró ni un cadáver. O estos desgraciados habían sido arrancados por algún golpe de mar, o se habían ahogado en el momento en que el *Century* se estrellaba sobre las rocas.

Vásquez descendió de nuevo a la playa, se aseguró de nuevo de que ni Kongre ni ninguno de sus compañeros se dirigían hacia el lugar del naufra-

gio, luego remontó, a pesar de la borrasca, hasta el extremo del cabo San Juan.

«Quizás —se decía—, ¿encontraré a uno de los hombres del *Century* respirando todavía, y podré socorrerlo?...»

Sus búsquedas fueron vanas. Vuelto al litoral, Vásquez se puso a examinar los restos de todo tipo que el oleaje había arrojado allí.

«¡No es imposible —pensaba— que encuentre alguna caja de conservas que asegure mi alimento durante dos o tres semanas!...»

Pronto recogió, en efecto, un barril y una caja, que el mar había lanzado más allá de los arrecifes. Lo que contenían estaba inscrito en el exterior. La caja contenía una provisión de galleta, el barril, una provisión de *corn-beef*. Eran el pan y la carne asegurados para dos meses al menos.

Vásquez transportó primero la caja a la gruta, distante doscientos metros como máximo, luego rodó hasta allí el barril.

Regresó después al extremo del cabo a echar un vistazo a la bahía. No dudaba de que Kongre tuviera conocimiento del naufragio. La víspera, antes de la noche, había podido ver desde lo alto del faro este navío que corría hacia tierra. Ahora bien, desde el momento en que la *Maule* estaba bloqueada en la cala, la banda acudiría ciertamente a la entrada de la bahía de Elgor a tomar su parte del naufragio. Si había algunos restos que recoger, quizás objetos de valor, ¿cómo dejarían escapar estos saqueadores tal ocasión?

Vásquez, en el momento en que alcanzó el recodo del acantilado, fue sorprendido por la violencia del viento que se encajonaba en la bahía.

Habría sido imposible a la goleta ganar contra él, y, admitiendo que hubiera alcanzado la altura del cabo San Juan, jamás habría podido ganar alta mar.

En ese instante, en una corta calma, se oyeron gritos. Era una llamada dolorosa lanzada por una voz casi extinguida.

Vásquez se lanzó en la dirección de esta voz, del lado de la primera cavidad donde se había refugiado, cerca de la caverna.

Había dado como mucho unos cincuenta pasos, cuando vio a un hombre tendido al pie de una roca. Su mano se agitaba como para pedir asistencia.

En un segundo, Vásquez estuvo junto a él.

El hombre que yacía allí podía tener de treinta a treinta y cinco años y parecía vigorosamente constituido. Vestido con un traje de marino, acostado sobre el costado derecho, los ojos cerrados, la respiración jadeante, estaba agitado por sobresaltos convulsivos. No parecía, por otra parte, haber sido herido, y ningún rastro de sangre manchaba sus ropas.

Este hombre, quizás el único superviviente del *Century*, no había oído acercarse a Vásquez. Sin embargo, cuando este apoyó la mano sobre su pecho, hizo, para incorporarse, un inútil esfuerzo, y, demasiado débil, volvió a caer sobre la arena. Pero sus ojos se habían abierto un instante, y las palabras: «¡A mí!... ¡a mí!...» se habían escapado de sus labios.

Vásquez, arrodillado junto a él, lo apoyó contra la roca con precaución, repitiendo:

— Amigo mío... Amigo mío... estoy aquí... ¡Míreme!... Lo salvaré...

Extender la mano, es todo lo que logró hacer este desgraciado, que perdió enseguida el conocimiento.

Había que darle sin tardanza los cuidados que exigía su estado de extrema debilidad.

«¡Haga Dios que todavía haya tiempo!» se dijo Vásquez.

Ante todo, abandonar aquel lugar. En cada instante la banda podía llegar con la chalupa o el bote, o incluso a pie siguiendo la orilla. Transportar a este hombre a la gruta, donde estaría seguro, es lo que debía hacer Vásquez, y es lo que hizo.

Después de un trayecto de unas cien toesas, que exigió un cuarto de hora, se deslizó en el espacio intermedio de las rocas, el hombre inerte cargado sobre su espalda, y lo tendió sobre una manta, la cabeza apoyada sobre un bulto de ropas.

El hombre no había vuelto en sí, pero respiraba. Sin embargo, si no tenía ninguna herida aparente, ¿no se habría fracturado los brazos o las piernas al rodar sobre los arrecifes? Es lo que temía Vásquez, que, en tal caso, no

habría sabido qué hacer. Lo palpó, movió sus miembros, y le pareció bien que todo el cuerpo estaba intacto.

Vásquez vertió un poco de agua en una taza, mezcló en ella algunas gotas de aguardiente que contenía todavía su cantimplora, e introdujo un sorbo de este brebaje entre los labios del náufrago; luego friccionó los brazos y el pecho, después de haber reemplazado sus ropas mojadas por las que había encontrado en la caverna de los piratas.

Hacer más estaba fuera de su poder.

Tuvo al fin la satisfacción de ver que el enfermo recuperaba el conocimiento. Este logró incluso incorporarse, y, mirando a Vásquez que lo sostenía entre sus brazos, dijo con una voz menos débil:

— ¡De beber... de beber!

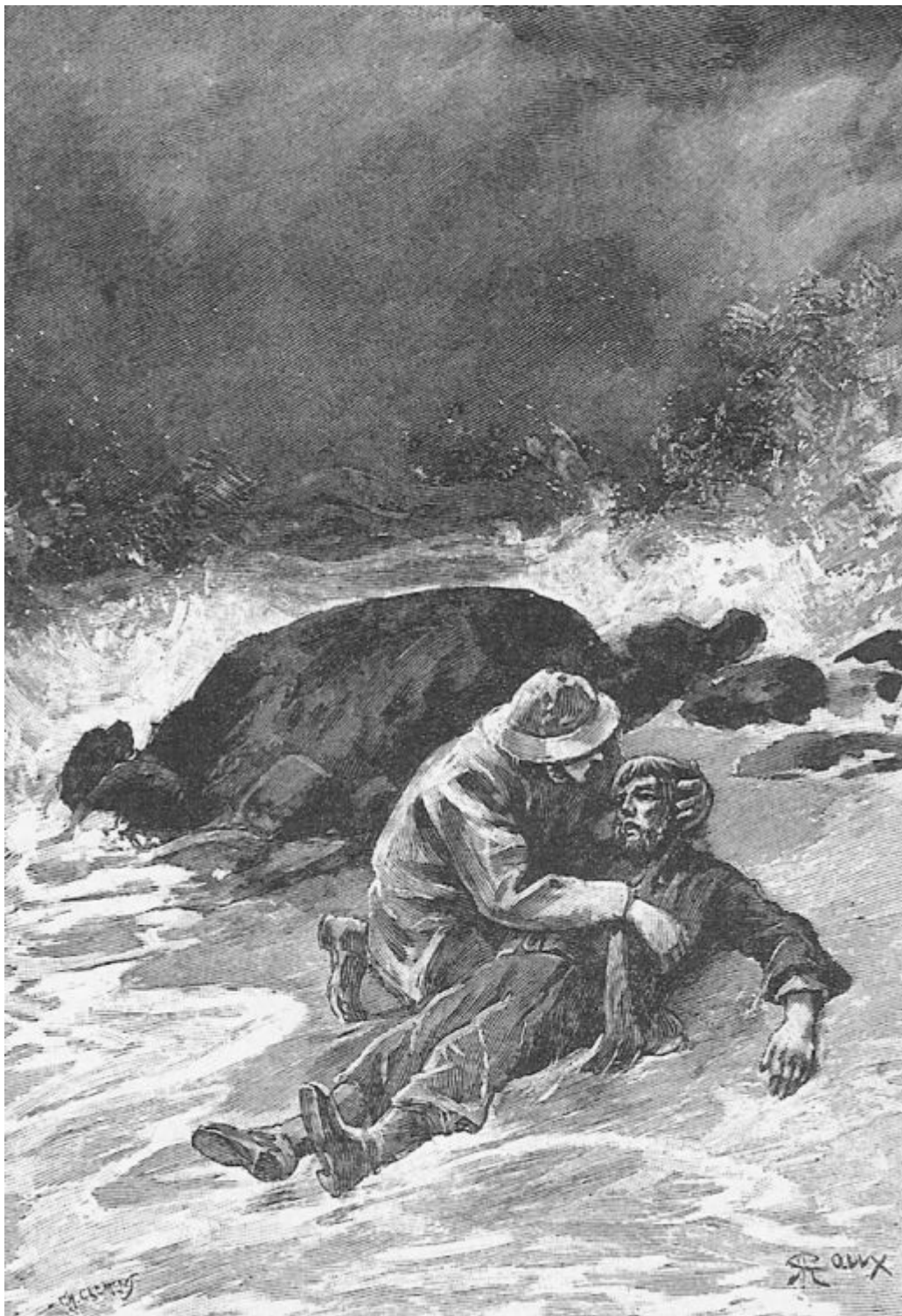
Vásquez le tendió la taza llena de agua y de aguardiente.

— ¿Mejor? — preguntó Vásquez.

— ¡Sí!... ¡Sí!... — respondió el náufrago.

Y, como si hubiera reunido recuerdos todavía vagos en su espíritu:

— ¿Aquí?... ¿usted?... ¿dónde estoy? — añadió apretando débilmente la mano de su salvador.



«Amigo mío... Amigo mío... ¡Estoy aquí!»

Se expresaba en inglés —lengua que hablaba también Vásquez, quien respondió:

—Está usted a salvo. Lo encontré en la playa, después del naufragio del *Century*.

—¿El *Century*!... Sí, me acuerdo...

—¿Se nombra usted?...

—Davis... John Davis.

—¿El capitán del navío de tres palos?

—¿No... el segundo!... ¿Y los otros?

—Todos han perecido —respondió Vásquez—, todos. ¡Usted es el único escapado del naufragio!

—¿Todos?...

—¡Todos!

John Davis quedó como aterrado por lo que acababa de saber. ¡Él único superviviente! ¡Y de qué poco había dependido que hubiera sobrevivido! Lo comprendió, debía la vida a este desconocido inclinado sobre él con solicitud.

—¡Gracias, gracias!... —dijo, mientras una gruesa lágrima corría de sus ojos.

—¿Tiene hambre?... ¿Quiere comer?... ¿un poco de galleta y de carne? —prosiguió Vásquez.

—No... no... ¡de beber todavía!

El agua fresca, mezclada con brandy, hizo gran bien a John Davis, pues pudo pronto responder a todas las preguntas.

He aquí, en pocas palabras, lo que contó:

El *Century*, velero de tres palos de quinientas cincuenta toneladas, del puerto de Mobile, había abandonado, veinte días antes, la costa americana. Su tripulación comprendía: el capitán Harry Steward; el segundo, John Davis, y doce hombres, comprendidos un grumete y un maestre cocinero. Estaba cargado de níquel y de objetos de pacotilla para Melbourne, Australia. Su navegación fue feliz hasta el quincuagésimo quinto grado de latitud sur en el Atlántico. Sobrevino entonces la violenta tempestad que turbaba estos parajes desde la víspera. Desde su inicio, el *Century*, sorprendido

por la primera ráfaga, perdió, con su palo de mesana, todo el velamen de popa. Poco después, una ola enorme, embarcando por la amura de babor, barrió la cubierta, demolió en parte la toldilla, y se llevó a dos marineros que no se pudieron salvar.

La intención del capitán Steward había sido buscar un abrigo detrás de la Isla de los Estados, en el estrecho de Le Maire. Se creía seguro de su situación en latitud, habiéndose hecho la estima de la posición durante el día. Esta ruta, con razón, le parecía preferible para doblar el cabo de Hornos y remontar luego hacia la costa australiana.

Por la noche la borrasca redobló su violencia. Todo el velamen había sido aferrado salvo el trinquete y la gavia baja con rizos, y el velero corría viento en popa.

En ese momento, el capitán pensaba estar todavía a más de veinte millas mar adentro de la tierra. No veía ningún peligro en dirigirse hacia ella, hasta el momento en que marcara la luz del faro. Dejándola entonces ampliamente en el sur, no corría riesgo de arrojarse sobre los arrecifes del cabo San Juan, y entraría sin dificultad en el estrecho.

El *Century* continuó pues corriendo viento en popa, Harry Steward no dudando de ver el faro antes de una hora, puesto que su luz tenía un radio de diez millas.

Ahora bien, esta luz, no la vio. Cuando se creía todavía a buena distancia de la isla, un espantoso choque se produjo. Tres marineros, ocupados en la arboladura, desaparecieron con el palo de trinquete y el palo mayor. Al mismo tiempo, las olas asaltaron el casco, que se abrió, y el capitán, el segundo, los supervivientes de la tripulación fueron arrojados por la borda en medio de una resaca que no dejaría salvación a nadie.

Así el *Century* había perecido con hombres y carga. Solo, el segundo, John Davis, gracias a Vásquez, acababa de escapar a la muerte.

Y, ahora, sobre qué costa el velero de tres palos había venido a perderse, es lo que Davis no podía comprender.

Preguntó de nuevo a Vásquez:

—¿Dónde estamos?

—En la Isla de los Estados.

— ¡La Isla de los Estados! — exclamó John Davis, estupefacto por esta respuesta.

— Sí... la Isla de los Estados — prosiguió Vásquez —, ¡a la entrada de la bahía de Elgor!

— ¿Pero el faro?

— ¡No estaba encendido!

John Davis, cuyo rostro expresaba la más profunda sorpresa, esperaba que Vásquez se explicara, cuando este, levantándose súbitamente, aguzó el oído. Había creído oír ruidos sospechosos, y quería asegurarse de si la banda no rondaba por los alrededores.

Se deslizó pues a través del espacio intermedio de las rocas, y paseó su mirada sobre el litoral hasta la punta del cabo San Juan.

Todo estaba desierto. El huracán no perdía nada de su fuerza. Las olas rompían siempre allí con una prodigiosa violencia, y nubes más amenazadoras aún corrían por el horizonte, sucio de brumas.

El ruido oído por Vásquez provenía del desmantelamiento del *Century*. Bajo el esfuerzo del viento, la popa del armazón se había dado la vuelta, y la ráfaga, penetrando en el interior, la empujaba más adentro sobre la playa. Rodaba allí como un enorme tonel destrozado, y acabó por estrellarse definitivamente contra el ángulo del acantilado. Sobre el lugar del encallamiento, cubierto de mil restos, no quedaba más que la otra mitad del velero de tres palos.

Vásquez regresó pues y se tendió sobre la arena cerca de John Davis. Las fuerzas volvían al segundo del *Century*. Habría podido levantarse, y, apoyado en el brazo de su compañero, descender a la playa. Pero este lo retuvo, y fue entonces cuando John Davis le preguntó por qué, aquella noche, el faro no había sido encendido.

Vásquez lo puso al corriente de los hechos abominables que habían pasado siete semanas antes en la bahía de Elgor. Después de la partida del aviso *Santa Fe*, nada, durante unas dos semanas aproximadamente, había obstaculizado primero el servicio del faro, confiado a él, Vásquez, y a sus dos camaradas, Felipe y Moriz. Varios buques llegaron, durante este período, a la vista de la isla, e hicieron señales que les fueron regularmente devueltas.



EL RUIDO QUE OYÓ VASQUEZ PROVENÍA DE LA DISLOCACIÓN DEL CENTURY.

Pero, el 26 de diciembre, una goleta se había presentado hacia las ocho de la tarde a la entrada de la bahía. Desde la cámara de guardia, donde esta-

ba de guardia, Vásquez no había cesado de ver sus luces de posición y había asistido a toda la maniobra. En su opinión, el capitán que la mandaba debía conocer bien la ruta a seguir, pues no mostró la menor vacilación.

La goleta alcanzó la cala al pie del recinto del faro, y dejó caer allí su ancla.

Fue entonces cuando Felipe y Moriz, que habían abandonado el alojamiento, subieron a bordo para ofrecer sus servicios al capitán, y, cobardemente golpeados, perecieron sin haber podido defenderse.

— ¡Los desgraciados! — exclamó John Davis.

— ¡Sí!... ¡mis desgraciados compañeros! — repitió Vásquez cuyo dolor renacía con estos dolorosos recuerdos.

— ¿Y usted, Vásquez? — preguntó John Davis.

— Yo, desde lo alto de la galería, había oído los gritos de mis camaradas... Comprendí lo que había pasado... Era un navío de piratas, aquella goleta... ¡Éramos tres guardianes!... Habían asesinado a dos, y no se preocuparon del tercero.

— ¿Cómo pudo escaparles? — preguntó todavía John Davis.

— Descendí rápidamente la escalera del faro — respondió Vásquez —, me precipité en el alojamiento, tomé allí algunos efectos, un poco de víveres, huí antes de que la tripulación de la goleta hubiera desembarcado, y vine a refugiarme en esta parte del litoral.

— ¡Los miserables... los miserables! — repetía John Davis —. ¿Son pues los dueños del faro, que ya no encienden. Fueron ellos quienes causaron el naufragio del Century, la muerte de mi capitán y de todos nuestros hombres?

— Sí, son los dueños de él — dijo Vásquez —, y, sorprendiendo una conversación de su jefe con uno de sus compañeros, he podido conocer sus proyectos.

John Davis supo entonces cómo estos saqueadores, establecidos desde hacía varios años en la Isla de los Estados, atraían allí a los navíos y masacraban a los supervivientes de los naufragios, estando todos aquellos de los restos que tenían algún valor encerrados en una caverna, esperando

que Kongre pudiera apoderarse de un buque. Sobreviniendo los trabajos de construcción del faro, la banda se vio obligada a abandonar la bahía de Elgor y a refugiarse en el cabo San Bartolomé, en el otro extremo de la Isla de los Estados, donde nadie sospechaba su presencia.

Terminados los trabajos, regresó, hacía de esto más de un mes y medio, pero entonces estaba en posesión de una goleta que había venido a encallar en el cabo San Bartolomé, y cuya tripulación había perecido.

—¿Y cómo es que no ha partido todavía con la carga de estos saqueadores? —preguntó John Davis.

—A causa de las reparaciones importantes que la han retenido hasta ahora... Pero, me he asegurado por mí mismo, Davis, las reparaciones están terminadas, la carga está hecha, y la partida debía tener lugar esta misma mañana.

—¿Para...?

—Para las islas del Pacífico, donde estos bandidos se creerán seguros y continuarán su oficio de piratas.

—La goleta no puede sin embargo salir mientras dure esta tormenta...

—Ciertamente —respondió Vásquez—, y, por el aspecto del tiempo, es posible que este retraso se prolongue toda una semana.

—Y, mientras estén ahí, Vásquez, ¿el faro no será encendido?...

—No, Davis.

—¿Y otros buques corren el riesgo de perderse como se ha perdido el Century?

—Es demasiado cierto.

—¿No se podría pues señalar la costa a los marinos que se acercan a ella durante la noche?

—Sí... quizás, por medio de fuegos encendidos en la playa, en la punta del cabo San Juan. Es bien lo que he intentado hacer para advertir al Century, Davis. Quise encender una hoguera con despojos de naufragios y hierbas secas. Pero el viento soplaba con tal furia que no pude lograrlo.

— Bueno, lo que usted no pudo hacer, Vásquez, lo haremos nosotros — declaró John Davis—. La madera no faltará. Los restos de mi pobre navío... y, desgraciadamente, los de tantos otros, la proporcionarán en abundancia. Porque, en fin, si la partida de la goleta se retrasa, si el faro de la Isla de los Estados no puede ser avistado por los buques que llegan de alta mar, ¿quién sabe si no se producirán otros naufragios?

— En todos los casos — hizo observar Vásquez—, Kongre y su banda no pueden prolongar su estancia en la isla, y la goleta partirá, estoy bien seguro de ello, tan pronto como el tiempo le permita hacerse a la mar...

— ¿Por qué eso? — preguntó John Davis.

— Porque no ignoran que el relevo para el servicio del faro debe hacerse próximamente.

— ¿El relevo?...

— Sí, en los primeros días de marzo, y estamos a 18 de febrero.

— ¿Un navío vendrá en esa época?

— Sí, el aviso Santa Fe debe llegar de Buenos Aires... hacia el 10 de marzo, y quizás incluso antes.

John Davis tuvo el mismo pensamiento que había venido a la mente de Vásquez.

— ¡Ah, pero! — exclamó—, ¡eso lo cambia todo! ¡Quiera pues el mal tiempo durar hasta entonces, y quiera el Cielo que estos miserables estén todavía aquí cuando el *Santa Fe* deje caer su ancla en la bahía de Elgor!

XI - LOS SAQUEADORES DE NAUFRAGIOS.

Estaban allí, una docena, Kongre y Carcante con ellos, atraídos por el instinto del pillaje.

La víspera, en el momento en que el sol iba a caer bajo el horizonte, Carcante, desde la galería del faro, había visto este navío de tres palos que venía del este. Kongre, prevenido, pensó que este buque, huyendo ante la tempestad, quería ganar el estrecho de Le Maire, luego buscar abrigo bajo la costa occidental de la isla. Mientras el día se lo permitió, siguió sus movimientos, y, llegada la noche, distinguió sus luces. No tardó en reconocer que el navío estaba medio desarbolado y esperó que fuera a encallar sobre esta tierra que no veía. Si Kongre hubiera encendido el faro, todo peligro habría desaparecido. Se guardó bien de hacerlo, y, cuando los fanales del *Century* vinieron a extinguirse, no puso en duda que el navío se hubiera perdido con hombres y carga entre el cabo San Juan y la punta Several.

Al día siguiente, el huracán se desencadenaba todavía con furia. Imposible pensar en sacar la goleta. Un retraso se imponía, retraso que podía durar algunos días, y eso no dejaba de ser grave, con la amenaza constante de la llegada del relevo. Cualquiera que fuera el despecho de Kongre y de los suyos, había sin embargo que esperar a toda costa. Después de todo, por otra parte, no se estaba más que a 19 de febrero. La tormenta se calmaría seguramente antes del fin del mes. A la primera clara, el *Carcante* habría levado el ancla y se habría hecho de nuevo a la mar.

Ahora bien, puesto que un buque acababa de estrellarse en la costa, ¿no era la ocasión de aprovechar el naufragio, de recoger, entre los restos, aquellos que ofrecieran algún valor, y de acrecentar así el precio de la carga que se llevaría la goleta? El aumento del beneficio compensaría al menos el agravamiento del riesgo corrido.

La cuestión ni siquiera fue discutida. Se puede decir que toda esta banda de aves rapaces partió del mismo vuelo. La chalupa fue enseguida aparejada, una docena de los hombres y su jefe tomaron plaza en ella. Hubo que luchar a fuerza de remos contra el viento que soplabá con furia y rechazaba las aguas en la bahía. Una hora y media apenas bastó para alcanzar los últimos acantilados; pero, con la ayuda de la vela, el regreso se efectuaría rápidamente.

La chalupa atracó en la orilla norte de la bahía, en frente de la caverna. Todos desembarcaron y se precipitaron hacia el lugar del naufragio.

Es en ese momento que estallaron los gritos que interrumpieron la conversación de John Davis y de Vásquez.

Enseguida este último reptó hasta la entrada de la gruta, teniendo cuidado de no ser visto.

Un instante después, John Davis se había deslizado junto a él:

—¡Usted! —le dijo Vásquez—. ¡Déjeme solo!... Necesita usted reposo.

—No —respondió John Davis—. Estoy completamente bien, ahora. Y, yo también, vengo a ver este rebaño de bandidos.

Era un hombre enérgico, este segundo del *Century*, no menos resuelto que Vásquez, uno de esos hijos de América con temperamento de hierro, y, ciertamente, debía tener, como se dice vulgarmente, «el alma bien pegada al cuerpo» para que la una no se hubiera separado del otro después del naufragio del velero.

Al mismo tiempo excelente marino. Había servido como contramaestre de primera en la flota de los Estados Unidos antes de navegar en el comercio, y, al regreso del *Century* a Mobile, debiendo Harry Steward tomar su retiro, los armadores habían resuelto confiarle el mando del navío.

Era para él otro motivo de cólera y de odio. De este navío del que iba pronto a ser el capitán, no veía ahora más que despojos informes entregados

a una banda de saqueadores.

Si Vásquez necesitaba alguna vez que le levantaran el ánimo, ¡este era bien el hombre que hacía falta!

Pero, por muy decididos, por muy valientes que fueran ambos, ¿qué habrían podido contra Kongre y sus compañeros?

Refugiándose detrás de las rocas, Vásquez y John Davis observaron prudentemente el litoral hasta el extremo del cabo San Juan.

Kongre, Carcante y los otros se habían detenido primero en aquel ángulo donde el huracán acababa de empujar una mitad del casco del *Century* en estado de despojos amontonados al pie del acantilado.

Los saqueadores se encontraban a menos de doscientos pasos de la gruta, desde donde se distinguían fácilmente sus rasgos. Estaban vestidos con chaquetones de tela encerada, estrechamente ceñidos a su talle a fin de no ofrecer presa al viento, y cubiertos con sombreros de agua que una fuerte correa mantenía en el mentón. Que tuvieran dificultad en resistir al empuje de las ráfagas, eso se veía. A veces, les era preciso apuntalarse contra un resto o una roca para no ser derribados.

Vásquez designó a John Davis a los que conocía por haberlos visto durante su primera visita a la caverna.

— Aquel alto —le dijo—, allí, cerca de la proa del *Century*, es al que dan el nombre de Kongre.

— ¿Su jefe?

— Su jefe.

— ¿Y el hombre con el que habla?

— Es Carcante, su segundo... y, lo he visto bien desde arriba, uno de los que golpearon a mis camaradas.



Se les veía transportar cajas y fardos.

—¿Y le rompería la crisma de buena gana? —dijo John Davis.

—¡A él y a su jefe, como a perros rabiosos! —respondió Vásquez.

Transcurrió cerca de una hora antes de que los saqueadores hubieran acabado de visitar esta parte del casco. Habían querido registrar todos sus rincones. El níquel, que formaba la carga del *Century*, y del que no tenían qué hacer, sería dejado en la playa. Pero, en lo que concernía a la pacotilla embarcada en el velero, quizás comportaba objetos de su conveniencia. En efecto, se les vio transportar dos o tres cajas y otros tantos fardos que Kongre hizo llevar a bordo de la chalupa.

—Si esos bribones buscan oro, plata, joyas de precio o piastras, no las encontrarán —dijo John Davis.

—Eso es lo que prefieren, por supuesto —respondió Vásquez—. Había en la caverna, y es preciso que los navíos que se han perdido en este litoral hayan tenido a bordo una cierta cantidad de materias preciosas. Así, la goleta debe ahora tener una carga de precio, Davis.

—Comprendo —replicó este—, que tengan prisa por ponerla a salvo... ¡Pero quizás no tendrán esa suerte!

—Sería necesario, para eso, que el mal tiempo se mantuviera durante quince días —objetó Vásquez.

—O que nosotros encontráramos un medio...

John Davis no acabó su pensamiento... En suma, ¿cómo impedir a la goleta hacerse a la mar, tan pronto como, esta tempestad habiendo agotado su violencia, el tiempo se hubiera vuelto manejable, el mar se hubiera vuelto calmo?

En ese momento, los saqueadores, abandonando esta mitad del navío, se dirigieron hacia la otra, en el lugar de encallamiento, en la punta misma del cabo.

Desde el lugar que ocupaban, Vásquez y John Davis podían todavía verlos, pero de un poco más lejos.

La marea bajaba, y, aunque fuera rechazada por el viento, la superficie de los arrecifes se descubría en gran parte. Era bastante fácil alcanzar el armazón del velero.

Kongre y dos o tres otros se introdujeron entonces en él. Era, en la popa del navío, bajo la toldilla, donde estaba el pañol, así como John Davis le dijo a Vásquez.

Muy probablemente, este pañol debía haber sido devastado por los golpes de mar. Era sin embargo posible que una cierta cantidad de provisiones estuviera todavía intacta.

En efecto, varios de los hombres salieron de él con cajas de conservas, algunos barriles y toneles que rodaron sobre la arena y dirigieron hacia la chalupa. Fardos de ropa fueron también retirados de los despojos de la toldilla y llevados del mismo lado.

Las búsquedas duraron unas dos horas; luego Carcante y dos de sus compañeros, provistos de hachas, atacaron el coronamiento que, a consecuencia de la banda del navío, no estaba más que a dos o tres pies del suelo.

—¿Qué hacen pues? —preguntó Vásquez—. ¿Es que el buque no está bastante demolido? ¿Por qué diablo querer rematarlo?

—Lo que quieren, lo adivino —respondió John Davis—, es que nada quede ni de su nombre ni de su nacionalidad. ¿Es que no se sepa jamás que el Century se ha perdido en estos parajes del Atlántico!

John Davis no se equivocaba. Algunos instantes después, Kongre salía de la toldilla con el pabellón americano encontrado en el camarote del capitán, y desgarraba la estameña en mil pedazos.

—¡Ah! ¡el bribón! —exclamó John Davis—, ¡el pabellón... el pabellón de mi país!

Apenas si Vásquez tuvo tiempo de detenerlo por el brazo, en el momento en que, no siendo ya dueño de sí, ¡iba a lanzarse sobre la playa!...

Terminado el pillaje —y la chalupa tendría su plena carga— Kongre y Carcante remontaron al pie del acantilado. Paseándose, pasaron dos o tres veces delante del espacio intermedio de las rocas al fondo del cual se ahuecaba la gruta. Vásquez y John Davis pudieron entonces oír lo que decían:

—Será todavía imposible partir mañana.

—Sí. Temo incluso que este mal tiempo dure algunos días.

—¡Eh! no habremos perdido con el retraso...

—Sin duda, ¡pero esperaba encontrar algo mejor en un americano de este tonelaje!... El último que atrajimos sobre los arrecifes nos valió cincuenta mil dólares...

—¡Los naufragios se suceden y no se parecen! —respondió Carcante con filosofía—. Hemos tenido que ver con unos pordioseros, eso es todo.

John Davis, exasperado, había agarrado un revólver, y, en un movimiento de cólera irreflexiva, le habría roto la crisma al jefe de la banda, si Vásquez no lo hubiera retenido de nuevo.

—¡Sí, tiene usted razón! —reconoció John Davis—. Pero no puedo hacerme a esta idea de que estos miserables queden impunes... Y sin embargo, si su goleta logra abandonar la isla, ¿dónde encontrarlos... dónde perseguirlos?

—La tempestad no parece calmarse —observó Vásquez—. Incluso si el viento llega a rolar, el mar permanecerá agitado durante varios días todavía... No han salido de la bahía, créame.

—Sí, Vásquez, pero ¿no es antes del comienzo del mes próximo que debe llegar el aviso, me ha dicho usted?

—Quizás antes, Davis, ¿quién sabe?...

—¡Dios lo quiera, Vásquez, Dios lo quiera!

Lo que no era más que demasiado evidente, es que la tormenta no perdía nada de su violencia, y, bajo esta latitud, incluso durante la estación estival, estas perturbaciones de la atmósfera duran a veces una quincena. Si el viento rolaba al sur, traería los vapores del mar antártico, donde la estación invernal no tardaría en comenzar. Ya, los balleneros debían pensar en abandonar los parajes polares, pues, desde el mes de marzo, los nuevos hielos se forman delante de la banquisa.

Pero, en fin, era de temer que, en cuatro o cinco días, no se produjera una calma, de la que la goleta se aprovecharía para hacerse de nuevo a la mar.

Eran las cuatro, cuando Kongre y sus compañeros reembarcaron. Izada su vela, la chalupa había desaparecido en algunos instantes siguiendo la orilla norte de la bahía.

Con la tarde, las ráfagas se acentuaron. Una lluvia fría y cortante se deramó a torrentes de las nubes venidas del sudeste.

Vásquez y John Davis no pudieron abandonar la gruta. El frío fue incluso bastante vivo, y tuvieron que hacer fuego para calentarse. La pequeña

hoguera fue encendida al fondo del estrecho pasillo. Estando el litoral desierto, la oscuridad profunda, no tenían nada que temer.

La noche fue horrible. El mar venía a batir el pie del acantilado. Era para creer que un macareo, o más bien un maremoto se precipitaba sobre la costa este de la isla. Ciertamente, un oleaje espantoso debía penetrar al fondo de la bahía, y Kongre tendría mucho que hacer para mantener el *Carcante* en su fondeadero.

— ¡Quiera Dios que sea hecho pedazos — repetía John Davis —, y sus despojos deriven mar adentro con la próxima marea!

En cuanto al casco del *Century*, no quedaría de él al día siguiente más que los despojos encajados entre las rocas o esparcidos sobre la playa.

¿Había alcanzado la tormenta su máximo de intensidad? Es lo que Vásquez y su compañero se apresuraron a observar desde el alba.

No era así. Imposible imaginar tal perturbación de los elementos. Las aguas del cielo se confundían con las del mar. Y fue lo mismo durante toda la jornada y durante la noche siguiente. Durante estas cuarenta y ocho horas, ningún navío apareció a la vista de la isla, y se comprende que quisieran apartarse a toda costa de estas peligrosas tierras de la Magallanía batidas directamente por la tempestad. No es ni en el estrecho de Magallanes ni en el estrecho de Le Maire donde habrían encontrado refugio contra los asaltos de tal huracán. La salvación para ellos era la huida, y necesitaban ante la proa la libre extensión de los mares.

Así como lo preveían John Davis y Vásquez, el casco del *Century* estaba enteramente destruido, e innumerables despojos cubrían la playa hasta la base del acantilado.

Afortunadamente, la cuestión del alimento no debía preocupar a Vásquez y a su compañero. Con las conservas que provenían del *Century*, habrían podido alimentarse durante un mes y más. Para entonces, quizás en una docena de días, el *Santa Fe* habría llegado a la vista de la isla. Los malos tiempos habrían terminado entonces, y el aviso no temería venir a reconocer el cabo San Juan.

Es del navío, tan apasionadamente esperado, de lo que ambos hablaban más a menudo.

—Que la tempestad dure para impedir a la goleta salir, y que cese para permitir al Santa Fe venir, he aquí lo que haría falta —exclamaba ingenuamente Vásquez.

—¡Ah! —respondía John Davis—, si dispusiéramos de los vientos y del mar, sería cosa hecha.

—Desgraciadamente, eso no pertenece más que a Dios.

—No querrá que estos miserables escapen al castigo de sus crímenes —afirmaba John Davis, apropiándose de los mismos términos empleados por Vásquez algún tiempo antes.

Ambos teniendo el mismo motivo de odio y la misma sed de venganza, estaban unidos en el mismo pensamiento.

El 21 y el 22, la situación no se modificó, sensiblemente al menos. Quizás el viento indicaba una cierta tendencia a rolar al nordeste. Pero, después de una hora de vacilación, volvió a caer, y trajo de nuevo sobre la isla todo el cortejo de estas espantosas ráfagas.

Huelga decir que ni Kongre ni ninguno de los suyos habían reaparecido. Estaban ocupados, sin duda, en preservar la goleta de toda avería en esta cala que las mareas crecidas por el huracán debían llenar a rebosar.

El 23, por la mañana, las condiciones atmosféricas mejoraron un poco. Después de alguna indecisión, el viento pareció fijarse al nornoroeste. Claras, raras al principio, luego más vastas, despejaron el horizonte del sur. La lluvia cesó, y, si el viento soplaba todavía con violencia, el cielo se aclaraba por grados. El mar, es verdad, permanecía embravecido, y las olas rompían rabiosamente sobre el litoral. Así la entrada de la bahía no volvía a ser practicable, y, bien ciertamente, la goleta no podría ponerse en ruta ni ese día ni el siguiente.

¿Aprovecharían Kongre y Carcante esta ligera calma para regresar al cabo San Juan, a fin de observar el estado del mar? Era posible, era probable incluso, y las medidas de prudencia no fueron descuidadas.

De gran mañana, sin embargo, su llegada no era de temer. Así John Davis y Vásquez se aventuraron fuera de la gruta, que no habían abandonado desde hacía cuarenta y ocho horas.

—¿Se mantendrá el viento ahí? —interrogó Vásquez.

—Lo temo —respondió John Davis, a quien su instinto de marino apenas engañaba—. Nos habrían hecho falta todavía diez días de mal tiempo... ¡diez días!... y no los tendremos.

Los brazos cruzados, miraba el cielo, miraba el mar.

Sin embargo, habiéndose alejado Vásquez algunos pasos, lo siguió bordeando el acantilado.

De repente, su pie golpeó un objeto medio hundido en la arena, cerca de una roca, y que rindió al choque un sonido metálico. Se agachó y reconoció la caja que contenía la provisión de pólvora de a bordo, tanto para los mosquetes como para las dos carronadas de a cuatro que el *Century* empleaba para sus señales.

—No tenemos qué hacer con esto —dijo—. ¡Ah! ¡si fuera posible encenderla en la bodega de la goleta que lleva a estos bandidos!

—No hay que pensar en ello —respondió Vásquez moviendo la cabeza—. No importa, tomaré esta caja al volver, y la pondré a buen recaudo en la gruta.

Continuaron descendiendo la playa y se dirigían hacia el cabo cuya punta extrema no podrían por otra parte alcanzar, tanto, a esta hora de pleamar, el oleaje rompía todavía allí con furia, cuando, llegado a los arrecifes, Vásquez vio en un hueco de roca una de las pequeñas bocas de fuego que había rodado hasta allí, con su cureña, después del encallamiento del *Century*.

—He aquí lo que le pertenece —dijo a John Davis—, así como estas algunas balas que las olas han arrojado allí.

Y, como la primera vez, John Davis repitió:

—¡No tenemos qué hacer con esto!...

—¿Quién sabe? —replicó Vásquez—. Puesto que tenemos con qué cargar esta carronada, la ocasión se presentará quizás de servirse de ella...

—Lo dudo —respondió su compañero.

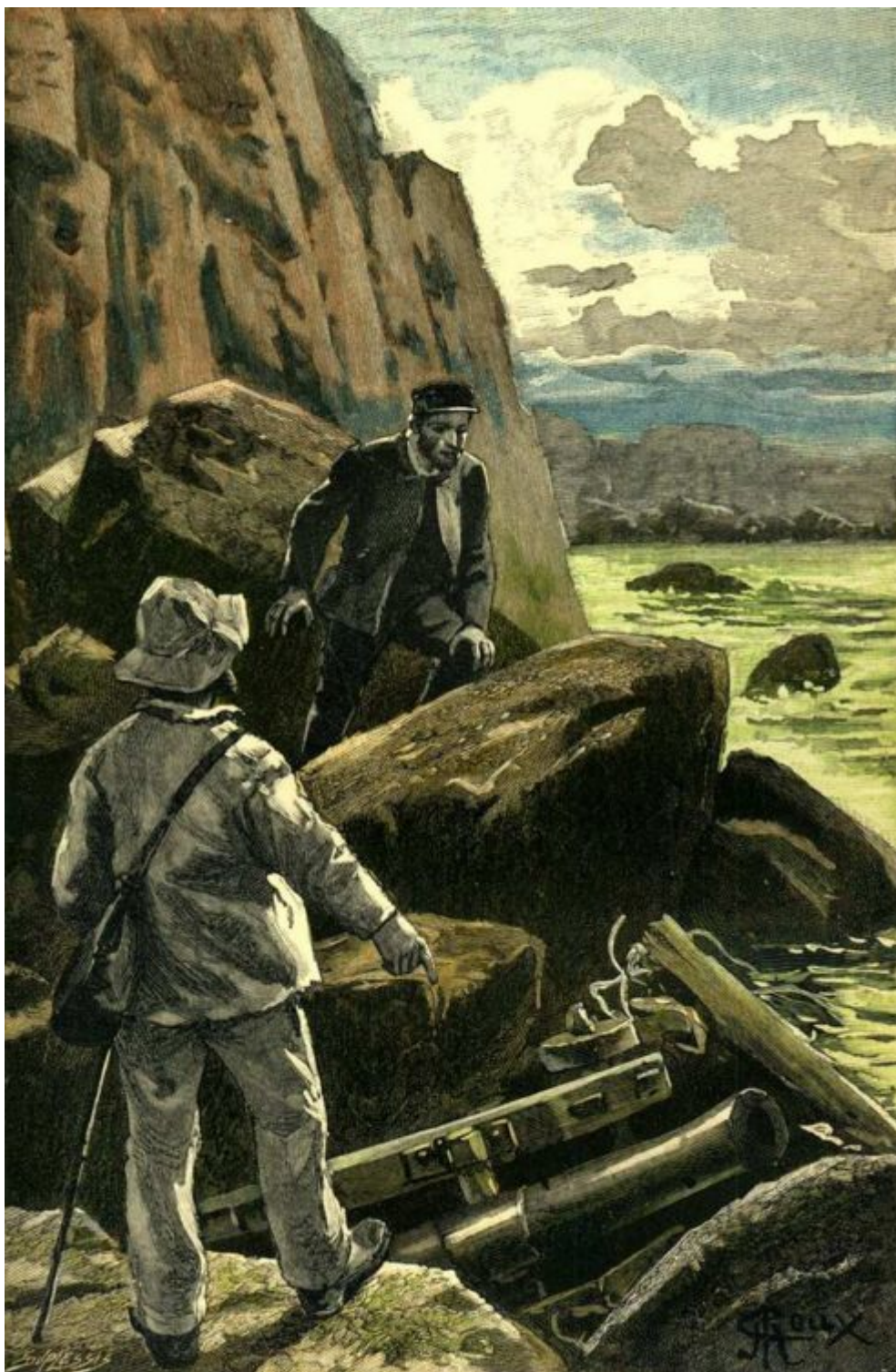
—¿Por qué no, Davis? Puesto que el faro ya no está encendido, de noche, si se presentara un navío, en las condiciones en que ha venido el *Century*, ¿no podríamos señalar la costa a cañonazos?

John Davis miraba a su compañero con una singular fijeza. Parecía que un pensamiento totalmente diferente le cruzaba la mente. Se limitó a responder:

—¿Es esa la idea que se le ha ocurrido, Vásquez?...

—Sí, Davis, no pienso que sea mala. Ciertamente, las detonaciones serían oídas al fondo de la bahía... Revelarían nuestra presencia en esta parte de la isla... Los bandidos se pondrían a buscarnos... Nos descubrirían quizás... ¡y eso nos costaría la vida!... ¡Pero cuántas vidas habríamos salvado a cambio de las nuestras, y en fin habríamos cumplido con nuestro deber!

—¡Existe quizás otra manera de cumplir con nuestro deber! —murmuró John Davis, sin explicarse más. Sin embargo, no hizo más objeciones, y, conforme al parecer de Vásquez, la carronada fue arrastrada hasta la gruta; luego, se transportaron allí la cureña, las balas y la caja de pólvora. Este trabajo fue muy penoso y exigió un tiempo muy largo. Cuando Vásquez y John Davis regresaron para almorzar, la altura del sol sobre el horizonte indicaba que debían ser aproximadamente las diez.



« AQUÍ TIENES LO QUE TE PERTENECE. »

Ahora bien, apenas se habían perdido de vista, cuando Kongre, Carcante y el carpintero Vargas doblaban el ángulo del acantilado. La chalupa habría tenido demasiado trabajo contra el viento y la marea que comenzaba a subir

en la bahía. Habían hecho la ruta a pie, por la orilla. Esta vez no era para saquear.

Observar el estado del cielo y el estado del mar, desde la mejoría de la mañana, he aquí lo que los había decidido a venir, tal como lo había presentado Vásquez. Ciertamente, reconocerían que el *Carcante* corría grandes peligros al querer salir de la bahía, y que no podría luchar contra las grandes olas que rompían desde alta mar. Antes de estar en el estrecho, donde, para ganar hacia el oeste, encontraría viento en popa, le sería preciso doblar el cabo San Juan, y correría el riesgo de encallar, o al menos de recibir algún mal golpe de mar.

Tal fue, en efecto, la opinión de Kongre y de Carcante. Detenidos cerca del lugar de la varada donde no quedaban más que escasos restos de la popa del *Century*, apenas podían mantenerse en pie contra el viento. Hablaban con animación, gesticulaban, señalaban el horizonte con la mano, retrocediendo a veces, cuando una ola, toda blanca en su cresta, rompía sobre la punta.

Ni Vásquez ni su compañero los perdieron de vista durante la media hora que pasaron vigilando la entrada de la bahía. Se marcharon al fin, no sin haberse vuelto a menudo, luego desaparecieron en el recodo del acantilado y retomaron el camino del faro.

— Ahí se van — dijo Vásquez —. ¡Mil millones de trillones, que vuelvan pues durante algunos días más a observar el mar mar adentro de la isla!

Pero John Davis meneó la cabeza. Para él era demasiado evidente que la tormenta habría terminado en cuarenta y ocho horas. El oleaje habría caído entonces, si no completamente, bastante, al menos, para permitir a la goleta doblar el cabo San Juan.

Esta jornada, Vásquez y John Davis la pasaron en parte sobre el litoral. La modificación del estado atmosférico se acentuaba. El viento parecía fijado en el nornoroeste, y un buque no habría tardado en largar los rizos de su trinquete y de sus gavias para entrar en el estrecho de Le Maire.

Llegada la noche, Vásquez y John Davis regresaron a la gruta; aplacaron su hambre con la galleta y el *corn-beef*, su sed, con agua mezclada con brandy. Luego, Vásquez se disponía a envolverse en su manta, cuando su compañero lo detuvo.

— Antes de dormirse, Vásquez, escuche pues una proposición que tengo que hacerle.

— Hable, Davis.

— Vásquez, le debo la vida, y no querría hacer nada que no tuviera su aprobación... He aquí una idea que le someto. Examínela, y responda después sin temor a contrariarme.

— Le escucho, Davis.

— El tiempo cambia, la tempestad ha terminado, el mar va a volver a la calma. Espero que la goleta zarpe en cuarenta y ocho horas como máximo.

— ¡Desgraciadamente, no es más que demasiado probable! —replicó Vásquez completando su pensamiento con un gesto que significaba: «¡No podemos hacer nada!»

John Davis prosiguió:

— Sí, antes de dos días, se mostrará al fondo de la bahía, saldrá, doblará el cabo, desaparecerá en el oeste, descenderá el estrecho, no se la verá más, ¡y sus camaradas, Vásquez, y mi capitán, mis compañeros del *Century* no serán vengados!...

Vásquez había bajado la cabeza; luego, levantándola, miró a John Davis cuyo rostro se iluminaba con los últimos resplandores del hogar.

Este continuó:

— Una sola eventualidad podría impedir la partida de la goleta, o, al menos, retrasarla hasta la llegada del aviso: alguna avería que la obligara a regresar al fondo de la bahía... Pues bien, tenemos un cañón, pólvora, proyectiles... Pongamos este cañón sobre su cureña en el ángulo del acantilado, carguémoslo, y, cuando la goleta pase, disparemos en pleno casco... Que no se hunda de golpe, es posible, pero, para la larga travesía que emprende, su tripulación no se atreverá a arriesgarse con una nueva avería... Los miserables se verán forzados a regresar al fondeadero a fin de repararse... Habrá que desembarcar la carga... Eso exigirá quizás toda una semana... y, para entonces, el *Santa Fe*...

John Davis calló, había tomado la mano de su compañero, la apretaba.

Sin dudar, Vásquez no le respondió más que esta palabra:

—¡Haga!

XII - AL SALIR DE LA BAHÍA.

Así como ocurre a menudo a raíz de una fuerte tempestad, el horizonte se veló de brumas en la mañana del 25 de febrero. Pero, al rolar, el viento había amainado, y los indicios de un cambio de tiempo eran manifiestos.

Ese día, se decidió que la goleta abandonaría su fondeadero, y Kongre hizo sus preparativos para zarpar por la tarde. Había motivo para creer que el sol habría entonces disipado los vapores acumulados a su salida. La marea que debía bajar a las seis de la tarde favorecería la salida de la bahía de Elgor. La goleta llegaría a la altura del cabo San Juan hacia las siete, y el largo crepúsculo de estas altas latitudes le permitiría doblarlo antes de la noche.

Ciertamente, habría podido partir con la marea bajante de la mañana, de no haber sido por la bruma. En efecto, todo estaba listo a bordo, carga completada, víveres en abundancia, los que provenían del *Century* y los que habían sido retirados de los almacenes del faro. No quedaban en el anexo del faro más que el mobiliario y los utensilios, con los que Kongre no quería abarrotar la bodega suficientemente llena. Aunque se la hubiera aligerado de una parte de su lastre, la goleta se hundía algunas pulgadas más que su calado normal, y no habría sido prudente sumergir más su línea de flotación.



KONGRE Y LA MAYORÍA DE LOS HOMBRES ESTABAN A BORDO.

Un poco después de mediodía, mientras se paseaban en el recinto, Carcante dijo a Kongre:

—La niebla comienza a levantarse y vamos a tener la vista de alta mar. Con estas neblinas, el viento amaina de ordinario, y el mar cae más rápidamente.

—Creo que saldremos al fin esta vez —respondió Kongre—, y que nada estorbará nuestra navegación hasta el estrecho...

—Y más allá, espero —terminó Carcante—. La noche será oscura sin embargo, Kongre. Estamos apenas en el primer cuarto de la luna, y el creciente va a desaparecer casi al mismo tiempo que el sol...

—¡Poco importa, Carcante, y no necesito ni luna ni estrellas para bordear la isla!... ¡Conozco toda la costa norte y cuento con doblar los islotes de New Year y el cabo Colnett a buena distancia para evitar sus rocas!...

—Mañana estaremos lejos, Kongre, con este viento del nordeste, y a un largo en nuestras velas.

—Mañana, habremos perdido de vista el cabo San Bartolomé, y espero bien que, llegada la noche, la Isla de los Estados nos quede a una veintena de millas por nuestra popa.

—No será demasiado pronto, Kongre, desde el tiempo que llevamos aquí.

—¿Es que lo lamentas, Carcante?...

—No, ahora que ha terminado, y puesto que habremos hecho fortuna allí, como se dice, ¡y que un buen navío va a llevarnos con nuestras riquezas!... Pero, mil diablos, ¡bien creí que todo estaba perdido, cuando la Maule... no, el Carcante, entró en la bahía con una vía de agua! Si no hubiéramos podido reparar las averías, quién sabe cuánto tiempo más habría sido necesario permanecer en la isla. A la llegada del aviso, habríamos estado obligados a regresar al cabo San Bartolomé... ¡Y ya estoy harto, yo, del cabo San Bartolomé!

—Sí —respondió Kongre, cuyo fiero rostro se oscurecía—, ¡e incluso la situación habría sido bien de otro modo grave!... Al ver el faro sin guardianes, el comandante del Santa Fe habría tomado medidas... Se habría entregado a búsquedas... Habría registrado toda la isla, y ¿quién sabe si no habría descubierto nuestro refugio?... Y luego, ¿no habría podido ser alcanzado por el tercer guardián que se nos escapó?

—No era de temer, Kongre. Nunca hemos encontrado sus rastros, y ¿cómo, sin ningún recurso, habría podido vivir desde hace casi dos meses? Pues he aquí que pronto harán dos meses que el Carcante... — ¡ah! no he olvidado su nuevo nombre esta vez— vino al fondeadero de la bahía de Elgor, y, a menos que este buen guardián no haya vivido todo este tiempo de pescado crudo y de raíces...

—Después de todo, habremos partido antes del regreso del aviso —dijo Kongre—, y eso es más seguro.

—No debe llegar apenas hasta dentro de una semana, a juzgar por el libro del faro —declaró Carcante.

—Y, en ocho días —añadió Kongre—, estaremos ya lejos del cabo de Hornos, en ruta hacia las Salomón o las Nuevas Hébridas.

—Entendido, Kongre. Voy a subir una última vez a la galería para observar el mar. Si hay algún buque a la vista...

— ¡Eh! qué nos importa —dijo Kongre, encogiéndose de hombros—. El Atlántico y el Pacífico son de todo el mundo. El Carcante tiene sus papeles en regla. Lo necesario ha sido hecho a este respecto, puedes fiarte de mí. Y, si incluso el Santa Fe lo encontrara a la entrada del estrecho, ¡le devolvería su saludo, pues una cortesía vale por otra!

Se ve, Kongre no dudaba del éxito de sus proyectos. Parecía bien por otra parte que todo concurría a favorecerlos.

Mientras su capitán descendía hacia la cala, Carcante subió la escalera, y, llegado a la galería, permaneció allí en observación durante una hora.

El cielo estaba entonces completamente limpio y la línea del horizonte, alejada una docena de millas, se mostraba en toda su nitidez. El mar, todavía agitado sin embargo, ya no estaba blanqueado por las olas rompientes, y, si el oleaje permanecía bastante fuerte, no podría estorbar a la goleta. Por otra parte, tan pronto como se estuviera metido en el estrecho, se encontraría el mar en calma, y se navegaría como sobre un río, al abrigo de la tierra y viento en popa.

Mar adentro, ningún otro navío que un velero de tres palos que, hacia las dos, apareció un instante en el este, y a una distancia tal que, sin su catalejo, Carcante no habría podido reconocer su velamen. Corría al norte, por otra

parte. No estaba pues destinado al Océano Pacífico, y no tardó en desaparecer.

Una hora más tarde, es verdad, Carcante tuvo un motivo de inquietud y se preguntó si no debía dar parte a Kongre.

Una humareda acababa de mostrarse en el nornoroeste, lejana todavía. Era pues un vapor que descendía hacia la Isla de los Estados o hacia el litoral de la Tierra del Fuego.

Las malas conciencias vuelven fácilmente temeroso. Bastó esta humareda para que Carcante experimentara serias emociones.

«¿Será el aviso?...» se dijo.

A decir verdad no se estaba más que a 25 del mes de febrero, ¡y el *Santa Fe* no debía llegar hasta los primeros días de marzo!... ¿Habría adelantado su partida?... Si era él, en dos horas, estaría por el través del cabo San Juan... Todo estaría perdido... ¿Había que renunciar a la libertad, en el momento de conquistarla, y regresar a la horrible existencia del cabo San Bartolomé?

A sus pies, Carcante veía la goleta que se balanceaba graciosamente, como si, verdaderamente, hubiera querido burlarse de él. Todo estaba listo. No tenía más que levar el ancla para zarpar... Pero no habría podido, con viento contrario, remontar la marea creciente que comenzaba a subir, y el mar no estaría en estoa antes de dos horas y media.

Imposible pues haberse hecho a la mar antes de la llegada de este vapor, y si era el aviso...

Carcante no retuvo un juramento que lo ahogaba. No quiso, sin embargo, molestar a Kongre, muy ocupado en sus últimos preparativos, antes de estar seguro de su hecho, y permaneció solo en observación en la galería del faro.

El buque se acercaba rápidamente, teniendo a su favor la corriente y la brisa. Su capitán avivaba activamente los fuegos, pues una espesa humareda se desprendía de la chimenea que Carcante no podía todavía ver, detrás del velamen fuertemente tenso. Así este navío daba una bastante fuerte banda a estribor. No tardaría en encontrarse por el través del cabo San Juan, si continuaba a este paso.

Carcante no abandonaba el catalejo, y su inquietud iba creciendo a medida que disminuía la distancia del vapor. Esta distancia pronto se redujo a algunas millas, y el casco del navío se volvió en parte visible.

Fue en el momento en que los temores de Carcante eran más vivos, que se disiparon súbitamente.

El vapor acababa de dejar portar, prueba de que buscaba ganar el estrecho, y toda su jarcia apareció a las miradas de Carcante.

Era un buque de vapor, que debía tener de mil doscientas a mil quinientas toneladas de arqueo, y que no se podía confundir con el *Santa Fe*.

Carcante, al igual que Kongre y sus compañeros, conocía bien el aviso, que había visto en varias ocasiones durante su larga escala en la bahía de Elgor. Sabía que estaba aparejado de goleta, y el vapor que se acercaba lo estaba de navío de tres palos.

¡Qué alivio experimentó Carcante, que se aplaudió de no haber turbado inútilmente la quietud de la banda! Permaneció todavía una hora en la galería y vio pasar el vapor por el norte de la isla, pero a tres o cuatro millas, es decir, demasiado lejos para que este pudiera enviar su matrícula, señal que, por otra parte, habría permanecido sin respuesta, y con razón.

Cuarenta minutos más tarde, este vapor, que filaba al menos doce nudos por hora, desaparecía mar adentro de la punta Colnett.

Carcante descendió, después de haberse asegurado de que ningún otro navío estaba a la vista hasta el horizonte.

Sin embargo, la hora del cambio de marea se acercaba. Era el momento fijado para la partida de la goleta... Los preparativos estaban terminados, las velas listas para ser izadas. Una vez amuradas y cazadas, recibirían por el través el viento rolado y bien establecido en el estesudeste y el *Carcante* navegaría hacia el mar con el viento a un largo en su lona.

A las seis, Kongre y la mayoría de los hombres estaban a bordo. El bote trajo de vuelta a los que esperaban al bajo del recinto, luego fue izado sobre los pescantes.

La marea comenzaba a retirarse lentamente. Descubría ya el lugar donde se había varado la goleta durante sus reparaciones. Del otro lado de la cala,

las rocas mostraban sus cabezas puntiagudas. El viento penetraba por los cortes del acantilado, y una ligera resaca iba a morir a la orilla.

El momento de la partida había llegado, Kongre dio la orden de virar el cabrestante. La cadena se tensó, chirrió en el escobén, y, cuando estuvo a pique, el ancla fue vuelta a levar al pescante y asegurada a la serviola en vista de una navegación que debía ser de larga duración.

Las velas fueron entonces orientadas, y la goleta, bajo su trinquete, su vela mayor, su gavia, su juanete y sus foques, amurados a estribor, tomó arrancada y comenzó su movimiento hacia el mar.

Soplando el viento del estesudeste, el *Carcante* doblaría fácilmente el cabo San Juan. No había, por otra parte, ningún peligro en rasar esta parte muy acantilada del acantilado.

Kongre lo sabía. Conocía bien la bahía. Así, de pie en la caña, dejaba audazmente la goleta portar un cuarto a fin de aumentar su velocidad en la medida de lo posible.

La marcha del *Carcante* era, en efecto, bastante irregular. Ralentizaba cuando el viento amainaba, para retomar arrancada cuando la brisa le llegaba en ráfagas más vivas. Adelantaba entonces a la marea bajante, dejando detrás de sí una estela bastante plana, lo que hablaba en favor de sus líneas de agua y permitía augurar bien para la continuación del viaje.

A las seis y media, Kongre no se encontraba más que a una milla de la punta extrema. Veía el mar desarrollarse hasta el horizonte. El sol descendía en el lado opuesto, y pronto estrellas brillarían en el cenit, que se ensombrecía bajo el velo del crepúsculo.

Carcante se acercó en ese momento a Kongre.

—¡Al fin, henos aquí pronto fuera de la bahía! —dijo con satisfacción.

—En veinte minutos —respondió Kongre—, haré aflojar las escotas, y pondré la caña a estribor para contornear el cabo San Juan...

—¿Habrá que correr bordos una vez en el estrecho?

—No lo creo —declaró Kongre—. Tan pronto doblado el cabo San Juan, cambiaremos las amuras, y espero bien mantenerlas a babor hasta el cabo de Hornos. La estación comienza a avanzar, y creo que podremos contar

con la persistencia de estos vientos del este. En todo caso, en el estrecho, lo haremos tanto como haga falta, y no es de suponer que la brisa nos rehúse al punto de obligarnos a bordejear.

Si, como esperaba, Kongre podía evitar cambiar sus amuras, ganaría un tiempo considerable. En caso de necesidad incluso, arriaría sus velas cuabras y no conservaría más que sus velas áuricas y latinas: cangreja, trinqueta y foques. Así la goleta se mantendría a cuatro cuartas del viento.

En ese instante, un hombre de la tripulación, apostado cerca del pescante, gritó:

— ¡Atención delante!...

— ¿Qué hay? — preguntó Kongre.



Una segunda bala acababa de impactar en la goleta.

Carcante corrió hacia el hombre, y se inclinó sobre la regala:

—¡Cae... cae suavemente! —le gritó a Kongre.

La goleta se encontraba entonces por el través de la caverna que la banda había ocupado tanto tiempo.

En aquel lugar de la bahía derivaba una parte de la quilla del *Century*, que la marea bajante empujaba hacia el mar. Un choque habría podido tener funestas consecuencias, y ya era hora de evitar este resto.

Kongre metió pues ligeramente la caña a babor. La goleta cayó un cuarto, y pasó a lo largo de esta quilla, que rozó solamente su carena.

La maniobra tuvo por resultado acercar un poco a la orilla norte al *Carcante*, que fue enseguida puesto de nuevo en dirección. Unas veinte toesas más, y se habría sobrepasado el ángulo del acantilado, Kongre podía soltar la caña y dar la ruta al norte.

En ese momento preciso, un silbido agudo rasgó el aire, y un choque hizo estremecer el casco de la goleta, inmediatamente seguido por una violenta detonación.

Al mismo tiempo, una humareda blanquecina, que el viento empujó hacia el interior de la bahía, se elevó del litoral.

—¿Qué es eso? —exclamó Kongre.

—Nos han disparado —respondió Carcante.

—¡Toma la caña! —ordenó Kongre.

Precipitándose a babor, miró por encima de la regala, y vio un agujero en el casco, medio pie más alto que la línea de flotación.

Toda la tripulación se había instantáneamente dirigido a este lado a proa de la goleta.

¡Un ataque viniendo de esta parte del litoral!... ¡Una bala que el *Carcante*, en el momento de salir, recibía en su costado, y que, si lo hubiera alcanzado más bajo, lo habría indudablemente hundido!... Se convendrá, si había motivo para estar asustado de tal agresión, se debía con razón estar igualmente sorprendido.

¿Qué podían hacer Kongre y sus compañeros?... ¿Largar las trincas del bote, embarcarse en él, lanzarse sobre la orilla en el lugar donde se había elevado la humareda, apoderarse de los que habían enviado este proyectil, masacrarlos o al menos desalojarlos de aquel lugar?... ¿Pero se sabía si es-

tos agresores no tendrían a su favor la superioridad del número, y no era lo mejor alejarse a fin de reconocer ante todo la importancia de la avería?

Esta decisión se impuso con tanta más evidencia que la carronada hizo fuego una segunda vez. Una humareda se redondeó en el mismo lugar. La goleta experimentó un nuevo choque. Una segunda bala acababa de golpearla en plena madera un poco por detrás de la primera.

— ¡La caña a sotavento!... ¡Bracea en cuadro a proa!... ¡Prepara para virar!... — aulló Kongre, corriendo hacia popa a reunirse con Carcante que se apresuraba a ejecutar su orden.

Tan pronto como la goleta sintió la acción del timón, orzó, luego cayó a estribor. En menos de cinco minutos, comenzó a alejarse de la orilla, y pronto estaba fuera del alcance de esta pieza que había sido apuntada contra ella.

Por otra parte, ninguna otra detonación resonó. La playa permanecía desierta hasta la punta del cabo. Había motivo para creer que el ataque no se renovarían.

Lo más urgente era verificar el estado del casco. En el interior, esta verificación no habría sido practicable, puesto que habría sido necesario desplazar la carga. Pero, lo que no podía ser objeto de duda, es que las dos balas habían atravesado el forro y se habían alojado en la bodega.

El bote fue pues arriado, mientras que el *Carcante* se puso al paio y ya no sufría más que el efecto de la marea descendente.

Kongre y el carpintero descendieron en el bote, examinaron el casco a fin de asegurarse si la avería podía ser reparada en el lugar.

Reconocieron que dos balas de a cuatro habían alcanzado la goleta y perforado el forro de parte a parte. Afortunadamente la obra viva estaba a salvo. Los dos agujeros se encontraban en el nacimiento del forro y justo en la línea de flotación. Algunos centímetros más bajo, se habría declarado una vía de agua que la tripulación quizás no habría tenido tiempo de cegar. La bodega se habría ciertamente llenado, y el *Carcante* se habría hundido a la entrada de la bahía.

Sin duda, Kongre y sus compañeros habrían podido ganar la orilla en el bote, pero la goleta se habría perdido enteramente.

En suma, la avería no debía ser de una extrema gravedad, pero impedía ciertamente al *Carcante* aventurarse más mar adentro. A la menor banda que diera a babor, el agua penetraría en el interior. Importaba pues que los dos agujeros hechos por los proyectiles fueran tapados antes de continuar la ruta.

—Pero ¿quién es el bribón que nos ha enviado eso? —no cesaba de repetir Carcante.

—¡Quizás ese guardián que se nos escapó!... —respondió Vargas—. Y quizás también algún superviviente del Century que este guardián habrá salvado. Pues, en fin, para enviar balas, hace falta un cañón, y este cañón no ha caído de la luna.

—Evidentemente —aprobó Carcante—. Ninguna duda de que provenga del navío de tres palos. Es bien lamentable que no lo hayamos encontrado entre los restos.

—¡No se trata de todo eso —interrumpió bruscamente Kongre—, sino de repararse lo más rápido posible!

En efecto, no era el caso de discutir sobre las circunstancias del ataque contra la goleta, sino de proceder a las reparaciones necesarias. Se podía, a malas, conducirla cerca de la orilla opuesta de la bahía en la punta Diegos. Una hora bastaría. Pero, en aquel lugar, habría estado demasiado expuesta a los vientos de alta mar, y, hasta la punta Several, la costa no ofrecía ningún abrigo. Al primer mal tiempo, se habría roto sobre los arrecifes. Kongre se resolvió pues a regresar esa misma noche al fondo de la bahía de Elgor donde el trabajo podría ser hecho con toda seguridad y tan rápidamente como fuera posible.

Pero, en ese momento, la marea descendía, y la goleta no habría ganado contra la marea bajante. Era forzoso pues esperar el flujo, que no se haría sentir antes de tres horas.

Ahora bien, el *Carcante* comenzaba a balancearse bastante vivamente bajo la acción del oleaje, y, con la deriva, habría sido arrastrado hasta la punta Several arriesgándose a llenarse. Ya, se oía el ruido del agua que se precipitaba por los agujeros del casco a cada golpe de balanceo más acentuado. Kongre tuvo que resignarse a echar el ancla a algunos cables de la punta Diegos.

La situación era, en suma, bastante inquietante. La noche llegaba, y pronto la oscuridad sería profunda. Se necesitaría todo el conocimiento que Kongre tenía de estos parajes para no encallar en uno de los numerosos arrecifes que defendían el acceso de la costa.

Finalmente, hacia las diez, llegó el flujo. El ancla fue vuelta a levar a bordo, y, antes de medianoche, el *Carcante*, no sin haber corrido muchos peligros, estaba de regreso en su antiguo fondeadero en la cala de la bahía de Elgor.

XIII - DURANTE TRES DÍAS.

A qué grado de exasperación habían llegado Kongre, Carcante y los otros, se imaginará sin dificultad. ¡En el momento mismo en que iban a abandonar definitivamente la isla, un último obstáculo los había detenido!... Y, en cuatro o cinco días, menos quizás, ¡el aviso podía presentarse a la entrada de la bahía de Elgor!... Ciertamente, si las averías de la goleta hubieran sido menos graves, Kongre no habría dudado en tomar otro fondeadero. Habría ido, por ejemplo, a refugiarse en el puerto Saint-Jean, que, al reverso mismo del cabo, se ahonda profundamente en la costa septentrional de la isla. Pero, en el estado actual del buque, habría sido una locura querer emprender tal travesía. Se habrían ido a pique antes de llegar a la altura de la punta. En la parte del recorrido que se habrían visto obligados a hacer viento en popa, la goleta no habría tardado en llenarse al balancearse de un costado a otro. Como mínimo, su carga se habría perdido irremediablemente.

El regreso a la cala del faro se imponía pues, y Kongre había hecho sabiamente en resignarse a ello.

Durante esta noche, en la que apenas se durmió a bordo, los hombres tuvieron que hacer guardia y someterse a una vigilancia de todos los instantes. ¿Se sabía si no se produciría un nuevo ataque?... ¿Se sabía si una tropa numerosa, superior a la banda de Kongre, no había desembarcado recientemente en algún otro punto de la isla?... ¿Se sabía si la presencia de esta banda de piratas no era finalmente conocida en Buenos Aires, y si el Gobierno argentino no buscaba destruirla?

Sentados a popa, Kongre y Carcante charlaban de todo esto, o más bien el segundo hablaba solo, pues Kongre estaba demasiado absorto para responderle de otra manera que con breves palabras.

Fue Carcante quien primero había emitido esta hipótesis: el desembarco en la Isla de los Estados de soldados enviados en persecución de Kongre y de sus compañeros. Pero, admitiendo que no se hubiera tenido conocimiento de su desembarco, no es así como una tropa regular habría procedido. Habría atacado francamente el lugar, o bien, si el tiempo de actuar así le hubiera faltado, habría tenido a la entrada de la bahía varias embarcaciones que habrían interceptado la goleta y se habrían apoderado de ella esa misma noche, sea a viva fuerza, al abordaje, sea después de haberla puesto en la imposibilidad de continuar su ruta. En todos los casos, no se habría escondido después de una única escaramuza, como lo hacían estos asaltantes desconocidos, cuya prudencia demostraba la debilidad.

Carcante abandonó pues esta hipótesis, y volvió a la suposición emitida por Vargas:

— Sí... los que han dado el golpe tenían únicamente por objetivo impedir a la goleta abandonar la isla, y, si son varios, es que algunos hombres del *Century* han sobrevivido... Habrán encontrado a ese guardián, y sabido por él la próxima llegada del aviso... ¡Ese cañón, es un resto encontrado por ellos!

— El aviso no está todavía aquí — dijo Kongre con una voz que la cólera hacía temblar —. Antes de su regreso, la goleta estará lejos.

En efecto, era muy improbable, admitiendo que el guardián del faro hubiera encontrado a naufragos del *Century*, que estos fueran más de dos o tres como máximo. ¿Cómo admitir que una tempestad tan violenta hubiera perdonado más existencias? ¿Qué podría este puñado de hombres contra una tropa numerosa y bien armada? La goleta, una vez reparada, se haría de nuevo a la vela y ganaría alta mar siguiendo, esta vez, el centro de la bahía. Lo que había sido hecho una primera vez no sabría serlo una segunda.

No era pues más que una cuestión de tiempo: ¿cuántos días duraría la reparación de la nueva avería?

No hubo ninguna alerta esa noche, y, al día siguiente, la tripulación se puso manos a la obra.

El primer trabajo consistió en desplazar la parte de la carga dispuesta en la bodega contra el costado de babor. No hizo falta menos de medio día para subir esta cantidad de objetos a cubierta. Por otra parte, no sería necesario ni desembarcar el cargamento ni halar la goleta sobre el banco de arena. Encontrándose los agujeros de las balas un poco por encima de la flotación, se lograría, atracando el bote cerca de la aleta, taparlos sin demasiada dificultad. Lo esencial era que el armazón no hubiera sido dañado por los proyectiles.

Kongre y el carpintero descendieron entonces a la bodega, y he aquí cuál fue el resultado de su examen:

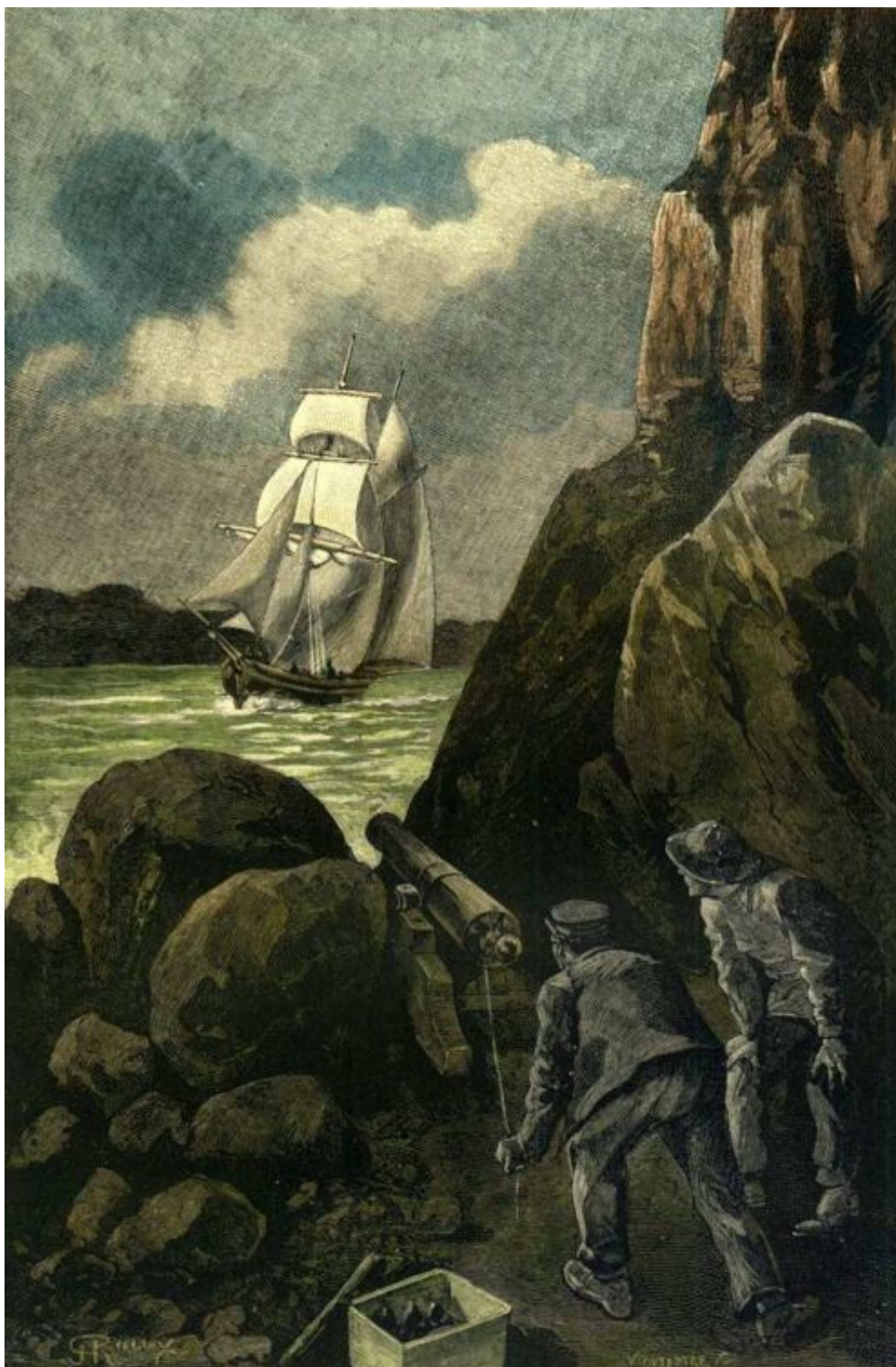
Las dos balas no habían alcanzado más que el forro, que habían atravesado aproximadamente a la misma altura, y se las reencontró al desplazar la carga. No habían hecho más que rozar las cuernas cuya solidez no estaba comprometida. Los agujeros, situados a dos o tres pies uno del otro, eran ambos de bordes limpios, como recortados a la sierra. Podrían ser cerrados herméticamente con tapones mantenidos por piezas de madera intercaladas entre el armazón, y por encima de las cuales se aplicaría una lámina de forro.

En suma, no eran estas grandes averías. No comprometían el buen estado del casco, e iban a ser prontamente reparadas.

—¿Cuándo? —preguntó Kongre.

—Voy a preparar los travesaños interiores, y estarán colocados esta noche —respondió Vargas.

—¿Y los tapones?



LISTOS PARA DISPARAR CUANDO EL GOLET PASARA POR EL LADO.

—Los tapones estarán hechos mañana por la mañana, y colocados por la tarde.

—¿Así que podríamos arrumar la carga por la tarde y zarpar pasado mañana por la mañana?

—Ciertamente —declaró el carpintero.

Sesenta horas habrían pues bastado para estas reparaciones, y la partida del *Carcante* no se retrasaría en suma más que dos días.

Carcante preguntó entonces a Kongre si, por la mañana o por la tarde, no se proponía dirigirse al cabo San Juan.

—Para ver un poco lo que pasa por allí —dijo.

—¿Para qué? —respondió Kongre—. No sabemos a quién nos enfrentamos. Habría que estar en grupo, de diez o doce, y, por consiguiente, no dejar más que dos o tres hombres de guardia en la goleta. ¿Y quién sabe lo que ocurriría durante nuestra ausencia?...

—Es justo —convino Carcante—, y además, ¿qué ganaríamos con ello? ¡Que los que han disparado contra nosotros se vayan a ahorcar a otra parte! Lo importante es abandonar la isla, y lo más rápido posible.

—Pasado mañana por la mañana, estaremos en el mar —declaró Kongre claramente.

Había pues todas las probabilidades de que el aviso, que no debía llegar hasta dentro de algunos días, no fuera señalado antes de la partida.

Por lo demás, si Kongre y sus compañeros se hubieran transportado al cabo San Juan, no habrían encontrado rastro de Vásquez y de John Davis.

He aquí lo que había pasado:

Durante la tarde de la víspera, la proposición hecha por John Davis los ocupó a ambos hasta la noche. El lugar elegido para colocar allí la carronada fue el ángulo mismo del acantilado. Entre las rocas que atascaban aquel recodo, John Davis y Vásquez pudieron fácilmente establecer la cureña, tarea fácil en suma. Pero tuvieron gran dificultad en arrastrar el cañón hasta allí. Hubo que tirarlo sobre la arena de la playa, y luego atravesar un espacio erizado de cabezas de rocas, donde el arrastre ya no era posible. De ahí la necesidad de levantar la pieza con palancas, lo que exigió tiempo y fatiga.

Eran cerca de las seis, cuando la carronada fue colocada sobre su cureña de manera a poder ser apuntada sobre la entrada de la bahía.

John Davis procedió entonces a la carga e introdujo un fuerte cartucho de pólvora, que fue atacado con un taco de algas secas, por encima del cual fue colocada la bala. El oído de la pieza fue luego cebado. No había más que prenderle fuego en el momento deseado.

John Davis dijo entonces a Vásquez:

—He reflexionado bien sobre lo que conviene hacer. Lo que hace falta no es hundir la goleta. Todos esos bribones ganarían la orilla, y quizás no podríamos escaparles. Lo esencial es que su goleta se vea forzada a regresar al fondeadero, y a permanecer allí algún tiempo para reparar sus averías.

—Sin duda —hizo observar Vásquez—, pero un agujero de bala puede ser tapado en una mañana.

—No —respondió John Davis—, puesto que estarán obligados a desplazar la carga. Estimo que eso durará cuarenta y ocho horas, al menos, y ya estamos a 28 de febrero.

—Y si el aviso no llega hasta dentro de una semana —objetó Vásquez—. ¿No valdría más disparar a la arboladura que al casco?

—Evidentemente, Vásquez, una vez desarbolada de su palo de trinquete o de su palo mayor —y no veo apenas cómo podrían reemplazarlos— la goleta estaría retenida por mucho tiempo. Pero alcanzar un palo es más difícil que alcanzar un casco, y es preciso que nuestros proyectiles den en el blanco con seguridad.

—Sí —respondió Vásquez—, tanto más cuanto que, si estos miserables no salen más que con la marea de la tarde, lo que es probable, ya habrá poca luz. Haga pues lo mejor, Davis.

Estando todo preparado, Vásquez y su compañero no tuvieron más que esperar, y se apostaron al lado de la pieza, listos para disparar, tan pronto como la goleta pasara por el través.

Se sabe cuál fue el resultado de este cañoneo y en qué condiciones el *Carcante* tuvo que regresar a su fondeadero. John Davis y Vásquez no abandonaron el lugar antes de haberlo visto regresar al fondo de la bahía.

Y ahora, lo que les ordenaba la prudencia, era buscar un refugio en algún otro punto de la isla.

En efecto, así como dijo Vásquez, quizás al día siguiente Kongre y una parte de sus hombres vendrían al cabo San Juan. ¿Quizás querrían ponerse a perseguirlos?...

Su decisión fue rápidamente tomada. Abandonar la gruta, buscar a una o dos millas de allí un nuevo abrigo situado de tal manera que pudieran ver todo navío que llegara por el norte. Si el *Santa Fe* aparecía, le harían señales, después de haber regresado al cabo San Juan. El comandante Lafayate enviaría un bote, los recogería a bordo y sería informado de la situación —situación que sería finalmente resuelta, ya fuera que la goleta estuviera todavía retenida en la cala, ya fuera, —lo que era desgraciadamente posible,— que se hubiera hecho de nuevo a la mar.

«¡Quiera Dios que eso no ocurra!» se repetían John Davis y Vásquez.

En medio de la noche, ambos se pusieron en camino, llevando provisiones, sus armas, y su reserva de pólvora. Siguieron la orilla del mar durante unas seis millas aproximadamente, contorneando el puerto Saint-Jean. Después de algunas búsquedas, acabaron por descubrir, del otro lado de este golfo, una cavidad que bastaría para albergarlos hasta la llegada del aviso.

Por otra parte, si la goleta llegaba a salir, les sería factible regresar a la gruta.

Durante toda la jornada, Vásquez y John Davis permanecieron en observación. Todo el tiempo que subía la marea, sabían que la goleta no podía zarpar, y no se inquietaban. Pero, con la marea bajante, el temor los volvía a asaltar de que las reparaciones hubieran sido terminadas durante la noche. Kongre no retrasaría seguramente su partida, ni siquiera una hora, tan pronto como la partida fuera posible. ¿No debía temer ver aparecer al *Santa Fe*, tanto como John Davis y Vásquez lo llamaban con todos sus deseos?

Al mismo tiempo, estos vigilaban el litoral. Pero ni Kongre, ni ninguno de sus compañeros se mostraron por allí.

En efecto, como se sabe, Kongre había decidido no perder su tiempo en búsquedas que habrían sido verosímelmente inútiles. Activar el trabajo, terminar las reparaciones en el más breve plazo, era lo que mejor podía hacer y es lo que hacía. Así como lo había dicho el carpintero Vargas, la pieza de

madera fue colocada por la tarde entre el almacón. Al día siguiente, los tapones serían preparados y ajustados tal como lo había prometido.

Vásquez y John Davis no tuvieron pues ninguna alerta durante esta jornada del 1 de marzo. ¡Pero cuán larga les pareció!

Por la noche, después de haber vigilado la salida de la goleta, y cuando tuvieron la certeza de que no había abandonado su fondeadero, vinieron a acurrucarse en la cavidad, donde el sueño les procuró un reposo del que tenían gran necesidad.

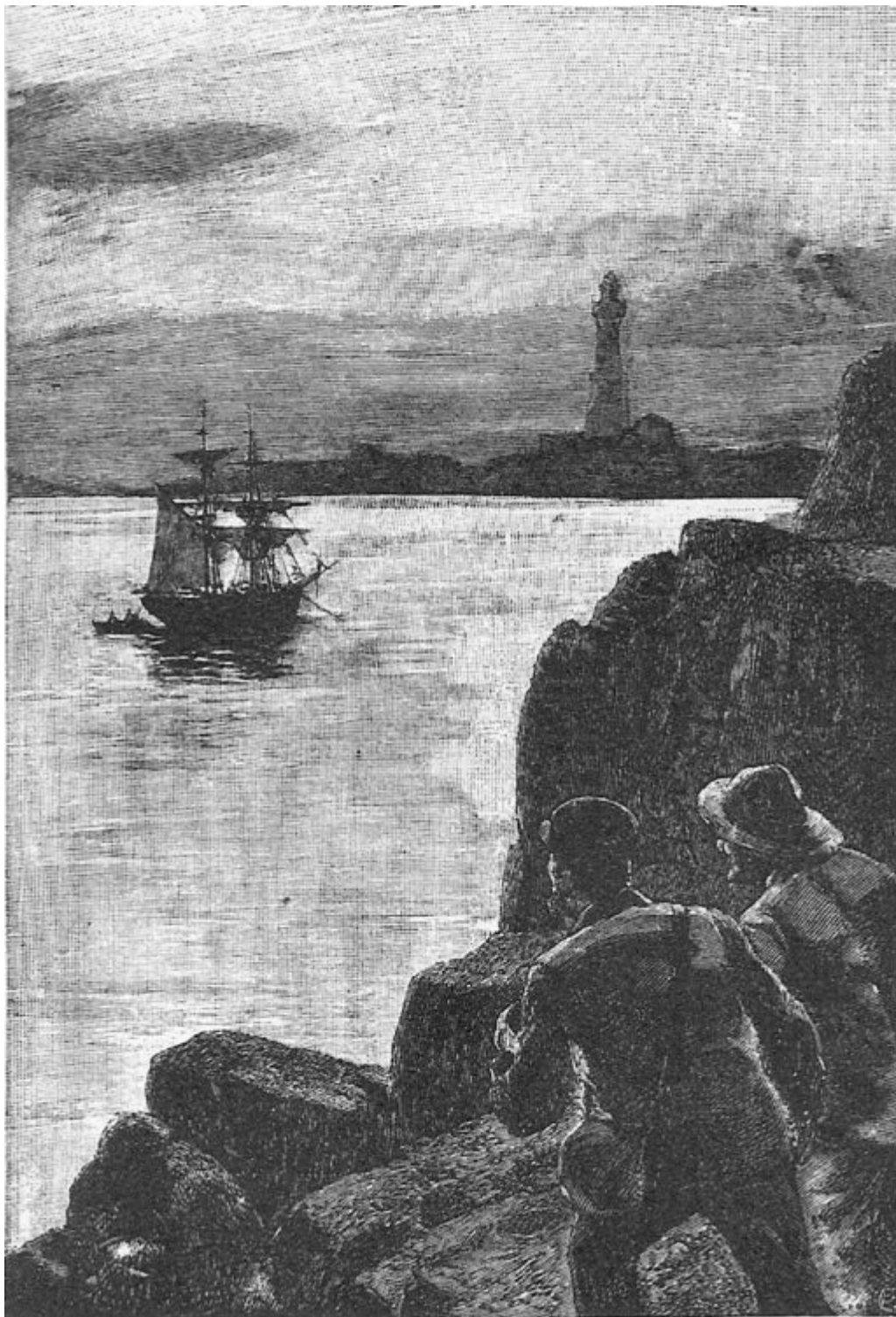
Al día siguiente, estaban en pie desde el alba.

Sus primeras miradas fueron dirigidas hacia el mar.

Ningún navío a la vista. El *Santa Fe* no aparecía y ninguna humareda se mostraba en el horizonte.

¿Iba la goleta a hacerse a la mar con la marea de la mañana? La marea bajante acababa de establecerse. Si la aprovechaba, habría doblado el cabo San Juan en una hora...

En cuanto a reanudar la tentativa de la víspera, John Davis no podía ni pensarlo, Kongre estaría sobre aviso. Pasaría fuera de alcance, y las balas no alcanzarían la goleta.



La goleta estaba allí, flotando en la cala.

Se comprende a qué impacencias, a qué inquietudes fueron presas John Davis y Vásquez hasta el final de esta marea. Finalmente, hacia las siete, el

flujo se hizo sentir. En adelante, Kongre no podría ya zarpar más que en la próxima marea de la tarde.

El tiempo era bueno, el viento, que había rolado, se mantenía en la parte del nordeste. El mar ya no se resentía de la última tempestad. El sol brillaba entre ligeras nubes muy elevadas que no alcanzaba la brisa.

Otra interminable jornada para Vásquez y John Davis. No más que la víspera tuvieron alerta alguna. La banda no había abandonado la cala. Que uno de los piratas se alejara de ella por la mañana o por la tarde parecía muy improbable.

—Eso prueba que estos bribones están completamente en su tarea —dijo Vásquez. —¡Sí! se apresuran —respondió John Davis—. Pronto, esos agujeros de bala estarán tapados. Nada los retendrá ya. —Y quizás... esta noche... aunque la marea sea tarde —añadió Vásquez—. ¡Es verdad, esta bahía, la conocen! No necesitan una luz para iluminarla. La remontaron la noche pasada... Si la descenden la noche próxima, su goleta se los llevará... ¡Qué desgracia —concluyó con desesperación—, que usted no la haya desarbolado! —¡Qué quiere usted, Vásquez —respondió Davis—, hemos hecho todo lo que podíamos!... ¡A Dios hacer el resto! —Lo ayudaremos —dijo entre dientes Vásquez, que pareció tomar de repente una enérgica resolución.

John Davis permanecía pensativo, iba y venía por la playa, los ojos vueltos hacia el norte. Nada en el horizonte... ¡nada!

De repente, se detuvo. Volvió junto a su compañero, y le dijo:

—Vásquez... ¿y si fuéramos a ver lo que hacen allá? —¿Al fondo de la bahía, Davis? —Sí... reconoceríamos si la goleta está en estado... si se prepara a partir... —¿Y de qué nos servirá?... —¡Para saber, Vásquez! —exclamó John Davis—. Hiervo de impaciencia. Ya no puedo más... ¡Es más fuerte que yo!

Y, verdaderamente, el segundo del *Century* ya no era dueño de sí.

—Vásquez —prosiguió—, ¿cuánto hay de aquí al faro? —Tres millas como máximo, pasando por encima de las colinas y yendo en línea recta hasta el fondo de la bahía. —Bueno, iré, Vásquez... partiré hacia las cuatro... llegaré antes de las seis... me deslizaré tan lejos como me sea posible. Será todavía de día... pero no me verán... ¡y yo... veré!

Habría sido inútil tratar de disuadir a John Davis. Vásquez por otra parte no lo intentó, y, cuando su compañero le dijo:

—Usted se quedará aquí. Vigilará el mar... Habré regresado por la tarde... Iré solo...

Respondió, como hombre que tiene su plan:

—Lo acompañaré, Davis. No me disgustaría, a mí tampoco, ir a dar una vuelta por el lado del faro.

Estaba decidido, se haría.

Durante las algunas horas que debían transcurrir antes del momento de la partida, Vásquez, dejando a su compañero solo en la playa, se aisló en la cavidad que les había servido de refugio y se entregó a tareas misteriosas. El segundo del *Century* lo sorprendió una vez afilando cuidadosamente su ancho cuchillo sobre una esquirla de roca, otra vez, mientras rasgaba una camisa en tiras que trenzaba luego a manera de cuerda floja.

A las preguntas que le fueron hechas, Vásquez respondió evasivamente, asegurando que se explicaría más claramente llegada la noche. John Davis no insistió.

A las cuatro, después de haber comido una galleta y un trozo de *corn-beef*, ambos, armados con sus revólveres, se pusieron en camino.

Un estrecho barranco les facilitó la subida de las colinas cuya cresta alcanzaron sin demasiada dificultad.

Delante de ellos se extendía una ancha meseta árida, donde crecían solamente algunas matas de agracejos. Ni un solo árbol hasta donde la vista podía alcanzar. Algunos pájaros marinos chillones y ensordecedores volaban en bandadas, huyendo hacia el sur.

En cuanto a la dirección a seguir para ganar el fondo de la bahía de Elgor, estaba claramente indicada.

—Allí —dijo Vásquez.

Y, con la mano, mostraba el faro que se alzaba a menos de dos millas.

—¡Marchemos! —respondió John Davis.

Ambos iban a paso rápido. Si tenían que tomar algunas precauciones, sería en las proximidades de la cala.

No fue hasta después de media hora de marcha que se detuvieron, jadeantes. Pero no sentían su fatiga.

Quedaba todavía media milla por franquear. La prudencia se volvía necesaria, en caso de que Kongre o uno de sus hombres hubiera estado en observación en la galería del faro. A esta distancia, podían ser vistos.

Con este tiempo muy claro, la galería era perfectamente visible. Nadie se encontraba allí en ese momento, pero quizás Carcante o cualquier otro se mantenía entonces en la cámara de guardia, desde donde, por las estrechas ventanas orientadas a todos los puntos cardinales, la mirada abarcaba la isla sobre una vasta extensión.

John Davis y Vásquez se deslizaron entre las rocas, esparcidas aquí y allá en un desorden caótico. Pasaban de una a otra, ocultándose, reptando a veces para atravesar un espacio descubierto. Su marcha fue considerablemente retrasada durante esta última parte del camino.

Eran cerca de las seis cuando alcanzaron el último resalte de las colinas que enmarcaban la cala. Clavaron sus miradas por debajo de ellos.

Que pudieran ser vistos, no era posible, a menos que uno de los hombres de la banda viniera a subir la colina. Incluso desde lo alto del faro, no habrían sido visibles, en medio de las rocas con las que se confundían.

La goleta estaba allí, flotando en la cala, sus palos y sus vergas listos, sus aparejos en buen estado. La tripulación estaba ocupada en volver a meter en la bodega la parte de la carga que había tenido que ser depositada en cubierta durante las reparaciones. El bote se mecía al extremo de su amarra a popa, y, puesto que ya no estaba contra el costado de babor, es que el trabajo había terminado, es que los agujeros de bala estaban tapados.

—Están listos —murmuró John Davis, comprimiendo su cólera a punto de estallar. —¿Quién sabe si no van a zarpar antes de la marea, dentro de dos o tres horas? —¡Y no poder nada... nada! —repetía John Davis.

En efecto, el carpintero Vargas había cumplido su palabra. La tarea había sido rápida y convenientemente ejecutada. Ya no quedaba rastro de la

avería. Estos dos días habían bastado. La carga vuelta a colocar, las escotillas cerradas, el *Carcante* iba a estar en estado de partir de nuevo.

Sin embargo, el tiempo transcurrió; el sol descendió, desapareció; la noche se hizo, sin que nada permitiera creer en una próxima partida de la goleta. Desde su refugio, Vásquez y John Davis escuchaban los ruidos que subían hasta ellos desde la bahía. Eran risas, gritos, juramentos, el chirrido de los bultos arrastrados sobre la cubierta. Hacia las diez, oyeron netamente el ruido de una escotilla que se cerraba. Luego, fue el silencio.

Davis y Vásquez esperaron, el corazón encogido. Sin duda, terminado el trabajo, era el momento de la partida... No, la goleta se balanceaba siempre al fondo de la cala, el ancla siempre en el fondo, las velas siempre sobre sus cargaderas.

Pasó una hora. El segundo del *Century* agarró la mano de Vásquez:

—La marea cambia —dijo—. He aquí el flujo. —¡No partirán! —Hoy. ¿Pero mañana?... —Ni mañana, ni nunca —afirmó Vásquez—. Venga —añadió saliendo de la anfractuosidad donde habían permanecido emboscados.

Davis, muy intrigado, siguió a Vásquez, que avanzaba prudentemente hacia el faro. En pocos instantes, estuvieron al pie del montículo que servía de pedestal a la torre. Llegado allí, Vásquez, después de una corta búsqueda, desplazó una roca que hizo pivotar sin demasiado esfuerzo.

—Deslícese ahí dentro —dijo a Davis, designándole con la mano el debajo de la roca—. He aquí un escondite que descubrí por azar mientras estaba en el faro. No sospechaba entonces que me serviría un día. No es una caverna. Es un simple agujero en el que apenas podremos caber los dos. Pero se podría pasar mil veces delante de nuestra puerta sin adivinar que la casa está habitada.

Davis, obedeciendo a la invitación, se dejó deslizar en la cavidad, donde lo alcanzó inmediatamente Vásquez. Apretados uno contra otro al punto de no poder moverse, se hablaban boca a boca, a media voz.

—He aquí mi plan —dijo Vásquez—. Va a esperarme aquí. —¿Esperarle? —repitió Davis. —Sí; yo, voy a la goleta. —A la goleta —repitió todavía Davis estupefacto. —He resuelto que los bribones no partirán —declaró firmemente Vásquez.

Sacó de su chaquetón dos paquetes y un cuchillo.

—He aquí un cartucho que he hecho con nuestra pólvora y un trozo de camisa. Con otro trozo de camisa y el resto de pólvora, he fabricado una mecha, hela aquí. Pongo todo sobre mi cabeza y voy hasta la goleta a nado. Me alzo a lo largo del timón, y, con este cuchillo, cavo un agujero bajo la bóveda, entre el timón y el codaste. En este agujero, coloco mi cartucho, enciendo la mecha y regreso. Tal es mi proyecto, que nada en el mundo me impedirá cumplir. — ¡Es maravilloso! — exclamó John Davis entusiasmado —. Pero no le dejaré correr solo tal peligro. Lo acompañaré. — ¿Para qué? — replicó Vásquez —. Un hombre pasa mejor, cuando está solo, y un hombre basta para lo que quiero hacer.

Por más que Davis insistió, Vásquez permaneció inflexible. La idea era suya, y entendía ponerla en ejecución solo. A regañadientes, Davis tuvo que ceder.

En el momento más oscuro de la noche, Vásquez, después de haberse despojado de sus ropas, reptó fuera del agujero y comenzó a descender la pendiente de la colina. Llegado al mar, se metió en el agua y nadó con un brazo vigoroso hacia la goleta, que se balanceaba suavemente a un cable de la orilla.

A medida que se acercaba, la masa del buque se hacía más negra y más imponente. Nada se movía a bordo. Se vigilaba sin embargo. Pronto el nadador vio netamente la silueta del hombre de guardia. Sentado en el castillo de proa, las piernas colgando sobre el agua, el marinero silbaba una canción marina cuyas notas se desgranaban, claras en el silencio de la noche.

Vásquez describió una curva, y, acercándose al navío por la popa, se volvió invisible en la sombra más opaca proyectada por la bóveda. El timón se redondeaba por encima de él. Agarró con ambas manos la superficie resbaladiza, y, a costa de esfuerzos sobrehumanos, logró elevarse, agarrándose a los herrajes. Habiendo logrado ponerse a horcajadas sobre la cima de la pala, la apretó entre sus rodillas, como un jinete habría apretado su montura. Sus manos así vueltas libres, pudo tomar el saco fijado sobre la cima de su cabeza, y, reteniéndolo entre los dientes, explorar su contenido. El cuchillo que sacó de él comenzó enseguida su obra. Poco a poco, el agujero que cavaba entre la pala y el codaste se volvió más ancho y más profundo. Después

de una hora de trabajo, la hoja del cuchillo salió por el otro lado. En este agujero vuelto bastante grande, Vásquez deslizó el cartucho preparado, le adaptó la mecha, luego buscó su mechero al fondo del saco.

En ese momento, sus rodillas cansadas aflojaron un cuarto de segundo su presión. Se sintió deslizar, y, deslizarse, era el irremediable fracaso de su tentativa. Su mechero una vez mojado, ya no le daría fuego. En el movimiento involuntario que hizo para recuperar su equilibrio, el saco osciló, y su cuchillo, que, la obra cumplida, había vuelto a meter allí, se escapó de él y cayó, haciendo salpicar el agua en ruidosas gotitas.

La canción del hombre de guardia había cesado bruscamente. Vásquez lo oyó descender del castillo, caminar sobre la cubierta, subir a la toldilla. Vio su sombra dibujarse en la superficie del mar. El marinero, inclinado sobre el coronamiento, buscaba sin duda discernir la causa del ruido insólito que había atraído su atención. Largo tiempo, permaneció así, mientras que Vásquez, las piernas rígidas, las uñas crispadas sobre la madera resbaladiza, sentía poco a poco que la fuerza le faltaba.

Finalmente, tranquilizado por el silencio, el marinero se alejó, y, regresando a proa, reanudó su canción.

Vásquez retiró el mechero del saco y golpeó el sílex a pequeños golpes. Algunas chispas saltaron. La mecha, encendida, comenzó a crepitar solapadamente.

Rápidamente, Vásquez, dejándose deslizar a lo largo del timón, entró de nuevo en el agua, y, a largas brazadas silenciosas, huyó hacia tierra.

En el escondite, donde había permanecido solo, el tiempo parecía interminable a John Davis. Media hora, tres cuartos de hora, una hora transcurrieron. Davis, no pudiendo más, salió del agujero reptando y miró ansiosamente hacia el mar. ¿Qué podía haberle ocurrido a Vásquez? ¿Había fracasado su tentativa? En todo caso, no debía haber sido descubierto, puesto que no se oía ningún ruido.

De repente, repercutida por el eco de la colina, una explosión sorda estalló en la calma de la noche, explosión inmediatamente seguida de un ensordecedor concierto de pisoteos y de gritos. Algunos instantes más tarde, un hombre, todo sucio de agua y de lodo, llegaba corriendo, empujaba a Davis,

se deslizaba junto a él al fondo del escondite, y hacía volver a caer el bloque que disimulaba la entrada.

Casi enseguida una tropa de hombres pasó gritando. Los gruesos zapatos golpeando con gran ruido las rocas no lograban cubrir sus voces.

— ¡Ánimo! —decía uno—. Lo tenemos. —Lo he visto como te veo a ti —decía otro—. Está solo. —No lleva cien metros de ventaja. — ¡Ah! ¡el canalla! Lo tendremos.

El ruido decreció, se extinguió.

— ¿Está hecho? —preguntó Davis a media voz. — Sí —dijo Vásquez. — ¿Y piensa usted haber tenido éxito? —Lo espero —respondió Vásquez.

Al alba, un estruendo de martillos hizo desaparecer toda incertidumbre. Puesto que se trabajaba así a bordo de la goleta, es que tenía averías, y que la tentativa de Vásquez había tenido éxito. Pero, cuál era la importancia de estas averías, he aquí lo que ni uno ni otro podía saber.

« ¡Quieran ellas ser lo bastante graves para retenerlos un mes en la bahía! » exclamó Davis, olvidando que, en ese caso, su compañero y él habrían muerto de hambre al fondo de su refugio.

« ¡Silencio! » murmuró Vásquez, agarrándole la mano.

Una nueva tropa se acercaba, silenciosa esta. Quizás la misma regresando de su caza infructuosa. En todo caso, los hombres que la componían no pronunciaban una palabra.

No se percibía más que el ruido de los talones martilleando el suelo.

Toda la mañana, Vásquez y Davis oyeron así pisotear a su alrededor. Bandas pasaban, lanzadas en persecución del inasible asaltante. Sin embargo, a medida que las horas transcurrían, esta persecución pareció ralentizarse. Desde hacía mucho tiempo ya, nada había vuelto a turbar el silencio circundante, cuando, hacia mediodía, tres o cuatro hombres se detuvieron a dos pasos del agujero en el que Davis y Vásquez estaban acurrucados.

— ¡Decididamente, es inencontrable! —dijo uno de ellos, sentándose sobre la misma roca que obstruía el orificio. — Mejor renunciar a ello —afirmó otro—. Los camaradas ya han regresado a bordo. — Y vamos a hacer

como ellos. Tanto más cuanto que, después de todo, el bribón ha fallado su golpe.

Invisibles, Vásquez y Davis se estremecieron, y prestaron oído con más atención todavía.

—Sí —aprobó un cuarto interlocutor—. ¡Mirad eso, que quería hacer saltar el timón! —¡El alma y el corazón de un buque, vamos! —¡Vaya cosa, como dice el otro, que eso nos habría hecho! —Afortunadamente su cartucho ha estallado a babor y a estribor. El mal se reduce a un agujero en la bóveda y a un herraje arrancado. En cuanto a la mecha del timón, apenas si la madera ha sido chamuscada. —Todo estará reparado hoy —prosiguió el primero que había hablado—. ¡Y esta noche, antes del flujo, vira al molinete, muchachos! ¡Después de eso, que el otro reviente de hambre, si le apetece! —¡Bueno, López! ¿estás bastante descansado? —interrumpió brutalmente una voz ruda—. ¿Para qué tanto parlotear? Volvamos. —¡Volvamos! —dijeron los otros tres, poniéndose de nuevo en marcha.

En el escondite donde estaban enterrados, Vásquez y Davis, aplastados por lo que acababan de oír, se miraban en silencio. Dos gruesas lágrimas hincharon los ojos de Vásquez, se deslizaron de sus pestañas, sin que el rudo marino se preocupara de ocultar este testimonio de su impotente desesperación. He aquí pues a qué resultado irrisorio había llegado su heroica tentativa. Doce horas de retraso suplementario, a eso se reducía el daño sufrido por la banda de piratas. ¡Esa misma noche, sus averías reparadas, la goleta se alejaría sobre el vasto mar y desaparecería en el horizonte!

El ruido de los martillos que subía de la orilla probaba que Kongre hacía trabajar con ardor para poner el *Carcante* en estado. Hacia las cinco y cuarto, para gran desesperación de Vásquez y de Davis, este ruido cesó bruscamente. Comprendieron que el último golpe de martillo había terminado el trabajo. Algunos minutos más tarde, el chirrido de la cadena raspando el escobén confirmó esta hipótesis. Kongre ponía el ancla a pique. El instante de la partida se acercaba.

Vásquez no pudo más. Haciendo pivotar la roca, arriesgó prudentemente una mirada al exterior.

Hacia el oeste, el sol declinante alcanzaba la cima de las montañas que limitaban la vista de este lado. En esta fecha, próxima al equinoccio de

otoño, una hora no transcurriría antes de que se hubiera puesto.

En el lado opuesto, la goleta estaba todavía anclada al fondo de la cala. No existía ningún rastro visible de sus recientes averías. Todo parecía en regla a bordo. La cadena, vertical como lo había supuesto Vásquez, mostraba que un último esfuerzo bastaría para hacer garrear el ancla en el momento deseado.

Este, olvidando toda prudencia, había sacado la mitad del cuerpo fuera del agujero. Davis, detrás de él, se apretaba contra su hombro. Ambos, jadeantes, miraban.

La mayoría de los piratas ya habían regresado a bordo. Algunos, sin embargo, estaban todavía en tierra. Entre estos, Vásquez reconoció perfectamente a Kongre, que, en el recinto del faro, daba cien pasos con Carcante.

Cinco minutos más tarde, se separaron, y Carcante se dirigió hacia la puerta del anexo.

—Tengamos cuidado —dijo Vásquez a media voz—. Va sin duda a subir al faro.

Ambos se dejaron deslizar al fondo de su escondite.

En efecto, Carcante hacía una última vez la ascensión del faro. La goleta iba a partir en un instante. Quería todavía observar el horizonte, y ver si algún buque no aparecía a la vista de la isla.

Por otra parte, la noche sería calma, el viento había amainado con la tarde, y eso prometía un buen tiempo a la salida del sol.

Cuando Carcante hubo alcanzado la galería, John Davis y Vásquez lo vieron muy distintamente. Daba la vuelta a ella, paseando su catalejo hacia todos los puntos del horizonte.

De repente, un verdadero aullido se escapó de su boca. Kongre y los otros habían levantado la cabeza hacia él. Con una voz que fue oída por todos, Carcante gritaba:

—¡El aviso... el aviso!

XIV - EL AVISO «SANTA FE».

¿Cómo pintar la agitación de la que el fondo de la bahía fue entonces escenario?... Aquel grito: «¡el aviso... el aviso!» había caído como un golpe de rayo, como una sentencia de muerte sobre la cabeza de estos miserables. ¡El Santa Fe, era la justicia que llegaba a la isla, era el castigo de tantos crímenes, al que ya no podrían escapar!

Pero ¿no se había equivocado Carcante? ¿Este navío que se acercaba era realmente el aviso de la marina argentina? ¿Este buque se dirigía a la bahía de Elgor? ¿No se dirigía simplemente hacia el estrecho de Le Maire o hacia la punta Several para pasar al sur de la isla?

Tan pronto como Kongre hubo oído el grito de Carcante, subió corriendo a la cima del montículo, se precipitó en la escalera del faro, alcanzó la galería en menos de cinco minutos.

—¿Dónde está ese navío? —preguntó.

—Allí... en el nornoroeste.

—¿A qué distancia todavía?

—Diez millas aproximadamente.

—¿No puede pues estar a la entrada de la bahía antes de la noche?

—No.

Kongre había tomado el catalejo. Observó el buque con una extrema atención, sin pronunciar una palabra.

Era cierto que se trataba de un vapor. Se distinguía su humareda escapando en espirales espesas, lo que mostraba que avivaba activamente sus fuegos.

Y, que este vapor fuera precisamente el aviso, ni Kongre ni Carcante podían dudarlo. Muchas veces habían visto el navío argentino durante los trabajos de construcción, cuando recalaba o cuando abandonaba la Isla de los Estados. Por otra parte, este vapor se dirigía directamente a la bahía. Si la intención de su capitán hubiera sido entrar en el estrecho de Le Maire, habría tenido el rumbo más al oeste, y más al sur si hubiera querido pasar mar adentro de la punta Several.

—Sí —dijo al fin Kongre—, ¡es el aviso!

—¡Maldita mala suerte, que nos ha retenido hasta aquí! —exclamó Carcante—. Sin estos bribones, que nos han detenido dos veces, ya estaríamos en pleno Pacífico.

—Todo eso, no sirve de nada decirlo —replicó Kongre—. Hay que tomar una decisión.

—¿Cuál?

—Zarpar.

—¿Cuándo?

—Inmediatamente.

—Pero, antes de que estemos lejos, el aviso estará por el través de la bahía...

—Sí... pero se quedará fuera.

—¿Y por qué?

—Porque no podrá marcar la luz del faro, y no se arriesgará a remontar hacia la cala en medio de la oscuridad.

Este razonamiento muy justo que hacía Kongre, John Davis y Vásquez lo hacían también. No querían abandonar el lugar mientras pudieran ser vistos desde lo alto de la galería. En su estrecho escondite, expresaban precisamente el mismo pensamiento que el jefe de los piratas. El faro ya debería haber sido encendido, puesto que el sol acababa de desaparecer. Al no ver

su luz, aunque muy probablemente tuviera conocimiento de la isla, ¿no dudaría el comandante Lafayate en continuar su ruta?... No pudiendo explicarse esta extinción, ¿no se quedaría toda la noche cruzando mar adentro?... Diez veces ya, a decir verdad, había entrado en la bahía de Elgor, pero de día solamente, y, no teniendo ya el faro para darle la ruta, no se aventuraría ciertamente a través de esta sombría bahía. Por otra parte, debería pensar que la isla había sido escenario de graves acontecimientos, puesto que los guardianes no estaban en su puesto.

—Pero —dijo entonces Vásquez—, si el comandante no ha visto la tierra, y si continúa marchando con la esperanza de ver la luz, ¿no puede ocurrirle lo que le ocurrió al *Century*? ¿No puede venir a perderse sobre los arrecifes del cabo San Juan?

John Davis no respondió más que con un gesto evasivo. No era más que demasiado cierto, la eventualidad de la que hablaba Vásquez podía producirse. Sin duda el viento no soplabla en tempestad y el *Santa Fe* no se encontraba en la situación del *Century*. Pero, en fin, una catástrofe era posible, en un apuro.

—Corramos al litoral —prosiguió Vásquez—. En dos horas, alcanzaremos el cabo. Quizás todavía haya tiempo de encender un fuego para señalar la tierra.

—No —respondió John Davis—, sería demasiado tarde. Antes de una hora quizás el aviso se mostrará a la entrada de la bahía.

—¿Qué hacer entonces?

—¡Esperar! —respondió John Davis.

Eran más de las seis, y el crepúsculo comenzaba a envolver la isla.

Sin embargo, los preparativos de partida eran conducidos con la mayor actividad a bordo del *Carcante*. Kongre quería zarpar a toda costa. Devorado por la inquietud, había resuelto abandonar inmediatamente su fondeadero. Si no lo hacía hasta la marea de la mañana, se exponía a encontrar al aviso. Al ver salir este navío, el comandante Lafayate no lo dejaría pasar. Le daría orden de ponerse al paio, interrogaría a su capitán. Ciertamente, querría saber por qué el faro no había sido encendido. La presencia del *Carcante* le parecería con razón sospechosa. Cuando la goleta estuviera detenida, iría a bordo, haría venir a Kongre, inspeccionaría a su tripulación,

y, solo por la catadura de estos hombres, concebiría las más legítimas sospechas. Obligaría al buque a virar de bordo, a seguirlo y lo retendría en la cala hasta más amplia información.

Entonces, cuando el comandante del *Santa Fe* no reencontrara a los tres guardianes del faro, no podría explicar su ausencia más que por un atentado del que habrían sido víctimas. Y, ¿no se vería llevado a creer que los autores de este atentado debían ser la gente de este navío que buscaba escapar?

Finalmente, otra complicación se produciría quizás.

Puesto que Kongre y su banda habían visto el *Santa Fe* mar adentro de la isla, ¿no era probable, cierto incluso, que lo hubieran visto también, aquellos que, por dos veces, acababan de atacar al *Carcante* en el momento en que iba a salir de la bahía? Estos enemigos desconocidos habrían seguido todos los movimientos del aviso, estarían allí a su llegada a la cala, y, si, entre ellos, como había motivo para pensar, se encontraba el tercer guardián, Kongre y los suyos ya no podrían escapar al castigo de sus crímenes.

Kongre había entrevisto todas estas eventualidades y sus consecuencias. De ahí la decisión, la única a tomar, a la que se había aferrado: zarpar inmediatamente, y, puesto que el viento, que soplaba del norte, era favorable, aprovechar la noche para ganar alta mar, forzando vela. Entonces la goleta tendría el Océano ante ella. Podía ocurrir que el aviso, en la imposibilidad de marcar el faro, y no queriendo acercarse a la tierra en medio de las tinieblas, estuviera, en ese momento, bastante alejado de la Isla de los Estados. Si fuera necesario, para mayor prudencia todavía, en lugar de dirigirse hacia el estrecho de Le Maire, Kongre pondría rumbo al sur, iría a doblar la punta Several, y se escabulliría detrás de la costa meridional. Así apresuraba la partida.



Se aferraron a los montantes...

John Davis y Vásquez, comprendiendo el plan de los piratas, se preguntaban cómo podrían impedirle tener éxito, y, desesperados, ¡sentían toda su impotencia!

Hacia las siete y media, Carcante llamó a los pocos hombres todavía en tierra. Tan pronto como la tripulación estuvo al completo a bordo, se izó el bote, y Kongre ordenó levar el ancla.

John Davis y Vásquez oyeron el ruido regular del lingüete, mientras la cadena entraba bajo la acción del molinete.

Al cabo de cinco minutos, el ancla estaba vuelta a levar al pescante. Enseguida la goleta comenzó su evolución. Llevaba todo el trapo, velas bajas y altas, de manera a no perder nada de la brisa que amainaba. Lentamente, salió de la cala, y, para recibir mejor el viento, se mantuvo en medio de la bahía.

Pero, pronto, la navegación se volvió muy difícil. Estando el mar casi bajo, la goleta no era ayudada por la corriente, y, a este rumbo, con tres cuartos de largo, apenas ganaba terreno. No ganaría ya nada en absoluto, y quizás incluso perdería, cuando, en dos horas, el flujo se estableciera. Poniendo las cosas en el mejor de los casos, no estaría antes de medianoche a la altura del cabo San Juan.

Poco importaba por otra parte. Desde el momento en que el *Santa Fe* no entraba en la bahía, Kongre no corría riesgo de ser encontrado. Aunque tuviera que esperar la marea siguiente, ninguna duda de que estaría fuera al amanecer.

La tripulación no descuidaba nada para apresurar la marcha del *Carcante*, pero estaba desarmada contra el peligro muy real que venía de la deriva. Poco a poco, el viento empujaba el navío hacia la orilla sur de la bahía de Elgor. Esta orilla, que Kongre conocía mal, la sabía sin embargo muy peligrosa con el largo sembrado de rocas que la bordeaban. Una hora después de la partida, se creyó incluso tan cerca que le pareció prudente virar de bordo a fin de apartarse de ella.

No sería sin dificultad que este cambio de amuras podría ejecutarse, con esta brisa que caía cada vez más con la noche.

Sin embargo, la maniobra era urgente. La caña abajo, las escotas fueron cazadas a popa, mientras se largaban las de proa. Pero, a falta de velocidad, la goleta no logró orzar, y continuó derivando hacia la costa.

Kongre comprendió el peligro. Un solo medio le quedaba. Lo empleó. El bote fue arriado, seis hombres descendieron a él con una estacha, y, a fuerza

de remos, lograron hacer evolucionar la goleta, que tomó las amuras a estribor. Un cuarto de hora después, pudo reanudar su dirección primera sin temor de ser arrojada sobre los arrecifes del sur.

Desgraciadamente, ya no se sentía ni un soplo de viento; las velas batían contra los palos. El bote habría en vano intentado remolcar el *Carcante* hasta la entrada de la bahía. Todo lo que habría podido hacer, habría sido aguantar el flujo, que comenzaba a hacerse sentir. En cuanto a remontarlo, no había que pensar en ello. ¿Iba a verse obligado Kongre a fondear en aquel lugar, a menos de dos millas de la cala?

Después de la partida, John Davis y Vásquez se habían levantado, y, descendidos casi hasta el mar, habían seguido los movimientos de la goleta. Habiendo caído completamente la brisa, comprendieron que Kongre se vería forzado a detenerse y a esperar la próxima marea bajante. Pero siempre tendría tiempo, antes del regreso del alba, de alcanzar la entrada de la bahía, y le quedaban grandes probabilidades de partir sin ser visto.

— ¡No! ¡lo tenemos! — exclamó de repente Vásquez.

— ¿Y cómo? — preguntó John Davis.

— ¡Venga... Venga!

Vásquez arrastró rápidamente a su compañero en la dirección del faro.

En su opinión, el *Santa Fe* debía estar cruzando delante de la isla. Podía incluso estar muy cerca, lo que, después de todo, no presentaba un gran peligro con aquel mar en calma. Ninguna duda de que el comandante Lafayate, muy sorprendido por la extinción del faro, estuviera allí a poco vapor, esperando la salida del sol.

Es bien también lo que pensaba Kongre; pero este se decía igualmente que tenía las mayores probabilidades de despistar al aviso. Tan pronto como la marea bajante devolviera las aguas de la bahía hacia el mar, incluso sin necesidad del viento, el *Carcante* reanudaría su marcha, y, en menos de una hora, habría ganado alta mar.

Una vez fuera, Kongre no se alejaría hacia alta mar. Le bastaría una de esas débiles ráfagas, que no pueden faltar de vez en cuando, incluso en las noches más tranquilas, y la corriente llevando al sur, para bordear impunemente la costa, en medio de esta noche muy oscura. Tan pronto como hu-

biera doblado la punta Several, distante como máximo siete u ocho millas, la goleta estaría al abrigo de los acantilados, y ya no tendría nada que temer. El único peligro era ser visto por los vigías del *Santa Fe*, si se mantenía por debajo de la bahía, y no a la altura del cabo San Juan. Ciertamente, el comandante Lafayate, si el *Carcante* era señalado a su salida de la bahía, no lo dejaría alejarse, aunque solo fuera para interrogar a su capitán sobre el faro. Con la ayuda del vapor, habría alcanzado al buque fugitivo antes de que este hubiera desaparecido detrás de las alturas del sur.

Eran entonces más de las nueve. Kongre tuvo que resignarse a fondear para aguantar la marea, esperando el momento en que la marea bajante se hiciera sentir. Pero faltaban cerca de seis horas. No es antes de las tres de la mañana que la corriente le volvería a ser favorable. La goleta aguantó el flujo, su proa vuelta hacia alta mar. El bote había sido vuelto a izar. Kongre, llegado el momento, no perdería un minuto para ponerse de nuevo en marcha.

De repente la tripulación lanzó un grito que se habría podido oír desde las dos orillas de la bahía.

Un largo trazo de luz acababa de perforar las tinieblas. La luz del faro brillaba en todo su esplendor, iluminando el mar mar adentro de la isla.

—¡Ah! ¡los bribones! ¡Están ahí! —exclamó Carcante.

—¡A tierra! —ordenó Kongre.



LA LUZ DEL FARO BRILLABA CON TODO SU ESPLENDOR.

En efecto, para escapar al apremiante peligro que lo amenazaba, no le quedaba más que esta decisión que tomar: desembarcar, no dejando más que un pequeño número de hombres a bordo de la goleta, correr hacia el

recinto, penetrar en el anexo, subir la escalera de la torre, alcanzar la cámara de guardia, arrojar sobre ese guardián, sobre sus compañeros, si los tenía, deshacerse de ellos y apagar el faro. Si el aviso se había puesto en marcha para entrar en la bahía, se detendría seguramente... Si se encontraba ya en ella, intentaría salir, no teniendo ya luz para guiarlo hasta la cala. En el peor de los casos, fondearía esperando el día.

Kongre hizo arriar el bote. Carcante y doce de los hombres tomaron plaza en él con él, armados de fusiles, de revólveres, de cuchilladas. En un minuto hubieron atracado en la orilla, y se precipitaron hacia el recinto, del que no estaban alejados más que una milla y media.

Este trayecto se hizo en un cuarto de hora. No se habían separado los unos de los otros. Toda la banda, menos los dos hombres dejados a bordo, se encontraba reunida al pie del rellano.

Sí... John Davis y Vásquez estaban allí. A la carrera, sin tomar ninguna precaución, puesto que sabían bien que no podrían encontrar a nadie, habían subido el montículo y penetrado en el recinto. Lo que quería Vásquez era volver a encender el faro, a fin de que el aviso pudiera ganar la cala sin esperar al día. Lo que temía — ¡y qué temores lo devoraban! — era que Kongre hubiera destruido las lentes, roto las lámparas y que el aparato ya no estuviera en estado de funcionar. Entonces la goleta, según toda probabilidad, huiría sin haber sido vista por el *Santa Fe*.

Ambos se lanzaron hacia el alojamiento, se introdujeron en el pasillo, empujaron la puerta de la escalera que cerraron detrás de ellos y de la que echaron todos los cerrojos, subieron los escalones, y alcanzaron la cámara de guardia...

La linterna estaba en buen estado, las lámparas en su lugar, todavía provistas de mechas y de aceite desde el día en que las habían apagado. ¡No! Kongre no había destruido el aparato dióptrico de la linterna, no había pensado más que en impedir el funcionamiento del faro durante todo el tiempo de su estancia al fondo de la bahía de Elgor. ¿Y cómo habría podido prever las circunstancias en las que se vería forzado a abandonarla?

¡Pero he aquí que el faro brillaba de nuevo! El aviso podía sin dificultad retomar su antiguo fondeadero.

Violentos golpes resonaron al pie de la torre. La banda entera se abalanzaba contra la puerta para subir a la galería y apagar la luz. Todos arriesgarían su vida para retrasar la llegada del *Santa Fe*. No habían encontrado a nadie en el rellano ni en el alojamiento. Los que estaban en la cámara de guardia no podían ser numerosos. Darían fácilmente cuenta de ellos. Los matarían, y el faro ya no proyectaría en la noche sus temibles rayos.

Se sabe, la puerta que se abría al fondo del pasillo estaba hecha de una gruesa plancha de hierro. Forzar los cerrojos que la cerraban sobre la escalera sería imposible. Imposible igualmente hacerla saltar a golpes de espeques o de hachas. Carcante, que lo intentó, lo comprendió bien pronto. Después de algunos esfuerzos inútiles, vino a reunirse con Kongre y los otros en el recinto.

¿Qué hacer? ¿Había un medio de elevarse por el exterior hasta la linterna del faro? Si este medio no existía, la banda no tenía más que huir al interior de la isla para evitar caer en manos del comandante Lafayate y de su tripulación. En cuanto a regresar a bordo de la goleta, ¿para qué? Por otra parte, el tiempo faltaría. Ninguna duda de que el aviso no estuviera ahora en la bahía y no hiciera ruta hacia la cala.

Si, por el contrario, en algunos minutos, el faro era apagado, el *Santa Fe*, no solamente no podría continuar su marcha, sino que se vería forzado a retroceder, ¿y quizás la goleta lograría pasar?

Ahora bien, existía, este medio de alcanzar la galería.

— ¡La cadena del pararrayos! — exclamó Kongre.

En efecto, a lo largo de la torre se extendía una cadena metálica, mantenida, de tres en tres pies, por grapas de hierro. Elevándose de una a otra a fuerza de muñecas, era ciertamente posible ganar la galería y quizás sorprender a los que ocupaban la cámara de guardia.

Kongre iba a intentar este último medio de salvación. Carcante y Vargas lo precedieron. Ambos se auparon sobre el anexo, agarraron la cadena y comenzaron a trepar uno tras otro, esperando no ser vistos en medio de la oscuridad.

Llegaron al fin a la barandilla, se aferraron a los montantes... No tenían más que escalarla...

En ese instante, sonaron disparos de revólver.

John Davis y Vásquez estaban allí, a la defensiva.

Los dos bandidos, alcanzados en la cabeza, soltaron su presa y vinieron a estrellarse sobre el techo del anexo.

Entonces se oyeron silbidos al pie del faro. El aviso llegaba a la cala, y la sirena lanzaba sus sonidos agudos a través del espacio...

No era más que tiempo de huir. En algunos minutos, el *Santa Fe* estaría en su antiguo fondeadero.

Kongre y sus compañeros, comprendiendo que ya no había nada que intentar, se precipitaron abajo del rellano, y huyeron al interior de la isla.

Un cuarto de hora más tarde, en el momento en que el comandante Lafayate dejaba caer su ancla al fondo, la chalupa de los guardianes reconquistada atracaba en el navío de guerra en algunos golpes de remo.

John Davis y Vásquez estaban a bordo del aviso.

XV - DESENLACE.

El aviso Santa Fe, llevando a bordo el relevo de la Isla de los Estados, había partido de Buenos Aires el 19 de febrero. Favorecida por el viento y el mar, su travesía fue muy rápida. La gran tempestad que duró casi ocho días no se había extendido más allá del estrecho de Magallanes. El comandante Lafayate no había pues sentido sus efectos, y llegaba a destino con un adelanto de varios días.

Doce horas más tarde, la goleta habría estado ya lejos, y habría sido necesario renunciar a perseguir a la banda Kongre y a su jefe.

El comandante Lafayate no dejó transcurrir aquella noche sin haber sido puesto al corriente de lo que había pasado desde hacía tres meses en la bahía de Elgor.

Si Vásquez estaba a bordo, sus camaradas Felipe y Moriz no estaban con él. A su compañero, nadie lo conocía ni sabía su nombre.

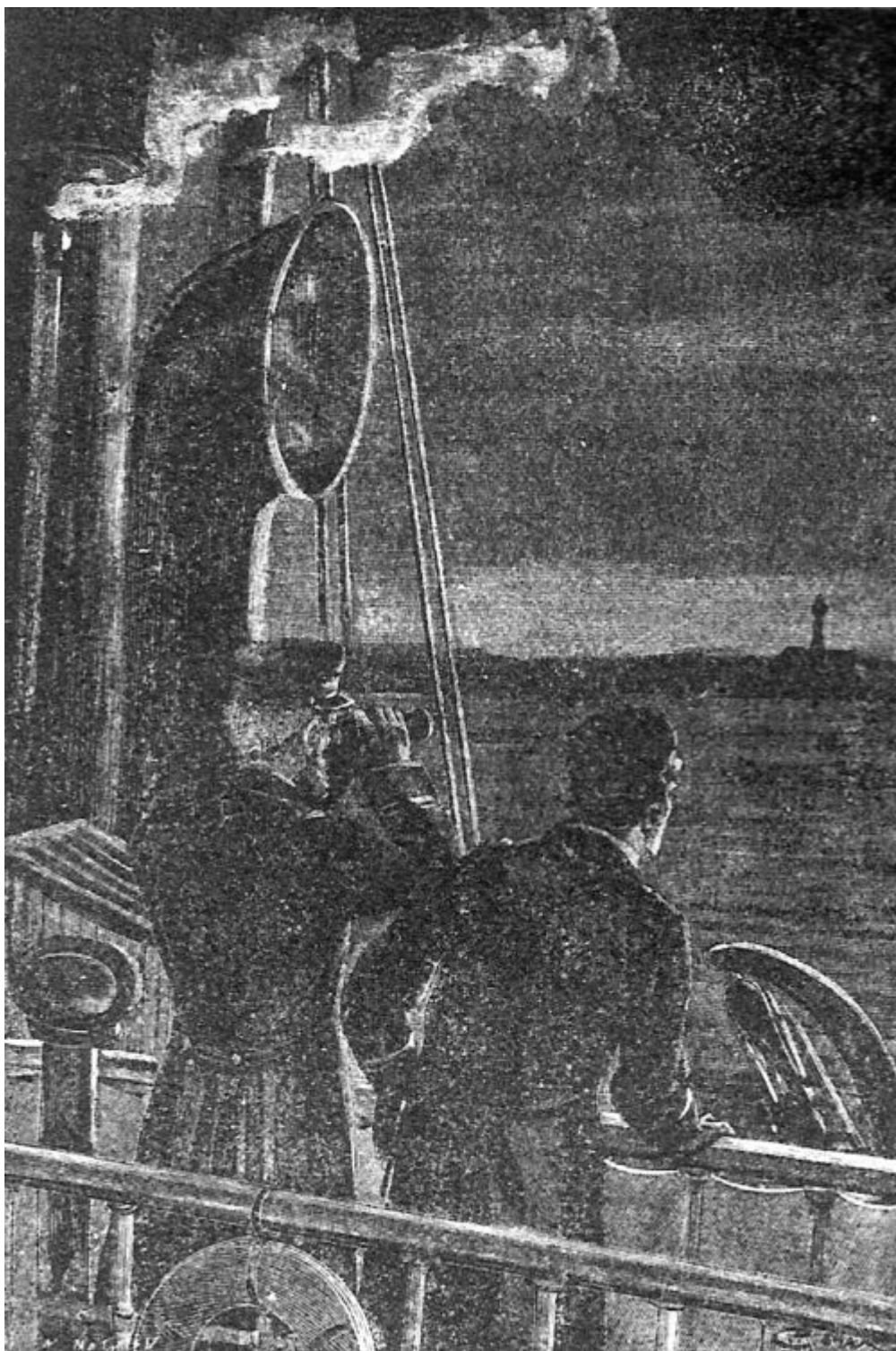
El comandante Lafayate los hizo venir a ambos a la cámara, y su primera palabra fue:

—El faro ha sido encendido tardíamente, Vásquez.

—Hace nueve semanas que no funcionaba ya... —respondió Vásquez.

—¡Nueve semanas!... ¿Qué significa eso?... ¿Sus dos camaradas?...

—¡Felipe y Moriz están muertos!... ¡Veintiún días después de la partida del Santa Fe el faro no tenía más que un solo guardián, mi comandante!



Estaba bien dentro de la puerta del faro.

Vásquez hizo el relato de los acontecimientos de los que la Isla de los Estados acababa de ser escenario. Una banda de piratas, bajo las órdenes de un jefe llamado Kongre, llevaba varios años instalada en la bahía de Elgor,

atrayendo a los navíos sobre los escollos del cabo San Juan, recogiendo los restos, masacrando a los supervivientes del naufragio. Nadie sospechó su presencia durante todo el tiempo de los trabajos del faro, pues se había refugiado en el cabo San Bartolomé, en el extremo occidental de la isla. Partido el *Santa Fe*, quedados solos los guardianes al servicio del faro, la banda Kongre remontó la bahía de Elgor sobre una goleta caída por azar en su posesión. Algunos minutos después de su entrada en la cala, Moriz y Felipe eran golpeados y muertos a su bordo. Y, si Vásquez pudo escapar, es porque se encontraba en ese momento en la cámara de guardia. Después de haberla abandonado, se había refugiado en el litoral del cabo San Juan. Allí, pudo alimentarse de las provisiones descubiertas en una caverna donde estos piratas almacenaban sus reservas.

Luego Vásquez dijo cómo, después del naufragio del *Century*, fue lo bastante afortunado para salvar al segundo de este buque, y cómo ambos vivieron esperando la llegada del *Santa Fe*. Su más viva esperanza fue entonces que la goleta, retrasada por reparaciones importantes, no pudiera hacerse a la mar para ganar los parajes del Pacífico, antes del regreso del aviso en los primeros días de marzo.

Pero sin embargo habría abandonado la isla si las dos balas que John Davis envió a su casco no la hubieran retenido algunos días todavía.

Vásquez detenía allí su relato, guardando silencio sobre lo que era más especialmente en su honor. John Davis intervino:

—Lo que Vásquez olvida decirle, mi comandante —añadió—, es que nuestras dos balas resultaron ser totalmente insuficientes. A pesar de los agujeros que le habíamos hecho en el casco, la *Maule* se habría hecho a la mar esta misma mañana si, la noche pasada, Vásquez, con peligro de su vida, no la hubiera alcanzado a nado y no hubiera hecho estallar un cartucho entre el timón y el codaste del buque. A decir verdad, no obtuvo todo el resultado que esperaba. Las averías fueron ligeras y pudieron ser reparadas en doce horas. Pero son esas doce horas las que le han permitido a usted encontrar la goleta en la bahía. Es a Vásquez solo a quien se debe esto, como es también él quien, habiendo reconocido el aviso, ha tenido la idea de correr al faro y de volver a encender esta noche la luz apagada desde hacía tanto tiempo.

El comandante Lafayate estrechó calurosamente la mano a John Davis y a Vásquez, quienes, por su audaz intervención, habían permitido al *Santa Fe* adelantarse a la partida de la goleta, luego relató en qué condiciones, una hora antes de la puesta del sol, el aviso había tenido conocimiento de la Isla de los Estados.

El comandante Lafayate, habiendo hecho la estima de la posición por la mañana, estaba seguro de su situación. El aviso no tenía más que poner rumbo al cabo San Juan, que debía avistar antes de la noche.

En efecto, a la hora en que el crepúsculo comenzaba a oscurecer el cielo, el comandante Lafayate distinguió muy netamente si no la costa este de la isla, al menos los altos picos que se alzan en segundo plano. Se encontraba entonces a una decena de millas, y contaba con estar fondeado dos horas más tarde.

Fue en ese mismo momento que el *Santa Fe* había sido visto por John Davis y Vásquez. Fue entonces también que Carcante, desde lo alto del faro, lo señaló a Kongre, el cual tomó sus disposiciones para zarpar a toda prisa, a fin de salir de la bahía antes de que el *Santa Fe* hubiera entrado en ella.

Durante este tiempo, el *Santa Fe* continuaba corriendo hacia el cabo San Juan... El mar estaba en calma y apenas sentía los últimos soplos de la brisa de alta mar.

Ciertamente, antes de que el Faro del Fin del Mundo hubiera sido establecido en la Isla de los Estados, el comandante Lafayate no habría cometido la imprudencia de acercarse tanto a tierra durante la noche, menos aún de entrar en la bahía de Elgor para ganar la cala.

Pero la costa y la bahía estaban iluminadas ahora, y no le pareció necesario esperar al día siguiente.

El aviso continuó pues su ruta hacia el sudoeste, y, cuando la noche fue del todo oscura, había llegado a menos de una milla de la entrada de la bahía de Elgor.

El aviso se mantenía allí a poco vapor, esperando que el faro quisiera encenderse.

Transcurrió una hora. Ninguna luz apareció sobre la isla. El comandante Lafayate no podía equivocarse sobre su posición... La bahía de Elgor se abría bien delante de él... Estaba bien dentro del alcance del faro... ¡Y el faro no se encendía!...

¿Qué se debió pensar a bordo del aviso, si no que un accidente le había ocurrido al aparato? Quizás, durante la última tempestad que fue tan violenta, la linterna había sido rota, las lentes dañadas, las lámparas puestas fuera de servicio. Jamás, no, jamás, se le habría ocurrido a nadie que los tres guardianes hubieran sido atacados por una banda de piratas, que dos de entre ellos hubieran caído bajo los golpes de estos asesinos, y que el tercero se hubiera visto obligado a huir para evitar su suerte.

—No sabía qué hacer —dijo entonces el comandante Lafayate—. La noche era profunda. No podía aventurarme a entrar en la bahía. Me sería pues necesario permanecer mar adentro hasta el alba. Mis oficiales, mi tripulación, estábamos en una mortal inquietud, y presentíamos alguna desgracia. Finalmente, después de las nueve, el faro brilló... Este retraso no debía deberse más que a un accidente... Hice subir la presión, se puso rumbo a la entrada de la bahía. Una hora más tarde, el Santa Fe penetraba en ella. A una milla y media de la cala, encontré una goleta anclada, que parecía abandonada... Iba a enviar algunos hombres a bordo, cuando estallaron disparos, ¡y estos disparos eran tirados desde la galería del faro!... Comprendimos que nuestros guardianes eran atacados, que se defendían, y, probablemente, contra la tripulación de esta goleta... Hice mugir la sirena, para asustar a los agresores... y, un cuarto de hora después, el Santa Fe estaba fondeado.

—A tiempo, mi comandante —dijo Vásquez.

—Lo que no habría podido hacer —respondió el comandante Lafayate—, si usted no hubiera arriesgado su vida para volver a encender el faro. Ahora, la goleta estaría en el mar. No la habríamos sin duda visto al salir de la bahía, ¡y esta banda de piratas se nos habría escapado!



RESUENA UNA DETONACIÓN.

Toda esta historia, en un instante conocida a bordo del aviso, las más calurosas felicitaciones no le fueron ahorradas ni a Vásquez, ni a John Davis.

La noche transcurrió tranquilamente, y, al día siguiente, Vásquez conoció a los tres guardianes del relevo que el *Santa Fe* traía a la Isla de los Estados.

Huelga decir que, durante la noche, un fuerte destacamento de marineros había sido enviado a la goleta para tomar posesión de ella. Kongre, sin eso, habría ciertamente buscado reembarcarse en ella, y, con la marea bajante, habría rápidamente ganado alta mar.

El comandante Lafayate, para asegurar la seguridad de los nuevos guardianes, no debía pues tener ya más que un objetivo: purgar la isla de los bandidos que la infestaban, y que, después de la muerte de Carcante y de Vargas, eran todavía en número de trece, comprendido un jefe reducido a la desesperación.

Dada la extensión de la isla, las persecuciones corrían el riesgo de ser largas e incluso de no llegar a nada. ¿Cómo lograría la tripulación del *Santa Fe* registrarla por entero? Ciertamente Kongre y sus compañeros no cometerían la imprudencia de regresar al cabo San Bartolomé, pudiendo haber sido sorprendido el secreto de ese refugio. Pero disponían del resto de la isla, y semanas, meses transcurrirían quizás antes de que la banda hubiera sido capturada hasta el último hombre. Y sin embargo el comandante Lafayate no habría consentido en abandonar la Isla de los Estados, antes de haber puesto a los guardianes al abrigo de toda agresión, y de haber asegurado el funcionamiento regular del faro.

Lo que podía, es verdad, traer un resultado más pronto, era la indigencia en la que Kongre y los suyos iban a encontrarse. De provisiones, no les quedaban ya ni en la caverna del cabo San Bartolomé, ni en la de la bahía de Elgor. El comandante Lafayate, guiado por Vásquez y John Davis, constató al día siguiente desde el alba que esta última, al menos, no contenía ninguna reserva, ni en galleta, ni en salazones, ni en conservas de ninguna clase. Todo lo que quedaba de víveres había sido transportado a bordo de la goleta, que fue reconducida a la cala por los marinos del aviso. La caverna no encerraba ya más que restos sin gran valor, ropa de cama, vestidos, utensilios que fueron depositados en el alojamiento del faro. Admitiendo que Kongre hubiera regresado durante la noche al antiguo almacén de su botín, no habría encontrado nada de lo que habría podido servir para el alimento de su banda. No debía ni siquiera tener armas de caza a su disposición, dada la cantidad de fusiles y de municiones de este tipo que se descubrieron a

bordo del *Carcante*. Se vería reducido al solo producto de la pesca. En tales condiciones, o sus compañeros y él se verían forzados a rendirse, o no tardarían en morir de hambre.

Sin embargo las búsquedas fueron comenzadas enseguida. Destacamentos de marineros, bajo las órdenes de un oficial o de un contramaestre, se dirigieron, unos hacia el interior de la isla, otros hacia el litoral. El comandante Lafayate se transportó incluso al cabo San Bartolomé, donde no se reconoció ningún rastro de la banda.

Varios días pasaron, y ni un solo pirata había sido señalado, cuando, en la mañana del 10 de marzo, llegaron al recinto siete miserables pecherais, ajados, demacrados, agotados, que la hambre torturaba. Recogidos a bordo del *Santa Fe*, donde se les reconfortó, fueron puestos en la imposibilidad de huir.

Cuatro días más tarde, el segundo Riegal, que visitaba la costa meridional en los alrededores del cabo Webster, descubrió allí cinco cadáveres, entre los cuales Vásquez pudo todavía reconocer a dos de los chilenos de la banda. Los despojos encontrados en el suelo a su alrededor permitieron constatar que habían intentado alimentarse de peces y de crustáceos; pero en ninguna parte ni rastro de hoguera, ni carbones apagados, ni ceniza. No tenían ya evidentemente ningún medio de procurarse fuego.

Finalmente, en la tarde del día siguiente, un poco antes de la puesta del sol, un hombre apareció en medio de las rocas que bordeaban la cala, a menos de quinientos metros del faro.

Era casi en el lugar desde donde John Davis y Vásquez, temiendo la partida de la goleta, la habían observado la víspera de la llegada del aviso, en aquella tarde en el curso de la cual este último se había resuelto a intentar un supremo esfuerzo.

Este hombre era Kongre.

Vásquez que se paseaba en el recinto con los nuevos guardianes, lo reconoció enseguida, y exclamó:

— ¡Ahí está!... ¡ahí está!...

A este grito, el comandante Lafayate, que recorría la playa con el segundo, se apresuró a acudir.

John Davis y algunos marineros se habían lanzado en su seguimiento, y todos, reunidos sobre el rellano, pudieron ver a este jefe superviviente solo de la banda que mandaba.

¿Qué venía a hacer a aquel lugar? ¿Por qué se mostraba? ¿Era su intención rendirse? No debía sin embargo equivocarse sobre la suerte que lo esperaba. Sería llevado a Buenos Aires y pagaría con su cabeza toda una existencia de robos y de asesinatos.

Kongre permanecía inmóvil sobre una roca más elevada que las otras y contra la cual el mar venía dulcemente a romperse. Sus miradas recorrían la cala. Cerca del aviso, podía ver esta goleta que la suerte le había tan oportunamente enviado al cabo San Bartolomé, y que una suerte contraria le había arrebatado. ¡Cuántos pensamientos debían agolparse en su cerebro! ¡Cuántos lamentos! Sin la llegada del aviso, habría estado desde hacía mucho tiempo en los mares del Pacífico, donde le habría sido tan fácil sustraerse a toda persecución y asegurarse la impunidad...

Se comprenderá, el comandante Lafayette tenía interés en apoderarse de Kongre.

Dio órdenes, y el segundo Riegal, seguido de media docena de marineros, se deslizó fuera del recinto, a fin de ganar el bosque de hayas, desde donde, remontando la barrera rocosa, les sería fácil alcanzar al bandido.

Vásquez guiaba a esta pequeña tropa por el camino más corto.

No habían hecho cien pasos más allá del rellano, cuando resonó una detonación y un cuerpo, proyectado en el vacío, vino a hundirse en el mar en medio de una salpicadura de espuma.

Kongre había sacado un revólver de su cinturón, se lo había apoyado en la sien...

El miserable se había hecho justicia, y ahora la marea descendente arrastraba su cadáver hacia alta mar.

Tal fue el desenlace de este drama de la Isla de los Estados.

Huelga decir que, desde la noche del 3 de marzo, el faro no había cesado de funcionar. Los nuevos guardianes habían sido puestos al corriente del servicio por Vásquez.

Ahora, ya no quedaba un solo hombre de la banda de los piratas.

John Davis y Vásquez iban ambos a embarcar en el aviso que regresaba a Buenos Aires; de allí, el primero sería repatriado a Mobile, donde no tardaría sin duda en obtener un mando, que le merecían su energía, su valor y su valía personal.

En cuanto a Vásquez, iría a su ciudad natal a reposar de tantas pruebas tan resueltamente soportadas... ¡Pero regresaría allí solo, sus pobres camaradas no volverían con él!

Fue en la tarde del 18 de marzo que el comandante Lafayate, cierto en adelante de la seguridad de los nuevos guardianes, dio la señal de partida.

El sol se ponía cuando salía de la bahía.

Enseguida, allá, sobre la orilla, una luz brotó, cuyo reflejo danzó en la estela. Y el aviso, alejándose sobre el mar ensombrecido, parecía llevarse con él algunos de los innumerables rayos que proyectaba de nuevo el Faro del Fin del Mundo.

FIN.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB